

CUANDO EL

Milagro

NO ES EL QUE ESPERAS...



PERO DIOS SIGUE OBRANDO

Helmuth G. Dubón

© 2025 Helmuth Gustavo Dubón

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio—electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo u otro—excepto para breves citas en reseñas críticas o artículos, sin el permiso previo por escrito del editor.

Publicado en Houston, Texas Por NED Vision nedvision.org

Las citas bíblicas marcadas RVR1960 son de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas NVI son de LA SANTA BIBLIA, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® NVI® © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Usado con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Las citas bíblicas marcadas LBLA son tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Este libro contiene historias basadas en las experiencias personales y recuerdos del autor. Los nombres y detalles identificativos de algunas personas han sido cambiados para proteger su privacidad.

Primera Edición

ISBN: 979-8-9927779-0-1 (print) ISBN: 979-8-9927779-1-8 (ebook)

Diseño de portada y de interior por Rimsha Anwar

Impreso en los Estados Unidos de América

PARA KEVIN Y SOFÍA,



La luz de su madre continúa brillando a través de ustedes. Esta es su historia—un testimonio de su fe inquebrantable, su silenciosa fortaleza, y su amor sin límites. Que estas páginas les ayuden a mantener vivo su legado.

“Este libro es un testimonio sagrado de fe en el valle, amor a través de la pérdida y esperanza que perdura. Con honestidad y gracia, el autor nos invita a un viaje profundamente personal, uno que finalmente nos señala la presencia constante de Dios. No es solo una historia de tristeza; es una historia de entrega, fortaleza y confianza inquebrantable.”

— **Leanne Reynolds,**
Directora de la Escuela, River Oaks Baptist School

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo: A Una Historia De Fe Y Amor	1
Prefacio: Las Letras Que Cambiaron Nuestras Vidas	4
Capítulo 1: Cuando El Cielo Calla	6
Reflexión Para El Alma:	13
Capítulo 2: Dos Milagros A La Vez	14
Un Diagnóstico Inesperado	16
La Cirugía: Un Momento De Silencio Y Fe	18
El Impacto Emocional: Reconstrucción Y Dudas	18
Quimioterapia Y Resiliencia	19
La Bondad En Medio De La Adversidad	20
Reflexión Para El Alma:	21
Capítulo 3: Renovación: Cuerpo Y Espíritu	23
Semillas De Fe	25
La Víspera	26
En El Quirófano	27
El Despertar	27
Lecciones En El Valle	28
La Obra Maestra De Dios	29
Reflexión Para El Alma:	29
Capítulo 4: Le Era Necesario Pasar Por Samaria	31
Contexto Sobre Mi Situación Migratoria	33

El Camino A Samaria	34
La Guerrera En Casa	35
Las Visitas Que Sostenían El Alma	36
Siete Iglesias En Treinta Días	36
El Regreso A La Tierra Natal Y La Espera	37
La Batalla Legal Y El Milagro Inesperado	39
El Milagro En Un Fax	40
La Lección De Samaria	40
Reflexión Para El Alma:	41
Capítulo 5: Cuando La Fe Se Pregunta Por Qué	42
La Noche Oscura Del Alma	43
La Lucha Entre La Fe Y La Duda	44
La Batalla Por Entender	45
Un Respiro En Arequipa	47
Preparando El Futuro	49
Una Luz En El Valle	50
Reflexión Para El Alma:	52
Capítulo 6: Ned - Cuando Dios Habla En Siglas	53
Metástasis A La Columna Vertebral	54
La Encrucijada: Cuando La Medicina Pierde Su Magia	59
La Búsqueda De Alternativas	61
Reflexión Para El Alma:	62
Capítulo 7: Buscando Sanidad En Otros Caminos	63
El Camino Hacia La Sanación Natural	64
La Esperanza En Houston	65

Un Año De Transformación	66
Cuando Los Caminos Se Estrechan	66
La Sombra En El Valle	67
Reflexión Para El Alma:	69
Capítulo 8: El Corazón Detrás De La Sonrisa	70
Reflexión Para El Alma:	77
Capítulo 9: Cuando El Tiempo Se Vuelve Precioso	78
La Tormenta En El Cerebelo	79
El Vals De Los Esteroides	79
La Primera Batalla Perdida	81
El Éxodo A New Braunfels	81
La Segunda Batalla	81
La Nueva Normalidad	84
La Sinfonía Del Caos	84
Los Susurros Del Mañana	84
El Peso Del Tiempo	85
Los Sueños Que Danzan En El Campo	85
El Estudio De Sofía	86
El Peso De Los Momentos Perdidos	86
El Baile Con La Eternidad	87
Reflexión Para El Alma:	89
Capítulo 10: El Último Paraíso	90
El Viaje	91
El Paraíso Encontrado	92

Los Momentos Robados	93
El Regreso	93
Reflexión Para El Alma:	94
Capítulo 11: Cuando El Valle Se Hace Profundo	96
Fe En Los Valles Oscuros	96
La Sombra Se Alarga	97
La Independencia Robada	97
El Arsenal Final	99
El Último Cambio	101
El Regreso A Casa	102
Los Últimos Días De Verano	104
El Umbral	104
Reflexión Para El Alma:	105
Capítulo 12: Los Últimos 21 Días	107
La Solemnidad De Un Adiós	114
Epílogo: La Vida Sigue: Abrazando Los Días Que Nos Han Sido Dados	117
Una Reflexión Final	125
En Memoria Amorosa Of Dr. Norbi Erika Dubón	127
Apéndice	132

PRÓLOGO

A UNA HISTORIA DE FE Y AMOR



En 1998 un grupo de jóvenes me invitó a una reunión en una pequeña casa de Santa Tecla, El Salvador. La estrecha sala estaba llena de representantes juveniles de los distritos geográficos en que se organiza la iglesia. El ambiente era de expectación y de empatía. Se trataba de una iniciativa para crear un esfuerzo evangelizador que usaría el teatro como instrumento de comunicación.

Al llegar, los jóvenes comenzaron a saludarme uno a uno. Extendiéndome su mano alargada uno de ellos se presentó como Helmuth Dubón. Al escuchar el sabor teutón de su nombre, no pude evitar mi reacción de sorpresa: "¡Tiene un nombre alemán!"

Helmuth solo sonrió. Posteriormente me enteraría de que él era el líder de ese esfuerzo juvenil. Ellos se habían organizado desde un año antes con la idea de hacer teatro como testimonio cristiano. No hablaban de la idea usual de una actuación siguiendo una pista sonora previamente grabada, sino de verdadera actuación. Por supuesto que la iniciativa me encantó y de inmediato les mostré mi respaldo. Así fue como nació lo que hasta el presente se conoce como «Cristeatro», que no solo ha montado guiones en muchas ocasiones, sino que también se ha adaptado a la televisión y, más recientemente, al cortometraje.

Al saber que Helmuth tenía interés en el teatro, la literatura y la cultura en general, inmediatamente conectamos. Él era un joven universitario, delgado, alto para el promedio salvadoreño, de habla pausada y tranquila. Con el tiempo, pasamos de la literatura a la teología y comenzamos a compartir inquietudes, visiones de la vida, ideales.

Posteriormente, Helmuth tomó la decisión de emigrar hacia los Estados Unidos. Nos mantuvimos en contacto por medio del correo electrónico, en una época cuando era la manera más práctica y económica de comunicarse. Volví a encontrarme con él en Los Ángeles, California. El tiempo había pasado, pero seguíamos siendo amigos y, lo más importante, continuamos compartiendo puntos de vista esenciales.

Fue en California donde Helmuth me comentó que había entablado una relación de noviazgo con una joven llamada Erika. Ella era hermana de Numa Minero, un cristiano comprometido de nuestra iglesia filial en Los Ángeles y a quien había conocido en visitas previas a esa congregación. Al enterarme de que la novia de Helmuth era la hermana de Numa, sentí como si Erika me fuera familiar. No estoy seguro si fue en esa ocasión cuando Helmuth me la presentó. Si lo hizo, debió haber sido solo un saludo y una conversación muy breve al final de uno de los servicios en el local de la iglesia.

Sería en Boston, un tiempo después, donde Helmuth y Erika, ya casados, se habían trasladado para que ella pudiera continuar sus estudios, donde tuve la oportunidad de conocerla de mejor manera. Erika era una joven sin duda inteligente, muy disciplinada y entregada al alcance de sus metas. Agradable y siempre sonriente. Atenta para escuchar y segura al responder. Pero lo que más me impresionó fue la claridad de su vivencia cristiana. Hablo de que ella había comprendido plenamente la esencia del evangelio de Jesús y lo vivía en la práctica a diario. Las decisiones más importantes de su vida las tomaba basada en esa vivencia esencial de la fe. Su matrimonio con Helmuth vino a consolidar y a fundamentar la comprensión del evangelio que ya atisbaba desde su adolescencia.

A estos dos jóvenes de fe profunda, el Señor los condujo por una senda que puso a prueba sus convicciones. En el fragor de la tormenta fueron labrados para vivir la realidad de que la fe es triunfante no solo cuando recibimos lo que deseamos, sino también cuando aceptamos lo que no deseamos. Esta verdad, que se dice en una línea, no es tan fácil de

asimilar. Demanda rendición, negación y renuncia y, aun así, espera gratitud. Es un precio que hay que pagar y es bastante doloroso. La mayor parte de creyentes no lo logran.

Este camino por el que ambos transitaron, y que ahora Helmuth comparte con nosotros en este libro, no es la historia tradicional de una fe que conquista lo que pide, sino la de una fe que nos conquista para lo que Dios pide. Me parece que esta es la clase de fe a la que todos necesitamos arribar. Por esa razón, al leer el manuscrito de este libro, no dudé del gran beneficio que puede significar para muchos que se hacen las mismas preguntas que, en su noche del alma, se hizo esta joven pareja.

Es una historia real, bien escrita, hermosa, llena de ternura, inspiradora. Que Dios le bendiga con la lectura de esta santa experiencia que Helmuth y Erika vivieron. Todo fue para que usted y los suyos sean consolados hoy.

Mario Vega

PREFACIO



LAS LETRAS QUE CAMBIARON NUESTRAS VIDAS

NED. Tres simples letras que irrumpieron en nuestras vidas y alteraron para siempre nuestro camino. Incluso hoy, mientras escribo estas líneas en 2025, su significado continúa revelándose en capas más profundas y trascendentales.

Cuando escuché por primera vez las letras **NED**, las entendí solamente en su contexto clínico. En el mundo del cáncer, **NED** significa No Evidence of Disease (Ninguna Evidencia de Enfermedad)—la meta, la promesa, la esperanza a la que se aferra cada paciente y familia. Remisión.

Pero lo que nunca imaginé es que, en mi vida, **NED** llegaría a significar mucho más que eso.

Cuando el cáncer irrumpe en la vida de las personas, no discrimina por edad, género o circunstancia. Cuando golpea a una familia joven con niños pequeños y sueños que apenas comienzan a desplegarse, el impacto es particularmente devastador. Los planes se detienen, las rutinas se destrozan, y el futuro que una vez pareció tan cierto de repente pende de un hilo.

Este libro cuenta la historia de Norbi Erika Dubón, la mujer que transformó mi vida. Su lucha no fue solo contra el cáncer, sino contra el miedo, contra la desesperanza, contra la noción de que la vida se mide únicamente en años en lugar de impacto. Erika me enseñó que algunas victorias no pueden verse en los escáneres médicos y que ciertos milagros solo pueden entenderse con tiempo y perspectiva.

Esta es una historia de profunda transformación. No es simplemente un relato de una batalla contra el cáncer; es un testimonio de cómo Dios puede tomar nuestras expectativas más básicas—la esperanza de sanación física—y transformarlas en algo infinitamente más profundo y eterno. Se trata de descubrir que la verdadera sanación no siempre viene en la forma que esperamos, y que a veces los mayores milagros ocurren dentro del corazón.

A través de estas páginas, viajarás con nosotros por valles de sombra y montañas de esperanza. Conocerás a una mujer cuya fe desafió toda lógica médica, cuyo amor trascendió el dolor físico más intenso, y cuyo legado continúa transformando vidas. Serás testigo de cómo nuestra familia enfrentó lecciones de vida que nadie debería tener que aprender, y sin embargo, de alguna manera encontramos alegría incluso en los momentos más oscuros.

Compartir este testimonio ha llevado tiempo. Durante años, el dolor era demasiado crudo, los recuerdos demasiado vívidos. Pero ahora, con la perspectiva que solo el tiempo puede proporcionar, puedo ver claramente cómo Dios tejió cada momento, cada prueba, cada victoria y cada lágrima en un hermoso tapiz de Su gracia.

Te invito a abrir tu corazón mientras pasas estas páginas. Porque aunque esta es nuestra historia, las verdades que Dios nos reveló son universales. Y quizás, al final, descubrirás que **NED** también tiene un significado especial para ti.

Bienvenido a nuestra historia.

CAPÍTULO 1



CUANDO EL CIELO CALLA

“Entonces Él se levantó, reprendió al viento y dijo al mar: '¡Calla, enmudece!' Y el viento cesó y sobrevino una gran calma.”

—Marcos 4:39

El pasaje de Marcos 4:39 nos muestra un momento de gran angustia para los discípulos. Estaban en medio de una tormenta feroz, con el viento y las olas amenazando con hundir su barco. En su desesperación, despertaron a Jesús, quien se levantó, reprendió al viento y dijo al mar: “¡Calla, enmudece!” Y el viento cesó y sobrevino una gran calma.

Este relato nos enseña sobre el poder y la autoridad de Jesús sobre las fuerzas de la naturaleza, pero también nos ofrece una lección profunda sobre la fe y la confianza en medio de las tormentas de la vida. Los discípulos, a pesar de estar con Jesús, sintieron miedo y desesperación. Sin embargo, Jesús les mostró que, incluso en las situaciones más aterradoras, Él tiene el poder de traer paz y calma.

De manera similar, la aparente calma y tranquilidad de nuestra vida en Waco se vio interrumpida por un cruel diagnóstico de cáncer que no veíamos venir. Como los discípulos en la tormenta, nos encontramos de repente en medio de una situación aterradora y fuera de nuestro control. La noticia del cáncer trajo consigo miedo, incertidumbre y una sensación de desesperación.

El verano en Waco, Texas, tiene una manera especial de despertar los sentidos. Incluso hoy, casi dos décadas después, cuando cierro los ojos puedo revivir vívidamente aquella tarde de junio de 2006. El aire se llenaba del aroma de los árboles de nuez, y el sol brillaba en todo su esplendor sobre nuestro patio trasero. Kevin y yo estábamos afuera regando el césped y jugando con la pelota de fútbol sin cesar. El cielo, con tonos azules que parecían bendiciones derramadas sobre la tierra, completaba la escena. Nuestra pequeña familia estaba viviendo lo que muchos llamarían el sueño americano. Después de años de trabajo duro y ahorro constante, finalmente habíamos logrado comprar nuestra primera casa: un hogar modesto pero acogedor en un vecindario tranquilo, con un espacio en la parte de atrás tan grande que Kevin, nuestro hijo de casi tres años, tenía su propia cancha de fútbol y jugaba bajo la atenta mirada de su madre.

Erika y yo nos habíamos conocido en Los Ángeles, en 1999, en el grupo de teatro de la iglesia de Restauración en Van Nuys. Ella había llegado de El Salvador a los siete años, y aunque gran parte de su infancia transcurrió en Estados Unidos, mantenía vivas sus raíces salvadoreñas. Yo había llegado recientemente de El Salvador, y encontré en ella ese perfecto balance entre nuestras raíces salvadoreñas y la vida americana. Pero sobre todo una conexión sin paralelos en cuanto a la sencillez de la vida e importancia de Dios para nosotros. Para todos ella era simplemente Erika, aunque su primer nombre era Norbi, un detalle que cobraría un significado especial en los años venideros.

La pérdida de nuestro primer embarazo en 2005 había sido un golpe duro, pero nos había unido aún más como pareja. Cuando descubrimos que estábamos esperando nuevamente, la alegría inundó nuestro hogar. Kevin no paraba de hablar sobre el bebé, y Erika resplandecía con ese brillo especial que solo las futuras madres poseen.

Nuestra rutina diaria era sencilla pero emocionante. Cada mañana, después de dejar a Kevin en la guardería, Erika se dirigía a su trabajo en

una óptica llamada The Optical Dispensary, donde trabajaba como optometrista. Su dedicación profesional y calidez con los pacientes la habían convertido en una parte esencial de la clínica. Yo dividía mi tiempo entre mi trabajo como asistente de profesor en el McLennan Community College de Waco y mi programa nocturno de radio, "Momentos de Oración", que transmitía a través de Radio La Poderosa. El programa se había convertido en un ministerio que me permitía conectar con la comunidad hispana local, compartiendo esperanza y fe a través de las ondas radiofónicas.

Los domingos eran sagrados para nosotros, literal y figurativamente. La iglesia se había convertido en nuestro segundo hogar, y nuestra familia en la fe nos había adoptado como suyos. Después del servicio, era común que nos reuniéramos en casa de algún hermano para compartir un almuerzo y estudiar la Palabra juntos. Kevin adoraba estos momentos, corriendo y jugando con los otros niños mientras los adultos conversábamos sobre las bendiciones y desafíos de la semana.

Cuando Jesús les dijo a sus discípulos "Pasemos al otro lado", ellos subieron al bote sin cuestionamientos. De la misma manera, nosotros navegábamos por la vida con una confianza tranquila en el futuro. Los pequeños desafíos cotidianos - las facturas por pagar, los ocasionales malestares del embarazo, las travesuras de Kevin - eran solo olas suaves en un mar en calma. No teníamos idea de la tormenta que se avecinaba.

El primer indicio de que algo no estaba bien fue tan sutil que casi lo pasamos por alto. Una mañana, después de estar orando en su cuarto, Erika notó un pequeño rasguño en su pecho. "Debe ser por el sostén nuevo," comentó casualmente. Días después, una ligera descarga llamó su atención, pero las pocas referencias que encontramos en internet (recordemos que en 2006 el acceso a información médica en línea era mucho más limitado) sugerían que era normal debido a los cambios hormonales.

La mañana que cambiaría nuestras vidas comenzó como cualquier otra. Erika estaba en su trabajo cuando recibió la llamada de la Dra. Patel. Me contó después que la voz de la doctora sonaba diferente - tensa, urgente. "Norbi, necesito que vengan a mi oficina. Ahora." Algo en su tono la alarmó. "¿Está todo bien con el bebé?" preguntó ella, su mente inmediatamente viajando al embarazo que habíamos perdido. "Por favor, solo vengan lo antes posible."

Erika me llamó inmediatamente. Su voz intentaba mantener la calma, pero yo podía percibir el miedo subyacente. "Gustavo, la Dra. Patel quiere vernos urgentemente. Dice que no puede esperar." Salí inmediatamente hacia su trabajo para recogerla.

El trayecto desde ahí hacia la clínica fue un ejercicio de control mental. Mientras conducía, observaba de reojo a Erika, quien acariciaba su vientre suavemente mientras susurraba oraciones en español. Kevin estaba en la guardería, ajeno a la ansiedad que consumía a sus padres. El estacionamiento del consultorio estaba casi vacío - era la hora del almuerzo - y el silencio en la sala de espera era ensordecedor.

La enfermera nos hizo

pasar directamente al despacho de la doctora, sin las habituales mediciones de presión arterial o peso. La Dra. Patel nos esperaba junto con otro médico que no conocíamos. Sobre su escritorio, varias imágenes médicas y reportes de laboratorio estaban dispuestos como un rompecabezas macabro.

"Les presento al Dr. Brenner, oncólogo," comenzó la doctora. La palabra 'oncólogo' cayó como una bomba en la habitación. "Los análisis de la biopsia..." continuó, pero su voz se volvió un zumbido distante en mis oídos. Erika apretó mi mano con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

El diagnóstico fue devastador en su claridad: Paget disease of the nipple (cáncer de pezón) que se había extendido a los conductos de la leche materna. Etapa 4. Las hormonas del embarazo, las mismas que sostenían la vida de nuestra bebé, estaban alimentando el crecimiento acelerado del tumor.

"El tiempo es crucial", explicó el Dr. Brenner, su voz manteniendo la compostura profesional, aunque teñida de compasión. "Necesitamos comenzar con una mastectomía para eliminar el tejido afectado, seguida de una reconstrucción mamaria". Se inclinó hacia adelante, con intensidad en sus ojos. "Tiene que entender, cada día que esperamos le da al cáncer más ventaja". Las implicaciones nos golpearon como una ola helada, robándonos el aliento. "Después de la cirugía", continuó, "necesitaremos proceder con quimioterapia agresiva, posiblemente seguida de radiación, un protocolo de tratamiento que es fundamentalmente incompatible con el embarazo". Erika cruzó

instintivamente los brazos sobre su vientre de casi tres meses. Cuando finalmente habló, su voz era apenas un susurro: "¿Cuánto tiempo tenemos para decidir?"

"No hay mucho tiempo para considerar," respondió el Dr. Brenner. "El tipo de cáncer que tienes es extremadamente agresivo. Sin tratamiento inmediato..." Su voz se apagó, dejando que el silencio completara la terrible sentencia.

Los días siguientes fueron una pesadilla en cámara lenta. Nuestra casa, antes llena de risas y planes para el cuarto del bebé, se sumió en un silencio opresivo. Las llamadas constantes del hospital y las visitas de diferentes especialistas se mezclaban con el sonido de nuestras oraciones desesperadas.

Kevin, nuestro pequeño de tres años, parecía sentir que algo andaba mal. Sus pasos inseguros por el pasillo y sus preguntas ingenuas - "¿Por qué mamá está triste?" "¿El doctor va a curar a mamá?" - se clavaban en nuestros corazones como pequeñas dagas. Luchábamos con el deseo de protegerlo y la realidad que no podíamos ocultar. Por las noches, después de acostarlo, lo escuchábamos orar a su manera: "Jesús, por favor, haz que mami deje de llorar." Aunque queríamos creer en sus palabras, una parte de nosotros se debatía entre la esperanza y la incertidumbre.

Erika se sumergió en la oración con una intensidad desconocida. Pasaba horas en nuestra habitación, su voz fluctuando entre súplicas en español e inglés. "Señor, dame sabiduría," imploraba, pero en su tono había un rastro de duda. "No me dejes equivocarme," repetía, como si no estuviera segura de que sus palabras llegaran a destino. "Esta bebé es tuya, yo soy tuya," decía, aunque el temor de no estar a la altura la acechaba. "Muéstrame tu voluntad," pedía, mientras se debatía entre la fe y la incertidumbre.

La presión médica era constante. Cada día traía nuevas consultas, nuevas opiniones, nuevas advertencias sobre la urgencia de iniciar el tratamiento. "Pueden tener más hijos después," nos decían, como si nuestra bebé fuera intercambiable. "La prioridad ahora es salvar la vida de Norbi."

El golpe financiero añadió otra capa de estrés a nuestra situación. La compañía de seguros se negó a cubrir cualquier tratamiento relacionado

con el cáncer, argumentando que era una condición preexistente. De repente, nos enfrentábamos no únicamente a una batalla por la vida, sino también a una montaña de deudas potenciales que amenazaba con enterrarnos.

Por las noches, cuando Kevin finalmente se dormía, Erika y yo nos encontrábamos en la penumbra de nuestra sala. A veces el silencio era nuestro único compañero, otras veces nos enfrascábamos en compartir nuestros más profundos temores y esperanzas. "¿Cómo puedo tomar una decisión sobre la vida de nuestra hija?" susurraba Erika, su voz cargada de angustia. Las palabras de Jeremías 1:5 eran su ancla: "Antes de formarte en el vientre te conocí." Sin embargo, esa noche en particular, todo parecía estar al borde de cambiar.

Después de horas de oración intensa, Erika salió de nuestra habitación con una luz diferente en sus ojos, pero también con un rastro de lágrimas que evidenciaban su lucha interna. Había una serenidad en ella, pero yo seguía sintiendo un nudo en mi estómago, esa sensación de incertidumbre que solamente el tiempo puede disipar.

"Su nombre será Sofía Victoria," anunció con una voz que parecía venir de otro lugar, pero yo no podía evitar preguntarme si esta decisión traería la paz que tanto anhelábamos. Erika me explicó la revelación que había recibido durante su oración. El nombre Sofía, que significa "sabiduría" en griego, no era una elección casual. También honraba a mi tía Sofía, quien nos había acogido con tanto amor al principio de nuestro matrimonio, cuando apenas estábamos estableciéndonos en Estados Unidos. Pero más allá de eso, era una declaración de fe en la sabiduría de Dios por encima de la sabiduría humana.

"Victoria," continuó, sus ojos brillando con una certeza sobrenatural que yo aún no podía compartir completamente, "porque Dios me mostró que esta batalla ya está ganada. No de la manera que los médicos esperan, no de la forma que nosotros imaginamos, pero está ganada."

Ahora, diecinueve años después, puedo testificar cuán proféticas fueron esas palabras, aunque en aquel entonces no podía dejar de sentirme atrapado entre la fe de Erika y mis propios miedos.

Los días siguientes fueron una sucesión de visitas médicas y consultas con especialistas. El Dr. Brenner era particularmente insistente sobre la urgencia de iniciar el tratamiento: "El cáncer es altamente invasivo." "El

tiempo es crucial." "Las probabilidades de supervivencia disminuyen cada día que esperamos." "Pueden tener más hijos más adelante."

Pero para Erika, cada palabra sonaba como un intento de borrar la vida que ya latía en su vientre, una vida que ahora tenía nombre y propósito. Erika pasaba horas en la biblioteca pública, investigando todo lo que podía sobre casos similares, tratamientos alternativos y testimonios de supervivencia. Sin embargo, su decisión había sido clara desde aquella noche de revelación: "No puedo basar mi elección en el miedo. Si Dios me habló, debo confiar en Él."

La respuesta de nuestra comunidad de fe fue extraordinaria. La noticia se extendió rápidamente, y pronto teníamos hermanos en Cristo de diferentes denominaciones ayunando y orando por nosotros. Nuestros amigos de Boston se unieron en clamor sincero por nosotros, nuestros amigos y familiares de El Salvador se volcaron en oración. Algunos hermanos de la iglesia nos traían comidas preparadas, otros se ofrecían para cuidar a Kevin, y muchos contribuían económicamente para ayudarnos con los gastos médicos. Era como ver Hechos 2:44-45 cobrando vida ante nuestros ojos: "Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas."

Cuando finalmente comunicamos nuestra decisión al equipo médico, la tensión en la oficina era palpable. El Dr. Brenner sacudió la cabeza con visible frustración: "Entiendo su fe," dijo, "pero deben comprender que están tomando un riesgo enorme."

Erika, con una calma que únicamente podía venir de Dios, respondió: "Doctor, respeto su conocimiento y experiencia. Pero este no es solo un asunto médico para nosotros. Es una cuestión de fe y obediencia. Esperaremos."

En esas noches de tormenta, mientras el mundo exterior nos presionaba para tomar el camino "lógico", nos aferrábamos a las promesas divinas que habían sostenido al pueblo de Dios a través de los siglos:

"Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo" (Salmo 23:4). "No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo" (Isaías 41:10).

Al igual que los discípulos en aquella barca durante la tormenta, estábamos aprendiendo que la presencia de la tempestad no significa la ausencia de Dios. De hecho, a veces es en medio de las aguas más turbulentas donde Él se revela con mayor claridad.

Esa noche, mientras observaba a Erika dormir por primera vez en muchos días y con una paz visible en su rostro, no podía imaginar que estábamos al inicio de un viaje de diez años. Un viaje que nos llevaría a Erika y a mí a través de valles profundos y cumbres altas, que Erika vería a Sofía crecer hasta los nueve años, y que transformaría no solamente nuestras vidas, sino las de muchos otros.

Mirando hacia atrás desde 2025, puedo ver como cada momento de aquella primera crisis formó parte de un plan mayor. La decisión de Erika de priorizar la vida de Sofía establecería el tono para toda su batalla contra el cáncer: una mezcla de fe inquebrantable y amor sacrificial que continuaría inspirando a otros mucho después de su partida.

REFLEXIÓN PARA EL ALMA:

En los momentos más oscuros de la vida, cuando el cielo parece callar y las circunstancias nos abrumar, ¿dónde encontramos nuestra paz? La historia de Erika nos enseña que la fe más sólida no es aquella que nos libra de las tormentas, sino la que nos permite permanecer firmes en medio de ellas.

¿Estás enfrentando hoy una decisión que parece imposible? ¿Te encuentras en una situación donde la lógica humana choca con lo que sientes que Dios te está diciendo? La experiencia de nuestra familia testifica que, a veces, la sabiduría divina parece locura ante los ojos del mundo, pero Dios honra a quienes confían en Él más allá de toda comprensión humana.

CAPÍTULO 2



DOS MILAGROS A LA VEZ

"Porque yo sé los planes que tengo para ustedes, afirma el Señor, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza."

—Jeremías 29:11

Esta cita nos recuerda que, aunque no siempre comprendamos el camino, Dios tiene un propósito lleno de esperanza y bienestar para nuestras vidas. Confiar en esta promesa nos puede dar paz y fortaleza mientras buscamos entender y seguir Su voluntad, incluso cuando las circunstancias son difíciles.

A primera vista, puede parecer sencillo, ¿verdad? Pero en realidad, no lo es. Saber que Dios conoce los planes a veces no es suficiente para un alma desesperada. Nosotros también quisiéramos conocer esos planes, anticipar lo que vendrá. Sin embargo, Dios nos pide que confiemos en que sus planes son de bienestar y no de calamidad.

En medio de la incertidumbre y el dolor, es natural sentir miedo y ansiedad. Queremos respuestas claras y certeras que nos den paz. Sin

embargo, la fe nos llama a confiar en Dios, incluso cuando no entendemos su propósito. Esta confianza no es ciega, sino basada en la promesa de que sus planes son para nuestro bienestar.

Erika aprendió a vivir sin conocer esos planes, confiando plenamente en que, si Dios dice que los conoce, con eso basta. Su fe no eliminó sus dudas ni su dolor, pero le dio la fuerza para seguir adelante. En su diario, Erika escribió sobre sus luchas y su decisión de confiar en Dios a pesar de todo. Esta elección de fe transformó su sufrimiento en un testimonio de esperanza y fortaleza.

Los inviernos en Texas, aunque no lo crean, pueden ser sorprendentemente fríos, especialmente para quienes, como nosotros, llevamos sangre tropical en las venas. Febrero de 2007 no fue la excepción. A pesar de que han pasado muchos años desde aquel diagnóstico y de la espera en el hospital mientras aguardábamos la llegada de nuestra hija Sofía, puedo recordar vívidamente la mañana helada en que Dios comenzó a revelar Su propósito. La pequeña, por quien Erika había decidido postergar su tratamiento, aquella decisión que tantos consideraron temeraria, estaba en camino para unirse a nuestro mundo.

El Hospital Providence se sentía notablemente diferente al ambiente clínico de Scott & White donde nos habían dado el diagnóstico inicial. Las paredes cálidas y el personal reconfortante creaban una atmósfera que nos permitía, al menos momentáneamente, ser simplemente una pareja esperando el nacimiento de su hija. La doctora Patel, quien nos había acompañado durante todo el embarazo, mantenía una calma que contrastaba con la tensión de aquellos primeros días en su consultorio.

A las 10:47 de la mañana del 13 de febrero, el primer llanto de Sofía Victoria resonó en la sala de parto como un himno de victoria. "Está perfectamente saludable", anunció la doctora con una sonrisa que reflejaba algo más que alivio profesional - era el reconocimiento de un milagro que desafiaba las expectativas médicas.

Mientras colocaban a nuestra pequeña en el pecho de Erika, las lágrimas corrían libremente por el rostro de mi esposa. Su sonrisa resplandeciente iluminaba toda la habitación, borrando momentáneamente las sombras de los meses anteriores. Era una imagen que guardaría para siempre:

Erika, radiante a pesar del cansancio, sosteniendo el fruto de su fe y determinación.

La habitación estaba sumida en un silencio reverente mientras Erika acariciaba el rostro de Sofía. Cada trazo delicado, cada pestaña larga y cada pequeño dedo eran exactamente como los había soñado. El nombre "Sofía Victoria" cobraba vida en esa pequeña que respiraba tranquilamente contra el pecho de su madre, ajena a la batalla que su mera existencia representaba.

Kevin, que entonces tenía casi cuatro años, entró a la habitación con pasos cautelosos después de haber estado al cuidado de nuestra vecina. Casi dos décadas después, ese momento marca el inicio de un vínculo especial entre hermanos que sobreviviría incluso a la pérdida de su madre. El asombro en sus ojos al ver a su nueva hermanita por primera vez, el apretón fuerte sobre el oso de peluche que había elegido semanas antes - son detalles que el tiempo no ha podido borrar.

"¡Es tan pequeñita!", susurró Kevin, extendiendo su mano para tocar con cuidado los diminutos deditos de Sofía. La ternura en esa escena entre hermanos fue como un bálsamo para nuestros corazones cansados por las batallas anteriores. Ninguno de nosotros podía imaginar entonces que estos momentos de unión familiar serían el cimiento sobre el cual Kevin y Sofía construirían su fortaleza para los años venideros.

Los primeros días en casa fueron un equilibrio delicado entre la celebración y la realidad que nos esperaba. La habitación rosada que habíamos preparado para Sofía se convirtió en un santuario temporal, un espacio donde el cáncer y sus amenazas parecían distantes. En las tranquilas noches de febrero, Erika mecía a su bebé mientras cantaba dulcemente las alabanzas que nos habían sostenido en los meses más oscuros. Era consciente de que cada momento era precioso, especialmente porque sabía que no podría amamantar a Sofía debido a la quimioterapia que pronto debería comenzar.

Pero Dios tenía preparada otra sorpresa para nosotros.

UN DIAGNÓSTICO INESPERADO

Cuando nos encontramos en el ojo de la tormenta, es fácil perder de vista las bendiciones que Dios coloca en nuestro camino. Pero a veces,

es en los momentos más oscuros cuando su luz brilla con mayor claridad. Así ocurrió cuando, semanas después del nacimiento de Sofía, regresamos al consultorio del Dr. Brenner para una nueva evaluación.

El contraste entre nuestra realidad familiar y la médica era abrumador. En una mano, Erika sostenía fotos de su perfecta recién nacida; en la otra, los resultados de estudios que determinarían el curso de su próxima batalla. El aire acondicionado zumbaba suavemente en el fondo, mezclándose con el aroma característico a desinfectante hospitalario. Sentados en aquellas incómodas sillas de plástico, nos tomábamos de las manos, buscando fortaleza el uno en el otro.

Cuando el Dr. Brenner entró, su expresión no reflejaba la gravedad que habíamos anticipado. "El tumor no ha crecido", anunció con una mezcla de sorpresa profesional y cautela. Esas palabras resonaron en la habitación como un eco de esperanza. Erika y yo nos miramos, reconociendo en ese momento la mano de Dios obrando de maneras inexplicables.

Sin embargo, el alivio inicial se mezcló rápidamente con una nueva realidad. Aunque el tumor no había avanzado durante el embarazo - algo que contradecía toda expectativa médica - los doctores insistieron en actuar de inmediato. El plan era claro: una mastectomía total para prevenir cualquier posibilidad de propagación.

Esa noche, de regreso en casa, observé a Erika sentada junto a la cuna de Sofía. Nuestra pequeña dormía plácidamente, ajena a las batallas que nos esperaban. Kevin jugaba en la sala con sus carritos, creando su propio mundo de aventuras con sonidos de motores y frenos chirriantes. De vez en cuando se detenía, miraba a su madre y preguntaba con esa inocencia que únicamente los niños poseen:

"Mami, ¿por qué estás triste?"

Erika siempre respondía con una sonrisa, protegiendo a nuestro pequeño de preocupaciones que no debería cargar a su edad. Pero esa noche, cuando los niños dormían, me confesó sus miedos más profundos:

"Gustavo," susurró Erika esa noche, "tengo miedo. No del dolor ni de la cirugía... sino de no poder ser la madre que Sofía y Kevin necesitan

durante mi recuperación. De perderme momentos importantes con ellos."

El aroma a manzanilla llenaba nuestra habitación mientras Erika sostenía su taza de té con las manos temblorosas. Me arrodillé junto a ella y oramos, encontrando consuelo en el Salmo 34:18: "El Señor está cerca de los quebrantados de corazón; rescata a los de espíritu destrozado."

LA CIRUGÍA: UN MOMENTO DE SILENCIO Y FE

El día de la cirugía amaneció frío y gris en Waco. Las luces fluorescentes del hospital parecían más brillantes y el aire más frío de lo habitual. En la habitación preoperatoria, el sonido rítmico del monitor cardíaco marcaba el paso del tiempo mientras Erika esperaba. Me incliné hacia ella, sintiendo la suavidad de su cabello contra mi mejilla, susurrándole versículos que habían sido nuestra fortaleza durante meses.

Kevin estaba en casa de la vecina con su amigo Ryan, pero sus palabras de la mañana resonaban en mi mente: "Dile a mamá que esté feliz. Yo cuidó a Sofía." La simple fe de un niño, manifestada en esa promesa inocente, me conmovió profundamente.

Las horas en la sala de espera se sentían eternas. Cada paso en el pasillo, cada puerta que se abría, cada voz que se acercaba podía ser el cirujano con noticias. Abrí mi Biblia en Isaías 41:10: "No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo." Estas palabras, que habían sido nuestra ancla desde el diagnóstico inicial, cobraban un nuevo significado en ese momento de espera.

Cuando finalmente el cirujano salió, su rostro mantenía la neutralidad profesional, pero sus palabras trajeron el primer respiro de alivio: "La cirugía fue un éxito." Sin embargo, como pronto aprenderíamos, este era solo el comienzo de un largo camino.

EL IMPACTO EMOCIONAL: RECONSTRUCCIÓN Y DUDAS

El primer encuentro de Erika con el espejo después de la cirugía es uno de esos momentos que, diecinueve años después, permanece vívidamente en mi memoria. Su expresión contenía una mezcla de emociones que las palabras apenas pueden describir - dolor, incredulidad

y una determinación naciente que caracterizaría su batalla en los años venideros.

Sus manos trazaron suavemente la cicatriz reciente, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. El llanto silencioso se mezclaba con los suaves gorjeos de Sofía en su cuna cercana, creando una banda sonora agri dulce de los múltiples desafíos y el reto que se avecinaba.

"¿Cómo podré alimentar a mi hija ahora?" susurró Erika. "¿Cómo me verá Kevin? ¿Y tú?"

La abracé, sintiendo la fragilidad de su cuerpo, pero también la fuerza inquebrantable de su espíritu. "Nada de lo que ves te hace menos", le aseguré. "Eres hermosa y más valiente de lo que puedo expresar. Sofía y Kevin te verán como la madre que los ama incondicionalmente. Y yo... siempre te veré como la mujer que amo y con la que elegí caminar cada día."

QUIMIOTERAPIA Y RESILIENCIA

La vida después de la cirugía adquirió un ritmo diferente. Las visitas al hospital se volvieron parte de nuestra nueva normalidad, y el olor característico a medicamentos y desinfectante se convirtió en un recordatorio constante de nuestra batalla en curso. Kevin, con su energía inagotable, me acompañaba a menudo a recoger a Erika después de sus tratamientos. Al verla salir con su pañuelo cubriendo su cabeza, corría hacia ella con los brazos abiertos, como si su amor pudiera ahuyentar cualquier malestar.

La pérdida del cabello fue uno de los aspectos más duros del tratamiento para Erika. Para una mujer, el cabello es a menudo una parte importante de su identidad y perderlo puede ser devastador. Erika enfrentó este desafío con una valentía admirable, pero no sin un profundo impacto emocional. Cada mechón que caía era un recordatorio visible de la enfermedad que estaba combatiendo. Se aferraba a cada pelo que pudiera conservar en su cabeza.

Para Kevin, ver a su madre sin cabello fue confuso y preocupante. Aunque su amor por ella no cambió, la imagen de su madre con la cabeza cubierta por un pañuelo era un constante recordatorio de la gravedad de la situación. Erika, por su parte, trataba de mantener una actitud positiva,

pero había momentos en los que la tristeza y la frustración eran inevitables. Sin embargo, la fortaleza de nuestra familia y el amor incondicional que compartíamos nos ayudaron a enfrentar estos desafíos juntos

Mientras tanto, Sofía crecía rápidamente, sin darse cuenta de las circunstancias peculiares que marcaron su llegada al mundo. Sus risas y balbuceos llenaban nuestra casa de una alegría que a veces parecía chocar con los desafíos constantes que enfrentábamos. Erika, aunque agotada tanto física como emocionalmente, se debatía entre el deseo de entregarse por completo a sus hijos y la sensación de no poder dar más de sí misma. Aun así, se esforzaba por estar presente en cada momento, cantándoles canciones y leyéndoles cuentos antes de dormir, mientras una parte de ella se preguntaba si sería suficiente.

LA BONDAD EN MEDIO DE LA ADVERSIDAD

Durante este tiempo, Dios puso personas clave en nuestro camino que se convirtieron en instrumentos de Su gracia. Una de esas personas fue el Dr. Salganik, el propietario de Optical Dispensary. Fue un verdadero regalo del cielo—un faro de luz en nuestras horas más oscuras. Su consultorio se convirtió en el refugio de Erika. Un rincón acogedor con el reconfortante aroma de café recién hecho siempre en el aire. El Dr. Salganik recibía a todos con una cálida sonrisa que nunca se desvanecía. Su personalidad gentil creaba una atmósfera de comprensión y esperanza que envolvía a Erika desde el momento en que cruzaba la puerta.

Lo que lo hacía extraordinario era su compasión. Le ofreció a Erika la libertad de trabajar cuando se sintiera capaz, como pudiera, sin la más mínima presión. En los días en que los efectos de la quimioterapia eran particularmente duros, él simplemente asentía con comprensión y le decía que descansara. Cuando tenía días buenos, recibía sus contribuciones con genuino aprecio.

La sugerencia del Dr. Salganik de establecer Dr. Dubon Vision LLC llegó en nuestra hora más desesperada. La compañía de seguros acababa de negarle la cobertura a Erika, alegando fríamente que su cáncer era una "condición preexistente" que ella no había revelado en su solicitud—a pesar de que no tenía síntomas ni conocimiento de la enfermedad

cuando aplicó. Con facturas médicas crecientes y tratamientos que urgentemente necesitaba, nos estábamos ahogando financieramente.

El Dr. Salganik, que entendía las crueles lagunas del sistema de salud, explicó que los planes de seguro para pequeñas empresas a menudo no podían negar cobertura basándose en condiciones preexistentes. "Formen una LLC para la práctica de optometría de Norbi," aconsejó, "y pueden solicitar cobertura grupal a través del negocio." Esto no era tan solo un consejo profesional; era un salvavidas lanzado cuando apenas manteníamos nuestras cabezas sobre el agua.

Cuando llegó la aprobación del nuevo seguro, cada documento con el nombre de la empresa se sentía como evidencia tangible de la provisión de Dios. Los papeles de incorporación, la licencia comercial, los documentos de la póliza de seguro—no eran solamente formalidades administrativas sino puentes que nos llevaban hacia la atención médica que Erika desesperadamente necesitaba. A través de este camino inesperado, no simplemente aseguramos la cobertura de salud esencial sino que también encontramos una manera para que Erika continuara ejerciendo su profesión con un propósito renovado, incluso mientras luchaba contra su enfermedad.

Del mismo modo ahora, años después, recordar la bondad del Dr. Salganik me llena de profunda gratitud. En un mundo donde los negocios a menudo están antes que la humanidad, él eligió poner el bienestar de una persona primero.

REFLEXIÓN PARA EL ALMA:

Desde la madurez que el tiempo me ha brindado, puedo ver claramente cómo Dios entretejió cada detalle de esta etapa de nuestra historia. El nacimiento milagroso de Sofía, la inexplicable detención del crecimiento del tumor durante el embarazo, la providencia manifestada a través del Dr. Salganik - todo formaba parte de un plan mayor que únicamente podríamos apreciar con el paso del tiempo.

En los momentos más oscuros, cuando el cielo parece callar, Dios a menudo obra en los detalles que pasamos por alto. Se manifiesta en la bondad inesperada de un médico comprensivo, en la risa inocente de un

niño, en la fortaleza que encontramos cuando pensamos que no podemos más.

¿Estás atravesando tu propio valle de sombra? Recuerda que la fidelidad de Dios no depende de nuestras circunstancias. A veces, los milagros más grandes no son las curaciones instantáneas que esperamos, sino la gracia diaria que nos permite seguir adelante, un paso a la vez, confiando en que Él tiene el control.

CAPÍTULO 3



RENOVACIÓN: CUERPO Y ESPÍRITU

"Con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré."

- Salmo 91:15

Cuando en la vida tenemos incertidumbre y dolor, como los que nosotros enfrentábamos en estos días, las preguntas pueden parecer abrumadoras y las respuestas, escasas. Este versículo nos recuerda que, aunque en la vida tendremos angustia y dolor, incluso en nuestros momentos más oscuros, no estamos solos. Dios está con nosotros, brindándonos su apoyo y liberación.

Los largos pasillos del hospital Scott & White se habían convertido en un laberinto tan familiar que hasta podíamos identificar con precisión el lugar exacto en el inmenso estacionamiento donde siempre dejábamos el carro. Un persistente olor a medicamento impregnaba el aire, mezclándose con el sonido metálico de los carros médicos que rodaban por los corredores, mientras el pálido color beige de las paredes nos

rodeaba como un abrazo frío e inevitable. Todo esto se había entrelazado en el tejido de nuestra nueva normalidad. A veces, teníamos la impresión de que las mismas secretarías, que se escondían tras sus escritorios llenos de papeles, nos conocían por nombre y rostro. Esta era la tercera cirugía mayor de Erika; la anhelada reconstrucción mamaria que había esperado con tanta paciencia y esperanza. Diecinueve años después, los recuerdos de aquellos días siguen vívidamente grabados en mi memoria, como fotografías nítidas que el paso del tiempo no ha logrado desvanecer, cada detalle tan claro como si hubiese ocurrido ayer.

El cirujano nos recibió en su consultorio aquella mañana de verano. Su manera pausada de explicar las cosas contrastaba con la urgencia que habíamos experimentado en nuestros encuentros anteriores con el Dr. Brenner. Sobre su escritorio, un papel en blanco se convertiría en el mapa de la renovación física de Erika.

"Utilizaremos la técnica DIEP flap," explicó, dibujando lo que parecían carreteras y ríos en el cuerpo de mi esposa. Sus trazos seguros iban acompañados de explicaciones detalladas. "Tomaremos tejido, grasa y vasos sanguíneos del área abdominal y los trasladaremos para reconstruir el seno. Es como un trasplante, pero usando su propio tejido."

El cirujano continuó describiendo el proceso con una calma que nos brindaba cierta tranquilidad. Nos explicó que la técnica DIEP flap (Deep Inferior Epigastric Perforator) es una de las más avanzadas en la reconstrucción mamaria, ya que permite utilizar el propio tejido del paciente, lo que reduce el riesgo de rechazo y proporciona un resultado más natural.

"Primero, realizaremos una incisión en el área abdominal para extraer el tejido necesario," dijo, señalando en el dibujo. "Luego, conectaremos los vasos sanguíneos del tejido extraído a los vasos sanguíneos del pecho, asegurando un flujo sanguíneo adecuado para que el tejido sobreviva en su nueva ubicación."

Nos habló sobre el tiempo de recuperación, que sería considerable, y sobre la cicatriz que quedaría en el abdomen, similar a la de una abdominoplastia. También mencionó los posibles riesgos y complicaciones, pero nos aseguró que su equipo estaba altamente capacitado y que harían todo lo posible para minimizar cualquier problema.

Erika escuchaba atentamente, absorbiendo cada palabra como si fueran gotas de agua en un desierto. Aunque el proceso se presentaba como un entramado complejo y agotador, una chispa de esperanza brillaba en sus ojos, iluminando su rostro con una suave determinación. Sabíamos que este era un paso crucial en su arduo camino hacia la recuperación, un viaje que no solo abarcaba lo físico, sino también lo emocional. La posibilidad de reconstruir su seno utilizando su propio tejido le ofrecía una sensación de control y normalidad, como un ancla en medio de la tempestuosa tormenta que estábamos enfrentando.

Mientras el doctor continuaba con términos técnicos —anastomosis microvascular, colgajo libre, perforantes epigástricas inferiores profundas— Erika apretaba mi mano, sus ojos fijos en los dibujos. Pero había algo diferente en su mirada. Ya no era la misma mujer asustada que había recibido el diagnóstico inicial meses atrás. Esta Erika irradiaba una fortaleza que nacía de algo más profundo que la mera determinación humana.

SEMILLAS DE FE

Lo que el mundo médico veía como una batalla contra el cáncer, Dios lo estaba usando como catalizador para algo mayor. Nuestra travesía espiritual, al igual que nuestro camino médico, no siguió la ruta que habíamos anticipado.

Como recién llegados a Waco, habíamos comenzado a asistir a una iglesia local donde yo dirigía un programa de oración en la radio. Sin embargo, con el paso de los meses, empezamos a sentir que, aunque era un buen lugar, no era donde Dios nos estaba llamando a echar raíces. El enfoque del evangelio nos parecía algo "light" comparado con la profundidad y pasión que ardía en nuestros corazones. Erika y yo anhelábamos un entorno donde la adoración fuera más intensa, donde el servicio no fuera solo una actividad ocasional sino un estilo de vida, y donde nuestra experiencia con el cáncer pudiera convertirse en un testimonio vivo para otros.

"Creo que Dios nos trajo a Waco con un propósito específico", me comentó Erika una noche. "Y no creo que sea solo para ocupar un asiento los domingos."

Durante esos meses entre cirugías y tratamientos, mientras aún buscábamos nuestro lugar, una pequeña semilla de fe había comenzado a brotar. Todo empezó humildemente en la sala de dos familias, compartiendo la Palabra y testimonios de cómo Dios nos sostenía durante esta prueba. En aquellos primeros días, nadie podía imaginar que esas reuniones íntimas se transformarían en algo que trascendería nuestras propias circunstancias.

Un hermano en la fe, conmovido por nuestro testimonio, nos ofreció un pequeño local en su propiedad. Los domingos, aquel espacio modesto se transformaba en un santuario lleno de alabanzas. A pesar del agotamiento de los tratamientos, Erika encontró su lugar especial entre los niños. Era hermoso verla rodeada de pequeños, enseñándoles con una paciencia y amor que parecían multiplicarse con cada sesión.

"Los niños son más intuitivos de lo que creemos," me dijo una tarde después de su clase. "No necesitan que les expliques todo. Sienten el amor de Dios y lo aceptan con una simplicidad que los adultos hemos olvidado."

Lo que estaba naciendo en ese momento era el descubrimiento del propósito específico por el cual Dios nos había traído a Waco. Personas de diversos trasfondos, muchas atravesando sus propias batallas con enfermedades o crisis personales, encontraban esperanza en un lugar donde el sufrimiento no se ocultaba sino que se transformaba en testimonio vivo del poder sustentador de Dios.

LA VÍSPERA

La noche antes de la cirugía quedó grabada en mi memoria como un testimonio de la gracia de Dios. Kevin y Sofía ya estaban acostados, y nosotros preparábamos la maleta para el hospital. El cansancio del día comenzaba a manifestarse, pero Erika mantenía su espíritu animado.

"¿Sabes qué?" dijo mientras doblaba una bata, su voz mezclando cansancio y picardía. "Al menos me harán una liposucción gratis. De otro modo, nunca la hubiera podido pagar." Su risa resonó en nuestra habitación, aunque pude notar el ligero temblor en sus manos mientras continuaba empacando.

De repente, sus ojos se humedecieron. "¿Por qué lloras?" pregunté suavemente, acercándome a ella.

"Porque estoy agradecida," respondió, su voz quebrándose ligeramente. "Agradecida de que Dios use hasta esto para bendecirnos. Mira cómo ha crecido la iglesia, cómo las personas vienen buscando esperanza y encuentran a Jesús. Todo esto," dijo señalando su pecho, "ha sido el instrumento que Dios usó para abrir puertas que ni siquiera sabíamos que existían."

EN EL QUIRÓFANO

La operación duró ocho horas. Mientras el equipo quirúrgico trabajaba meticulosamente bajo el microscopio, conectando minúsculos vasos sanguíneos y trasplantando tejido, algo igualmente delicado ocurría en la sala de espera. Nuestra congregación se turnaba para acompañarme, demostrando que ya no éramos solo dos familias reunidas en una sala; nos habíamos convertido en una comunidad de fe que se sostenía mutuamente.

Kevin y Sofía se encontraban bajo el cuidado de una familia de la iglesia, un refugio temporal que apenas mitigaba la inquietud que sentían. Sus preguntas sobre su madre, cargadas de anhelo y preocupación, fluían a través de mensajes de texto como un río interminable. "¿Ya terminaron de arreglar a mami?" preguntaba Kevin con un tono que resonaba con la pureza de un niño. La ingenuidad de sus palabras era un contraste agudo con la complejidad y tensión que reinaban en el quirófono, donde los médicos trabajaban incansablemente.

EL DESPERTAR

El momento en que Erika despertó de la anestesia reveló la esencia de quién era ella. Sus primeras palabras entrecortadas no fueron sobre el dolor o la cirugía, sino sobre los niños de la iglesia: "¿Quién les dará la clase el domingo?" murmuró con voz ronca. Incluso en su momento de mayor vulnerabilidad física, su corazón estaba con su ministerio.

Los días siguientes fueron un ejercicio de paciencia y fe. La recuperación de una cirugía DIEP flap requiere tiempo; el cuerpo debe aceptar el tejido reubicado como propio. Era fascinante ver cómo este proceso físico reflejaba lo que estaba sucediendo en nuestra naciente iglesia: cada

nuevo miembro se integraba orgánicamente, convirtiéndose en parte vital del cuerpo de Cristo.

Establecimos nuevas rutinas en casa. Los niños se adaptaban a cada fase de la recuperación de su madre con una resiliencia sorprendente. Kevin se había vuelto especialmente atento, siempre pendiente de si Erika necesitaba agua o una almohada extra. Sofía, aunque pequeña, parecía sentir cuando su madre necesitaba un espacio y podía pasar horas jugando en su cuna con juguetes que volaban sobre su cabeza.

Las noches eran nuestro tiempo especial como familia. Cuando el cansancio del día se hacía presente, Erika tenía una manera única de cerrar la jornada. "Kevin," susurró una noche mientras los niños se acurrucaban para su bendición nocturna, "¿sabes por qué mamá duerme tan bien ahora?" Kevin negó con la cabeza, curioso. "Porque los ángeles me pusieron una almohada extra aquí," dijo tocando suavemente su reconstrucción. La risa inocente de Kevin se mezclaba con su propia risa somnolienta, creando uno de esos momentos de gracia que hacían nuestro camino más llevadero.

Kevin y Sofía intercambiaron miradas cómplices - sabían que era el momento de los últimos abrazos y besos de buenas noches. Era una rutina simple pero preciosa, un recordatorio de que incluso en medio de las pruebas más difíciles, Dios nos permitía encontrar momentos de alegría genuina.

LECCIONES EN EL VALLE

Durante su recuperación, Erika reflexionaba frecuentemente sobre los paralelos espirituales de su experiencia. Una tarde, mientras descansaba en casa, compartió una perspectiva que transformaría nuestra forma de ver el sufrimiento: "Es como esta cirugía," me dijo. "Los doctores tomaron algo de una parte de mi cuerpo para sanar otra. Así obra Dios: toma nuestro dolor y lo transforma en ministerio, convierte nuestra angustia en testimonio."

La iglesia continuaba creciendo. Las personas llegaban atraídas no por promesas de prosperidad o milagros instantáneos, sino por la autenticidad de una historia de fe en medio del sufrimiento. Erika, con su cuerpo en proceso de restauración y su espíritu inquebrantable, se

convirtió en un testimonio viviente de que la renovación verdadera comienza en el interior.

Cada domingo, veíamos nuevos rostros en nuestras reuniones. Las personas venían buscando esperanza y encontraban una comunidad dispuesta a caminar con ellos en sus propios valles. La autenticidad con que Erika compartía tanto sus luchas como sus victorias resonaba especialmente con quienes atravesaban sus propias pruebas.

LA OBRA MAESTRA DE DIOS

La restauración física de Erika se erigió como un emblema potente y conmovedor de la obra que Dios estaba llevando a cabo en nuestras vidas y en nuestro ministerio. Como un artista hábil, Él tomaba cada fragmento roto y lo transformaba en una obra de arte deslumbrante, donde cada cicatriz se convertía en un testimonio visible de Su fidelidad inquebrantable. Tal como expresa el Salmo, Él estuvo genuinamente a nuestro lado en medio de la angustia, y en lugar de simplemente rescatarnos, nos moldeó y nos fortaleció a través de ella.

A medida que celebrábamos esta conmovedora victoria y observábamos cómo nuestro ministerio florecía con renovado vigor, apenas podíamos prever las pruebas que el futuro aún tenía reservadas para nosotros. La restauración física había sido un triunfo innegable, pero pronto descubriríamos que algunas batallas exigen más que la precisión de una cirugía y la firmeza de la determinación. Nos harían falta cada onza de fe y cada lección aprendida para enfrentar con valentía lo que el destino nos depararía más adelante.

REFLEXIÓN PARA EL ALMA:

En los momentos de renovación, Dios a menudo obra en múltiples niveles simultáneamente. Mientras el bisturí del cirujano trabajaba para restaurar el cuerpo de Erika, el Espíritu Santo estaba esculpiendo algo igualmente hermoso en nuestros corazones y en nuestra comunidad.

¿Has considerado que tus pruebas actuales podrían ser el cincel de Dios, tallando algo hermoso que aún no puedes ver? Como Erika descubrió, a veces nuestras cicatrices más profundas se convierten en los testimonios más poderosos de la gracia de Dios, y nuestros momentos más

vulnerables pueden ser precisamente aquellos en los que Su luz brilla con más intensidad.

CAPÍTULO 4



LE ERA NECESARIO PASAR POR SAMARIA

"Y le era necesario pasar por Samaria."

- Juan 4:4

Hay momentos en la vida cuando Dios nos lleva por caminos que no entendemos, desvíos que parecen alejarnos de nuestro destino. Como Jesús en su viaje a Jerusalén, a veces el camino más largo resulta ser el más necesario. Esta verdad se revelaría en las circunstancias más inesperadas, en una madrugada que marcaría el inicio de un viaje que transformaría no solo nuestras vidas, sino las de cientos más.

Era una madrugada tranquila, una de esas que anticipan un nuevo amanecer con una calma engañosa. El cielo oscuro parecía contener su respiración, como si supiera que algo estaba por suceder. El murmullo de los árboles, mecidos por una brisa casi imperceptible, contrastaba con la tensión que comenzaba a infiltrarse en el aire. Desde la habitación, podía oír el leve crujido de la madera al asentarse, un recordatorio de que incluso en la quietud, todo está en movimiento.

Estábamos exhaustos pero rebosantes de alegría tras haber llevado a cabo el bautismo de siete personas en las aguas cristalinas del río. Aquel día había sido una prueba más del poder divino manifestado en nuestra pequeña comunidad, la Iglesia Restauración de Waco. El sol brillaba intensamente, reflejándose en la superficie del agua y llenando de luz el ambiente. Erika, a pesar del agotamiento acumulado por sus tratamientos médicos, había irradiado una energía especial durante todo el servicio. "No soy digna," me confesó esa noche mientras conversábamos sobre el significado del bautismo. Pero yo sabía, al igual que sabía Dios, que su corazón herido resplandecía con una luz cálida que atraía a todos hacia el mensaje de esperanza y renovación que compartíamos. Su presencia era como un faro que iluminaba el camino de aquellos que buscaban consuelo y fe.

A las cuatro de la madrugada, ese gozo se interrumpió abruptamente. Los golpes en la puerta resonaron con una urgencia que quebró la paz de nuestro hogar. Erika se despertó primero, su instinto maternal siempre alerta. "Hay policías afuera," susurró, "están preguntando por alguien llamado Roberto."

En pijamas y descalzo, me dirigí a la puerta. Los oficiales de inmigración mostraron primero la foto de un desconocido, pero al voltear la página, mi rostro me devolvió la mirada desde el documento oficial. "Helmuth G. Dubón, queda arrestado." El frío de las esposas contra mis muñecas fue como un golpe que me devolvió a una realidad que habíamos temido desde que iniciamos el proceso de regularización de mi estatus migratorio.

Erika suplicó que me permitieran despedirme de los niños, pero los oficiales fueron inflexibles. Mientras me arrastraban hacia la camioneta, el frío del pavimento contra mis pies descalzos se mezclaba con la textura áspera del asfalto. La brisa de la madrugada cortaba mi piel como pequeñas cuchillas. Desde la ventana, vi a Erika sosteniendo a Kevin en brazos; nuestro pequeño dormía ajeno a cómo nuestro mundo se transformaba. El aire olía a metal y humedad, un aroma que parecía preludio de algo irreversible.

Para Erika, este sería el inicio de una batalla que pondría a prueba cada gramo de su fe y fortaleza. Con el cáncer aún activo en su cuerpo, los tratamientos de quimioterapia no podían detenerse. Ahora tendría que

enfrentarlos sola, mientras mantenía a flote un hogar con dos niños pequeños, un trabajo a tiempo completo, y una iglesia que pastorear.

CONTEXTO SOBRE MI SITUACIÓN MIGRATORIA

Lo que para los agentes era una detención rutinaria representaba para nosotros la culminación de una serie de eventos que habíamos temido. Mi historia migratoria era compleja y había sido un tema de preocupación constante entre Erika y yo durante años.

Había estado viviendo en Estados Unidos bajo un programa de Estatus de Protección Temporal (TPS) que me otorgaba un permiso de trabajo y estatus legal. Durante años, este permiso me permitió trabajar, pagar impuestos y construir nuestra vida sin problemas. Después de casarme con Erika, ciudadana estadounidense, comencé a trabajar para obtener el estatus de residencia permanente, pero el proceso se complicó debido a mi historial migratorio existente.

Debido a un error en los tiempos de renovación y una confusión en la interpretación de los requisitos, perdí mi estatus de protección TPS antes de que mi solicitud de residencia basada en matrimonio pudiera completarse. Cuando Erika fue diagnosticada con cáncer, nuestra situación cambió drásticamente. La enfermedad aumentó la urgencia de regularizar mi estatus migratorio - necesitábamos estabilidad legal para enfrentar las batallas médicas que teníamos por delante.

Erika, siempre pensando en nuestra familia, presentó una solicitud formal para mi residencia permanente a pesar de los riesgos. Nuestro abogado nos advirtió claramente: "Al solicitar la residencia, estarán revelando su dirección actual a las autoridades de inmigración. Podrían venir a buscarte." Era como entregarnos voluntariamente, pero la salud de Erika y el futuro de nuestros hijos nos obligaban a intentarlo.

Así fue como, bajo una ley que penaliza la presencia ilegal después de cierto número de días, caí en la categoría de personas que debían ser deportadas para continuar su proceso migratorio desde fuera del país. Lo que nunca anticipé fue ser sacado repentinamente de nuestra casa esposado, separado de mi familia en el momento que más me necesitaban. Los agentes que ejecutaban esa redada en la madrugada simplemente estaban aplicando la consecuencia de nuestra propia

decisión desesperada por asegurar un futuro estable para nuestra familia en crisis.

EL CAMINO A SAMARIA

San Antonio se convirtió en mi primer destino, un lugar que marcaría el inicio de un arduo camino. La celda gélida, con sus paredes de concreto áspero y frío, parecía congelar el aire mismo. Cada aliento se transformaba en una nube visible de vapor, y mis manos, al tocarlas, se sentían tan frías como el metal en invierno. Sin embargo, mis pensamientos estaban con Erika, una mujer de cabello oscuro y ojos brillantes, cuya fortaleza había contemplado con admiración. Recuerdo cómo ella se sentaba en la sala de quimioterapia, las luces fluorescentes brillando sobre su cabeza, mientras los líquidos combatían silenciosamente el cáncer en sus venas. Su valentía era casi sobrehumana, desafiando el dolor que a menudo se reflejaba en su rostro y el miedo que llegaba con cada nueva sesión, con una resistencia que parecía infinita. Ahora, era mi turno de reunir cada fragmento de fuerza interior, como si cada latido de mi corazón debiera sostener no solo mi espíritu, sino también ser un pilar para ella y para los niños. Ellos se encontraban en la desgarradora realidad de quedarse sin padre, sus ojos pequeños llenos de preguntas que aún no podían formular. Mis pensamientos se arremolinaban dentro de mi mente como un torbellino imparable, oscilando entre un miedo paralizante, que me dejaba inmóvil, y una desesperanza abrasadora, que amenazaba con consumir cada esperanza, una danza caótica de emociones que no me daban tregua.

Cuando me trasladaron a Brownsville, todo tomó un giro inesperado. La enorme celda, conocida como el "corralón", era un vasto espacio donde las voces de hombres con historias grabadas por el sufrimiento resonaban en ecos interminables. Esa primera noche, entre sollozos ahogados y ronquidos profundos, sentí una presencia cálida y reconfortante. Dios me susurró suavemente: "Lee Juan 4". Sabía que esa voz en mi interior venía de Dios; había aprendido a reconocerla. Tras buscar entre los detenidos, un joven llamado Leo, con ojos llenos de comprensión, me prestó un pequeño y desgastado Nuevo Testamento.

Leí el pasaje una y otra vez hasta que una revelación me golpeó con fuerza: "Y le era necesario pasar por Samaria". Así como Jesús había desviado su camino para encontrarse con la mujer samaritana, entendí

que Dios me había traído aquí con un propósito definido. Esa necesidad apremiante en Jesús de pasar por Samaria era su manera de buscar almas perdidas que, de otro modo, jamás habrían tenido tal oportunidad de redención y esperanza.

Esa noche tomé valor, le compartí a Leo lo que Dios me había hablado y le propuse iniciar una reunión de oración. Al principio, solo él se unió. Canté "Cansado del camino" con los ojos cerrados, sintiendo la presencia de Dios. Cuando abrí los ojos, casi todos los presos habían apagado los televisores y estaban sentados frente a mí. Les prediqué sobre el encuentro de Jesús con la mujer samaritana, y 50 hombres entregaron su vida a Cristo esa noche. Vi rostros quebrantados, algunos heridos físicamente tras cruzar la frontera, otros cargando cicatrices invisibles. Dios había hecho una obra poderosa en medio del dolor.

LA GUERRERA EN CASA

Mientras yo descubría mi ministerio en las cárceles, Erika libraba sus propias batallas en Waco. Cada mañana era un acto de fe: despertar a los niños, preparar desayunos, mantener la rutina que tanto necesitaban. Kevin, con apenas cuatro años, comenzó a hacer preguntas que rompían el corazón: "¿Por qué papá no viene a casa?" Sofía, demasiado pequeña para entender, sentía la ausencia en formas que solamente su llanto podía expresar.

Los momentos más desgarradores ocurrían cuando los niños regresaban de la escuela. Mi viejo Mitsubishi rojo seguía estacionado en nuestra entrada, un recordatorio silencioso de mi ausencia. "¡Aquí está papi!" gritaban con emoción cada vez que lo veían, corriendo hacia la entrada con la certeza de que esta vez sí me encontrarían dentro de la casa. Erika, con lágrimas en los ojos que intentaba contener, les respondía con voz entrecortada: "Sí, hijos, Dios lo va a traer pronto." Era una promesa que ella sostenía con fe, aunque su corazón se quebrara un poco más cada tarde cuando la ilusión de los niños se desvanecía.

Las visitas al oncólogo continuaban con su ritmo implacable, marcando los días como un metrónomo imperturbable. Erika se enfrentaba a cada sesión de quimioterapia con la misma determinación que la había caracterizado desde que el diagnóstico inicial la golpeó como un rayo. Pero ahora, en esa sala de paredes blancas y olor a desinfectante, no tenía mi mano para apretar durante los momentos en que el dolor se volvía

casi intolerable, ni mi hombro donde podía dejar caer su cabeza cuando el agotamiento la vencía, con las ojeras oscuras como testigos de sus batallas.

"Dios no nos ha traído hasta aquí para volver atrás," proclamaba con voz firme en cada servicio dominical, su fe incommovible resonando en las paredes de la pequeña iglesia. La congregación la veía llegar cada semana, su andar a veces más lento, sus pasos arrastrando un cansancio que parecía pesar una tonelada, pero su rostro siempre iluminado por una sonrisa a pesar de las circunstancias. Los niños de la iglesia, con sus risas y juegos, seguían siendo su ministerio especial; en sus ojos brillantes y voces llenas de vida, Erika encontraba la fuerza para seguir adelante, para resistir un día más.

LAS VISITAS QUE SOSTENÍAN EL ALMA

Los fines de semana se transformaron en un testimonio tangible de amor y resistencia. Erika, desafiando el agotamiento que le dejaban las sesiones de quimioterapia, se preparaba para el largo viaje desde Waco hasta Brownsville con los niños. Vestía ropa cómoda, cargaba una bolsa llena de meriendas y juguetes para entretener a Kevin y Sofía en el trayecto. La ruta era un desafío: primero, un trecho de casi tres horas hasta Houston, donde mi cuñado Douglas y su esposa se unían a esta caravana de amor, antes de continuar por otras cinco horas más hasta la frontera.

Al llegar, verlos a través del vidrio era una dulce tortura. Las pequeñas manos de Kevin y Sofía, llenas de huellas de galletas, se aplastaban contra el cristal, mientras sus ojos grandes y llenos de confusión intentaban entender por qué papá no podía cruzar para abrazarlos. Erika disimulaba su propio dolor tras una sonrisa valiente, una que apenas ocultaba el temblor de sus labios. "Todo va bien con mis consultas, no te preocupes," me decía con esa firmeza que siempre la caracterizaba, aunque las sombras de las ojeras y la palidez de su piel contaban otra historia. El cansancio en sus ojos era innegable, y me desgarraba por dentro saber que estaba enfrentando todo esto prácticamente sola.

SIETE IGLESIAS EN TREINTA DÍAS

Durante los treinta días que pasé en detención, pude sentir la mano de Dios moviendo las piezas de un plan que apenas comprendí después.

Cada traslado, que a simple vista parecía el resultado de errores administrativos, la falta de ciertas vacunas o simples renovaciones de las instalaciones se convertía en una nueva oportunidad para establecer un servicio de adoración. Como Pablo en sus viajes misioneros, me movieron de una prisión a otra, y en cada una dejé pequeñas congregaciones nacientes.

La primera noche en cada nuevo pabellón era siempre igual: me sentaba en el borde de la litera, cerraba los ojos y comenzaba a cantar suavemente "Cansado del camino". A veces mi voz era la única que resonaba en la celda, pero otras veces, algún interno con el valor suficiente se unía a mí, su voz temblorosa al principio. Poco a poco, más voces se sumaban, creando una armonía inesperada en medio del silencio opresivo. Podía sentir cómo las barreras se desmoronaban y los corazones se abrían al calor de la música. Hombres endurecidos por las adversidades de la vida se quebraban, llorando en silencio ante la palpable presencia de Dios. Escuché relatos que desgarraban el alma: padres separados de sus hijos por la frontera, jóvenes que huían de la violencia de sus países natales, almas atormentadas en busca de una segunda oportunidad para redimirse. Cada historia añadía una capa de humanidad al lugar, convirtiendo el frío y estéril pabellón en un refugio de esperanza compartida.

EL REGRESO A LA TIERRA NATAL Y LA ESPERA

El día de mi deportación se transformó en un testimonio inesperado de cómo Dios utiliza nuestros momentos más oscuros para Su gloria. Me despedí de mis hermanos en la cárcel, aquellos hombres que habían encontrado un rayo de esperanza en nuestras reuniones nocturnas de adoración. Mientras me alejaba del recinto, los cánticos de alabanza resonaban desde los pabellones, como un eco que reverberaba la obra que Dios había iniciado. No necesitaba que estuviéramos presentes para continuar Su propósito; éramos solamente instrumentos temporales en Sus manos eternas.

Exactamente treinta días después de mi arresto, me encontré pisando suelo salvadoreño, vestido con las mismas chanclas desgastadas y las pijamas descoloridas con las que había sido capturado. Una década había desaparecido como un suspiro desde mi partida en 1999, y ahora el país me recibía como un viejo amigo: el verdor vibrante de los campos que

se extendían hasta el horizonte, el calor húmedo que se aferraba a mi piel desde la costa, y la sinfonía de pájaros tropicales que había casi olvidado en mi memoria.

La derrota intentaba anidar en mi corazón, pero algo más profundo - quizás la misma gracia que me había sostenido entre los muros de la cárcel- me impedía sucumbir a ese sentimiento. Mi primo y mi prima llegaron a recogerme, sus rostros iluminados por una alegría genuina que actuó como un bálsamo para mi espíritu herido. En la casa de mi tía, un detalle me quebró: había preparado mi cama con sábanas delgadas de algodón, un gesto que recordaba mi preferencia después de tantos años. En ese simple acto encontré el amor que trasciende el tiempo y la distancia.

Los catorce meses siguientes en El Salvador se convirtieron en un testimonio viviente de la providencia divina. Mientras yo completaba la carrera universitaria que había dejado inconclusa en 1999 y fortalecía lazos con personas clave en nuestro camino, como el pastor Mario Vega, Erika libraba su propia batalla heroica en Waco. Con una fortaleza que aún hoy me deja sin palabras, mantenía a flote nuestra familia: dos niños pequeños que criar, un trabajo de tiempo completo que atender, soportando tratamientos de quimioterapia, y una iglesia que pastorear. Las llamadas diarias y las videollamadas con los niños apenas mitigaban la distancia, pero su voz nunca traicionó el inmenso peso que cargaba.

Durante esos catorce meses en El Salvador, mi vida se tejía en un tapiz de contrastes vibrantes. Mientras me sentaba en los pupitres de la universidad, retomando los estudios que había dejado atrás, mi mente a menudo cruzaba miles de kilómetros hasta Waco. Allí, Erika se movía con la precisión de un director de orquesta, enfrentando una sinfonía imposible de responsabilidades. Las aulas universitarias, con sus murales descoloridos y viejos, pizarras llenas de explicaciones sobre la historia de la literatura, se sentían como un refugio peculiar—un lugar donde podía perderme en el conocimiento, pero al mismo tiempo, una sombra de culpa persistía por no estar con mi familia en sus momentos más oscuros.

Mientras tanto, Erika brillaba como un ejemplo de gracia bajo presión. Las llamadas diarias, a menudo entrecortadas por el sonido de la casa llena de vida, eran mi ventana a su mundo. Me la imaginaba despertándose antes de que el sol siquiera asomara, susurrando órdenes

suaves pero firmes para alistar a los niños con sus mochilas y refrigerios. Luego, con los ojos aún pesados de sueño, los llevaba a su escuela. Después de eso, se lanzaba a su práctica de optometría, ajustando lentes, haciendo exámenes, poniendo lentes de contacto y sonriendo a sus pacientes con una calidez que desmentía su agotamiento. Y, como si fuera poco, el fin de semana encontraba la energía para liderar nuestra pequeña congregación, inspirando con cada palabra. Aunque su voz en el teléfono era siempre firme, yo podía escuchar el peso de cada día en sus silencios y en cada respiración profunda.

Kevin y Sofía se adaptaron a verme a través de una pantalla con esa resiliencia única de la niñez. "Papi, ¿cuándo vuelves?" se convirtió en la pregunta que más temía escuchar. La respuesta siempre era la misma: "Pronto, mis amores." Pero el 'pronto' se estiraba como un elástico en el tiempo, marcado por trámites legales y esperas interminables.

LA BATALLA LEGAL Y EL MILAGRO INESPERADO

Durante esos meses llenos de desafíos, mientras yo dedicaba mis días a enseñar ESL en el Colegio Internacional de San Salvador y me esforzaba por completar mi licenciatura con esmero, Erika libraba su propia batalla en otro frente. Entre las agotadoras sesiones de quimioterapia y sus múltiples responsabilidades pastorales, se sentaba a escribir cartas con una energía incansable, dirigiéndose a cada autoridad a la que podía llegar. Desde el gobernador hasta los congresistas y senadores, su determinación no conocía límites, cada sobre sellado con un propósito firme. "Si Dios pudo abrir el Mar Rojo," decía con convicción mientras cerraba otro sobre cuidadosamente, "puede abrir un camino a través de la burocracia." Así lo hizo durante los 14 largos meses que estuve deportado en El Salvador, repitiendo su esfuerzo una y otra vez.

Recuerdo vívidamente una noche en particular. Después de arropar a los niños, que ya dormían plácidamente en sus camas, ella se acomodó en el sofá de la sala, la luz tenue de la lámpara creando un acogedor refugio. Me miró con ojos cansados pero decididos y me contó que había escrito una carta a Michelle Obama. No era una súplica desesperada, sino el valiente testimonio de una mujer enfrentándose al cáncer con una determinación inquebrantable. La carta, escrita a mano con tinta azul sobre papel de línea, emergía de un corazón quebrantado pero rebosante de esperanza. La carta llegó al corazón de la primera dama, Michelle

Obama. Ella respondió con una carta que prometía remitir nuestro caso a las autoridades competentes para agilizar una respuesta. Aunque no era mucho, era una pequeña nube de esperanza, similar a la que el siervo de Elías vio antes de que la lluvia de Dios bendijera la tierra.

En El Salvador, las noches tenían un peso especial de dificultad. En la quietud de mi habitación prestada, envuelto en las sábanas de algodón que mi tía había elegido con tanto esmero, mis oraciones se transformaban en profundas conversaciones con Dios. "¿Por qué este desvío, Señor? ¿Cómo puede esto encajar en 'Tu plan?'" El silencio que seguía estaba cargado de una paz inexplicable, la misma paz que había sentido en los fríos pabellones de la prisión, una paz que superaba todo entendimiento.

EL MILAGRO EN UN FAX

La mañana que cambiaría el curso de mi vida llegó sin previo aviso, como un amanecer inesperado que ilumina el cielo. Me encontraba en mi habitual rutina en el Colegio donde trabajaba. Estaba en medio de una lección de inglés con estudiantes coreanos cuando la voz de la secretaria resonó en el aula: "Profesor, tiene un fax."

Mi corazón se detuvo por un instante antes de latir con fuerza. Durante meses, cada documento que llegaba había sido un torbellino de esperanza y decepción. El papel del fax aún irradiaba calor cuando mis ojos recorrieron las palabras que contenían un universo de significado: "Su caso ha sido aprobado."

Con el papel apretado contra mi pecho, corrí al baño del colegio, donde las lágrimas fluyeron libremente, un torrente de emoción incontenible. Al llamar a Erika, su llanto de alegría se mezclaba con sus exaltadas alabanzas. "¿Ves?" dijo entre sollozos, "Dios tenía un plan más grande." La emoción en su voz resonaba como una melodía celestial, llenando el aire de esperanza y gratitud.

LA LECCIÓN DE SAMARIA

Este desvío necesario por nuestra propia "Samaria" nos enseñó lo que Jesús ya sabía cuando decidió tomar el camino largo a Jerusalén: a veces, los desvíos son el verdadero destino. Como la mujer del pozo, que regresó a su pueblo para compartir su encuentro con Jesús, cada uno de

los hombres que encontré en las cárceles llevó consigo una semilla de esperanza.

Y Erika, demostró que la fe puede manifestarse de formas extraordinarias. En su batalla simultánea contra el cáncer y la burocracia, en su determinación de mantener unida a nuestra familia a pesar de la distancia, en su inmutable confianza en que Dios abriría un camino donde no lo había, ella encarnó la verdad de que los planes de Dios, aunque misteriosos, siempre son perfectos.

Lo que parecía una tragedia se convirtió en un testimonio doble: de cómo Dios puede usar una deportación para alcanzar almas en prisión, y de cómo una mujer con cáncer puede convertirse en un faro de esperanza para toda una comunidad. Este "desvío" no solo resultaría en mi residencia y posterior ciudadanía estadounidense, sino en la transformación de innumerables vidas que encontraron a Cristo en el camino.

REFLEXIÓN PARA EL ALMA:

A veces, lo que parece ser un desvío devastador en nuestras vidas es, en realidad, el camino directo que Dios ha trazado hacia Su propósito. Imagina a Jesús, quien "necesitaba" pasar por Samaria, un lugar cargado de historia y tensiones, donde cada paso resonaba con significado. Nuestros momentos de crisis, esos instantes que nos sacuden hasta el alma, pueden ser citas divinas disfrazadas de desvíos, caminos que en la superficie parecen arduos y tortuosos.

¿Estás atravesando lo que parece un doloroso desvío en tu vida, una senda que se retuerce entre sombras y dudas? ¿Te preguntas por qué Dios permite que tu camino tome rutas tan difíciles, llenas de obstáculos que parecen insalvables? Como aprendimos en nuestra propia Samaria, ese lugar de encuentro inesperado y transformación, a veces los desvíos de Dios son Sus autopistas hacia milagros, aquellos que no solo necesitamos nosotros, sino todos aquellos que encontraremos en el camino, cada uno con historias y destinos entrelazados con el nuestro.

CAPÍTULO 5



CUANDO LA FE SE PREGUNTA POR QUÉ

"Señor, ¿por qué te mantienes lejos? ¿Por qué te escondes en tiempos de angustia?"

- Salmo 10:1

El lamento del salmista resuena a través de los siglos como el eco de cada corazón que se ha encontrado en el valle de la incomprensión divina. No es una pregunta nacida de la rebelión, sino del anhelo más profundo de un hijo que busca la presencia de su Padre cuando más la necesita. Este clamor honesto ante Dios no es señal de falta de fe, sino paradójicamente, un acto de profunda confianza - la valentía de cuestionar sabiendo que el fundamento de la relación es lo suficientemente fuerte para soportar el peso de nuestras dudas más sinceras.

Las preguntas más profundas de la fe rara vez surgen en momentos de victoria. Es en los valles oscuros, cuando el silencio de Dios parece más ensordecedor, que nuestras certezas son puestas a prueba. El otoño de

2009 marcaría el inicio de uno de esos valles en nuestra historia, marcó mi regreso de El Salvador, donde la deportación se había convertido, irónicamente, en una oportunidad para completar la carrera que había dejado inconclusa años atrás. Volví con un título bajo el brazo, pero encontré un panorama diferente al que había dejado. Nuestra pequeña Iglesia, que una vez vibraba con esperanza y crecimiento, ahora mostraba señales de debilitamiento.

Erika y yo nos hallábamos en un verdadero cruce de caminos, un momento decisivo y cargado de emociones. La escuela de discipulado de una de las iglesias más prominentes de Waco se alzaba ante nosotros como un faro resplandeciente de esperanza, una promesa de renovada dirección y propósito en nuestro ministerio. La decisión de ceder el liderazgo de nuestra iglesia era comparable a desprendernos de un hijo espiritual al que habíamos visto crecer y florecer. Cada reunión llena de risas y lágrimas, cada alma que había encontrado su camino hacia el Evangelio, cada testimonio que había resonado en los corazones de los fieles pesaba intensamente en nuestros corazones. Con un profundo sentido de responsabilidad y amor, entregamos el cuidado de este preciado legado a un grupo de hermanos leales y dedicados, quienes habían decidido con valentía continuar con la obra que habíamos comenzado.

LA NOCHE OSCURA DEL ALMA

Justo cuando pensábamos que estábamos comenzando un nuevo capítulo, el cáncer reapareció como un intruso no invitado. Esta vez estaba incrustado en sus nudos linfáticos. Los doctores propusieron un cambio en el protocolo de quimioterapia y la instalación de un port-a-cath cerca del corazón de Erika. Este pequeño dispositivo, un portal subcutáneo conectado directamente a una vena central, se convertiría en el nuevo punto de entrada para los tratamientos, evitando la búsqueda dolorosa de venas cada vez.

Fue entonces cuando noté algo que nunca había percibido en Erika: su espíritu, que siempre había sido fuerte e irrompible, comenzaba a mostrar pequeñas grietas, como fisuras en el cristal. En la penumbra de nuestra habitación, las preguntas que emergían de sus labios eran afiladas como dagas: "¿Qué he hecho de malo para merecer esto? ¿Por qué Dios

me ignora en mi sufrimiento? ¿Por qué algunos reciben Su sanación y otros, como yo, no?"

Cada noche se transformaba en un intenso ejercicio de teología práctica. Mientras la luz tenue de la lámpara proyectaba sombras en las paredes, yo escarbaba frenéticamente en las Escrituras, pasando páginas apresuradas en busca de versículos que pudieran ofrecer un bálsamo a su corazón atribulado. Le hablaba con voz suave sobre la soberanía divina, explicando cómo la sanidad última estaba en manos de Su voluntad perfecta. Sin embargo, mis intentos de consuelo parecían chocar contra un muro invisible de dolor y confusión que la envolvía.

"Entonces, ¿por qué orar?" replicaba ella, su voz oscilando entre el desafío y la angustia, como una cuerda tensa a punto de romperse. "Si todo depende de Su voluntad, ¿qué sentido tiene pedir algo si nuestras palabras no pueden cambiar lo que Él ha decidido?"

LA LUCHA ENTRE LA FE Y LA DUDA

Durante las sesiones de quimioterapia, Erika navegaba entre olas de profunda fe y tormentas de cuestionamientos intensos. "¿Ves esa bolsa de líquido rojo?" me decía, señalando la droga que goteaba metódicamente en su sistema. "Es la sangre de Cristo." En esos instantes, sus ojos reflejaban una batalla interior: el ferviente deseo de aferrarse a su fe mientras su mente se debatía con preguntas sin respuesta, como un mar embravecido.

Su mente inquieta se convertía en un detective del pasado, buscando razones y pistas como quien examina minuciosamente una escena del crimen. Revisaba cada detalle de su vida, desmenuzando recuerdos con la precisión de un relojero: la comida de la escuela, su dieta durante la juventud, las píldoras anticonceptivas que había tomado mientras vivíamos en Boston. Cada recuerdo emergía como un posible culpable, un sospechoso que podría haber contribuido a su condición actual.

Los líderes de la escuela de entrenamiento nos ofrecían perspectivas valiosas, intentando ayudarnos a encontrar sentido en medio del caos. Pero la verdad es que algunas preguntas no tienen respuestas fáciles. Algunas noches, mientras sostenía a Erika mientras lloraba, comprendí que quizás el propósito no era encontrar todas las respuestas, sino aprender a vivir fielmente con las preguntas.

Como Job en medio de su sufrimiento, descubrimos que la fe madura no significa ausencia de dudas, sino la capacidad de mantener la confianza en Dios incluso cuando las respuestas no llegan. Las preguntas de Erika no eran señal de falta de fe, sino de una fe lo suficientemente fuerte como para ser honesta con Dios.

En sus momentos más lúcidos, Erika escribía en su diario: "Quizás la pregunta no es '¿por qué a mí?', sino '¿para qué?' No entiendo Tu plan, Señor, pero elijo confiar en que Tú entiendes el mío."

Mientras observaba a Erika navegar entre la fe y la duda, entre la confianza y el cuestionamiento, comprendí que estábamos viviendo un tipo diferente de testimonio. No era la historia triunfal de sanidad instantánea que habíamos esperado, sino el relato más profundo de cómo Dios nos sostiene incluso cuando nuestros porqués quedan sin respuesta.

LA BATALLA POR ENTENDER

Las noches se convirtieron en nuestro campo de batalla espiritual. Mientras la casa dormía y el silencio amplificaba nuestros pensamientos, Erika comenzó a expresar preguntas que muchos creyentes temen pronunciar en voz alta.

"Si Dios es bueno," susurraba en la oscuridad, "¿por qué permite tanto sufrimiento? No solo el mío... mira cuántas personas en la sala de quimioterapia, cuántos niños con cáncer." Sus palabras temblaban entre la reverencia y el desafío. "Y si tiene el poder para sanar, como dice Mateo 8:17, '...Él mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias', ¿por qué algunos son sanados y otros no?"

Me encontraba luchando por encontrar respuestas que satisficieran tanto el corazón como la mente. Le recordaba la historia de Job, un hombre justo que sufrió sin explicación aparente. "Pero Job recibió respuestas al final," argumentaba Erika, "Dios le habló directamente. Yo solamente escucho silencio."

Las preguntas se volvían más profundas con cada sesión de quimioterapia. "¿Es esto un castigo?" preguntaba mientras el líquido rojo goteaba en su port-a-cath. "La Biblia dice en Romanos 8:28 que todas

las cosas ayudan a bien para los que aman a Dios... pero ¿cómo puede esto ser para bien?"

En medio de estas luchas espirituales, Dios proveyó un ancla de sabiduría a través del Pastor Mario Vega de la Iglesia Elim en El Salvador. Con una mezcla de compasión pastoral y profunda comprensión bíblica, sus correos electrónicos resonaban como un faro en la oscuridad. El Pastor Mario la guiaba por los terrenos inexplorados de su fe cuestionadora con respuestas fundamentadas en la Palabra, pero sensibles al dolor humano. Sus consejos ayudaron a Erika a navegar la tensión entre la duda y la confianza, recordándole que las preguntas honestas no son señal de falta de fe, sino parte del viaje hacia una fe más madura.

Gradualmente, comenzamos a entender que quizás la fe madura no consiste en tener todas las respuestas, sino en mantener la confianza en medio de las preguntas. Como escribió Erika en su diario: "Quizás la verdadera prueba de fe no es recibir el milagro que pedimos, sino seguir creyendo cuando el milagro no llega como esperábamos."

Una noche particularmente ardua, tras largas horas de náuseas intensas causadas por la quimioterapia, Erika se derrumbó en mis brazos en el cuarto de nuestra casa. Sus lágrimas caían como una lluvia silenciosa sobre su camiseta empapada de sudor. "La gente insiste en que simplemente necesito tener más fe," sollozó, su voz entrecortada por la desesperación y el cansancio. "Como si mi falta de sanidad fuera culpa mía, como si no creyera lo suficiente." Sus manos temblaban ligeramente mientras hablaba, su frustración era tan tangible que parecía llenar el aire entre nosotros, como una niebla densa. "Pero incluso Pablo tuvo un agujón en la carne que Dios no removió, y nadie puso en duda su fe." "A veces pienso en el Getsemaní," confesó. "Jesús rogó que la copa de sufrimiento pasara de él, pero al final dijo 'no se haga mi voluntad, sino la tuya.' Tal vez la verdadera fe no es creer que Dios cumplirá nuestros deseos, sino confiar en Él incluso cuando actúa de maneras que no comprendemos."

Sus dudas no se limitaban solo a su situación personal; comenzaron a infiltrarse en cada rincón de nuestra teología sobre la sanidad y el sufrimiento. "¿Por qué algunas oraciones reciben respuesta y otras no? ¿Cómo podemos discernir realmente cuál es la voluntad de Dios? Si Él

es el mismo ayer, hoy, y por los siglos, ¿por qué los milagros parecen tan distintos ahora?"

Una tarde, mientras leíamos juntos 2 Corintios 12:9, "Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en tu debilidad", Erika reflexionó: "Tal vez la sanidad que Dios quiere darnos no siempre es física. Quizás a veces es la fuerza para seguir adorando incluso cuando no entendemos, la paz que sobrepasa todo entendimiento cuando todo parece carecer de sentido."

Esta lucha con las dudas no debilitó nuestra fe; la profundizó. Nos enseñó que Dios es lo suficientemente grande para manejar nuestras preguntas, nuestras frustraciones e incluso nuestra ira. Que la verdadera fe no es la ausencia de dudas, sino la decisión de seguir confiando a pesar de ellas.

UN RESPIRO EN AREQUIPA

El viaje misionero a Arequipa, Perú, llegó en un momento crucial para nosotros. Era parte integral de la escuela de discipulado de Antioch Community Church, un programa intensivo que enviaba a sus estudiantes alrededor del mundo por tres semanas de labor evangelística. Mientras algunos de nuestros compañeros partieron hacia aldeas remotas en África o comunidades aisladas en Asia, nosotros fuimos asignados a la "Ciudad Blanca" del Perú.

Para Erika, este viaje representó mucho más que un simple compromiso del programa—fue un respiro necesario de la batalla constante contra el cáncer. Mientras recorríamos las estrechas y serpenteantes calles empedradas de Arequipa, el sol brillaba intensamente sobre las fachadas de sillar volcánico, creando un resplandor que parecía purificar el alma. El murmullo de los vendedores ambulantes, el aroma de los anticuchos asándose en pequeñas parrillas callejeras, y el majestuoso volcán Misti vigilando la ciudad desde la distancia formaban un escenario que contrastaba dramáticamente con los pasillos estériles de los hospitales que habíamos frecuentado.

Al compartir el evangelio con extraños en las plazas llenas de gente, Erika experimentó algo inesperado. Hablar de esperanza a otros, mientras ella misma luchaba por mantenerla, produjo una especie de

resonancia espiritual. Las largas horas dedicadas a la oración en grupo, lejos de las constantes tensiones del trabajo y las visitas médicas, le brindaron el espacio para procesar sus emociones de una manera nueva y profunda.

"Hay algo transformador en salir de tu propia historia por un tiempo," me comentó una noche, mientras descansábamos en el pequeño hospedaje, "para entrar en la historia de alguien más y ver cómo Dios está obrando también allí."

Fue en Arequipa, rodeada por las imponentes montañas y el cielo azul claro, donde Erika se comprometió más seriamente a escribir en su diario, un cuaderno de tapas gastadas en el que registraba no solo versículos bíblicos, sino también las sutiles maneras en que sentía que Dios le hablaba. Las páginas, llenas de anotaciones garabateadas y subrayados fervientes, se convirtieron en un testimonio de su lucha personal, un mapa detallado de su viaje espiritual a través del valle de la duda y la incertidumbre. "Tal vez," escribió una noche bajo la luz titilante de una lámpara de mesa, "la sanidad que Dios quiere darnos no siempre es física. Quizás a veces es la fuerza para seguir adorando incluso cuando no entendemos."

Durante este tiempo en Waco, Dios nos bendijo con una comunidad extraordinaria de hermanos que habían llegado recientemente a la iglesia Antioch, donde nos reuníamos. Casi como si estuviera orquestado por el destino, la mayoría de ellos eran puertorriqueños que se convirtieron en pilares fundamentales de nuestra fe. Su cultura vibrante y cálida se desplegaba como un suave y acogedor mantel bajo el cual nos resguardábamos.

María y Edsel Santoni siempre llegaban con una risa que resonaba como una melodía alegre y un abrazo cálido, como si envolvieran a todos en una manta de felicidad. José y Sharon Salcedo no faltaban con palabras de aliento que se sentían como un bálsamo para las almas cansadas. Tito y Sandra traían consigo una serenidad tan profunda que podía calmar cualquier tormenta, como una brisa suave en un día agitado. Miguel Cabrera, con su sabiduría, era como un faro que guiaba nuestros pasos en la oscuridad. Nuestra querida amiga Brenda y Richard Telles, con su corazón tan generoso como el de una abuela, sabía exactamente cómo abrazar a los niños, haciéndolos sentir amados y seguros. Mi gran amigo

Micah Burns era la personificación de la lealtad; su presencia era una constante que nunca fallaba. Y nuestros compatriotas salvadoreños, René y María Magaña, junto a Verónica y Roberto Panameño y la familia Durán, se unieron a nosotros con una determinación compartida, caminando hombro a hombro por este valle sombrío, iluminando el camino con su compañía.

Todos ellos sostenían nuestros brazos cuando el cansancio amenazaba con vencernos. Sus oraciones fervientes, la constancia de su presencia y su amor incondicional eran un testimonio palpable de cómo Dios utiliza a su pueblo para sostener a quienes atraviesan momentos difíciles.

PREPARANDO EL FUTURO

En medio de esta tormenta de dudas y cuestionamientos, Erika demostró una sabiduría que iba más allá de nuestras circunstancias inmediatas. Una noche, mientras los niños dormían, me sorprendió con una petición que revelaba la profundidad de su amor y previsión.

"Quiero que regreses a la universidad," me dijo con esa mezcla de ternura y determinación que la caracterizaba. "Necesitas terminar tu maestría." Sus ojos brillaban con una claridad que me desconcertó. "Si algo me pasa," continuó, aunque la frase me dolía en el alma, "los niños necesitarán que tengas un mejor trabajo. Una maestría te dará mejores oportunidades."

Era típico de Erika: incluso en medio de su propia batalla, su mente y corazón estaban enfocados en asegurar nuestro futuro. Me registré en Texas State University en San Marcos, un compromiso que significaba tres horas de viaje dos veces por semana. Trabajaba medio tiempo en Waco y dividía mis días entre las clases, el estudio, y estar presente para mi familia.

Erika se convirtió en el pilar que hacía posible este nuevo desafío. Las tardes que necesitaba estudiar, la veía jugando con Kevin y Sofía, manteniendo sus risas lejos de mi espacio de estudio, a pesar del cansancio que la quimioterapia le causaba. "Es mi manera de devolverte lo que hiciste por mí cuando recién nos casamos," me decía sonriendo, recordando cómo yo la había apoyado durante sus estudios de optometría.

Durante un año y medio, mientras lidiábamos con una montaña rusa de tratamientos médicos y preguntas profundas sobre la vida, tomé la decisión de viajar regularmente a San Marcos, TX, donde la universidad estatal me aguardaba para completar mi Maestría en Educación con un enfoque especial en la enseñanza del español. Brenda y Richard Telles, con una calidez que no conocía límites, me abrieron las puertas de su hogar con una generosidad desbordante. Me quedé en su casa, donde pasábamos horas fascinantes orando juntos y profundizando en conversaciones sobre nuestra fe y la naturaleza de Dios. Su amor y hospitalidad superaron cualquier expectativa que hubiera podido tener; preparaban mi habitación con esmero, como si fueran a recibir a un ángel. Compartíamos las comidas alrededor de su mesa, y las noches se extendían hasta altas horas mientras veíamos partidos de fútbol americano con Richard. Gracias a él y su paciencia, finalmente logré descifrar las complejidades del deporte; su conocimiento y pasión eran verdaderamente contagiosos. Con estas experiencias enriquecedoras, obtuve todas las certificaciones necesarias para convertirme en profesor de español en Los Estados Unidos, una carrera que practico hasta el día de hoy. Este logro no habría sido posible sin la visión y el apoyo tenaz de Erika que trabajaba a tiempo completo para apoyarme y de esta familia, que siento que Dios puso en mi camino como un regalo inesperado.

UNA LUZ EN EL VALLE

Mientras yo viajaba entre Waco y San Marcos, persiguiendo un futuro más seguro para nuestra familia, Erika tejía con sus acciones diarias un tapiz de amor sacrificial. Cada momento que pasaba jugando con los niños mientras yo estudiaba, cada palabra de ánimo que me daba cuando el cansancio amenazaba con vencerme, era un testimonio de cómo el amor verdadero siempre mira más allá del presente.

Las palabras de Pablo en 2 Corintios 4:16-18 cobraron un nuevo significado para nosotros: "Por tanto, no desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas."

Ahora, mirando hacia atrás, comprendo que mientras yo luchaba por entender el presente, Erika estaba construyendo puentes hacia un futuro que ella tal vez no vería. En cada acción, en cada decisión, estaba tejiendo una red de seguridad para nosotros. Su amor se manifestaba no solo en el cuidado diario, sino en la previsión de un mañana donde ella físicamente no estaría presente.

Esta realización hace que las preguntas sobre la voluntad de Dios adquieran un nuevo significado. Mientras nosotros cuestionábamos el "por qué" del sufrimiento presente, Erika estaba viviendo el "para qué", preparando el camino para que sus seres amados pudieran continuar aun en su ausencia.

Las batallas más agueridas de la fe no siempre terminan con respuestas claras, sino con una paz que sobrepasa el entendimiento. Mientras observaba a Erika ayudar a Kevin con su tarea una tarde, comprendí que estábamos viviendo una paradoja sagrada: en medio de nuestras preguntas más oscuras, Dios estaba escribiendo una historia de amor y provisión que iba más allá de nuestra comprensión inmediata.

Las dudas no desaparecieron por completo - rara vez lo hacen. Pero comenzamos a verlas no como enemigas de la fe, sino como compañeras en un viaje hacia la verdad. Como escribió Erika en su diario una noche: "Quizás la fe más pura no es aquella que nunca cuestiona, sino la que elige confiar aun en medio del cuestionamiento."

Erika había encontrado una verdad profunda en medio de sus cuestionamientos: que a veces el mayor acto de fe no es recibir el milagro que pedimos, sino convertirse en el milagro que otros necesitan. Mientras preparaba el camino para un futuro que ella ya no lograría ver, estaba ejemplificando una fe que iba más allá de las circunstancias inmediatas.

Al final de este período de intenso cuestionamiento y preparación, emergimos diferentes. No con todas las respuestas, pero sí con una comprensión más profunda de que el amor de Dios se manifiesta en las sanidades milagrosas, así como también en la fuerza para continuar cuando el milagro que pedimos no llega como esperábamos.

REFLEXIÓN PARA EL ALMA:

Cuando nuestras preguntas parecen más grandes que nuestras respuestas, y el silencio de Dios nos golpea con una fuerza ensordecedora, ¿podemos, como Erika, elegir confiar? El Salmo 10:1 comienza con una pregunta angustiante: "Señor, ¿por qué te mantienes lejos?" Pero concluye con una declaración de fe: "Tú oyes, oh, Señor, el deseo de los humildes; tú dispones su corazón, y haces atento tu oído" (Salmo 10:17).

En las páginas de su misma Biblia, Erika plasmó sus pensamientos y emociones durante ese difícil período de su vida. En una página, en notas adhesivas y con una caligrafía temblorosa, escribió: "Señor, tal vez no entiendo todos tus caminos, pero elijo confiar en tu corazón. Y mientras camino por este valle, sé que estás usando cada paso para preparar un testimonio que va más allá de la adversidad". Sus palabras reflejaban noches de lágrimas silenciosas y días de incertidumbre, mientras trataba de encontrar sentido en medio de la confusión.

CAPÍTULO 6



NED - CUANDO DIOS HABLA EN SIGLAS

*"Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?
Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de
atemorizarme?"*

- Salmo 27:1

Las Escrituras tienen una manera extraordinaria de entrelazar nuestras historias a través del tiempo, como hilos dorados que conectan corazones y experiencias más allá de las generaciones. Este versículo había sido mi ancla cuando tenía quince años y le entregué mi vida a Cristo por primera vez en una pequeña iglesia llamada Maranatha en El Salvador. Llegué invitado por una hermana llamada Toña, que ya partió con el Señor. Nos propusimos con mi amigo Richard solamente ir a “comer tamales”, nos dijimos. “No vayas a aceptar a Cristo porque ahí te hacen presión siempre para que aceptes”, me decía con aparente convicción. “No lo dudes”, le dije, “ni loco me hago cristiano”, le respondí, sin saber lo que decía.

Esa noche, después del mensaje sobre el temor, Dios me conmovió tanto que cuando sentí, estaba en el altar arrodillado y en oración. Ahí fue mi nacimiento espiritual en 1989, a los 15 años. Recuerdo claramente la sensación de paz que inundó mi corazón, como si una carga pesada hubiera sido levantada de mis hombros. En ese momento, supe que mi vida había cambiado para siempre.

Ahora, años después, este versículo resurgía con un significado más profundo. En aquella época, enfrentaba el temor de perder a mi abuelita, el ser más amado de mi niñez, y estas palabras me habían dado la fuerza para confiar en Dios a pesar del miedo. La imagen de mi abuelita, con su sonrisa cálida y sus manos arrugadas, me daba consuelo en medio de la incertidumbre.

Ahora, décadas después, el mismo versículo cobraba nueva vida mientras enfrentábamos la batalla más difícil de nuestras vidas. El diagnóstico de cáncer de Erika nos había sacudido hasta lo más profundo de nuestro ser. Cada tratamiento, cada visita al hospital, era un recordatorio de la fragilidad de la vida. Sin embargo, en medio de esta tormenta, el versículo que me había sostenido en mi juventud volvía a ser una fuente de esperanza.

El Dios que había sido fiel en mi adolescencia, sosteniendo mi corazón temeroso, seguía siendo el mismo que nos guiaría por este valle de sombras. Recordar cómo Dios me había sostenido en el pasado me daba la fuerza para enfrentar el presente. Sabía que, aunque el camino fuera difícil, no estábamos solos. Dios estaba con nosotros, guiándonos y dándonos la fortaleza para seguir adelante.

METÁSTASIS A LA COLUMNA VERTEBRAL

El dolor de Erika comenzó como una molestia casi imperceptible en la parte baja de la espalda, apenas un murmullo en su cuerpo, similar a esas primeras gotas de lluvia que apenas se sienten pero que anuncian una tormenta en el horizonte. La luz del sol matutino se derramaba cálida sobre nuestra cocina, iluminando la mesa donde ella servía cereal a Kevin y Sofía. Mientras vertía la leche en los tazones, mencionó la incomodidad con un tono casual, su voz un delicado equilibrio entre resignación y una pizca de esperanza. Tras años enfrentando juntos el cáncer, habíamos aprendido a prestar atención incluso a los más sutiles indicios de dolor,

como centinelas vigilantes en la oscuridad de la noche, siempre alertas a cualquier señal de que algo no iba bien.

La sala de radiología del Scott & White nos recibió con su familiar sinfonía de zumbidos mecánicos y el aroma penetrante de las gabachas de los doctores. El mismo lugar donde años atrás habíamos comenzado nuestra batalla ahora nos presentaba un nuevo capítulo. El técnico mantuvo su rostro profesionalmente neutral mientras realizaba las imágenes de la columna vertebral de Erika, pero sus ojos traicionaban una preocupación que habíamos aprendido a reconocer demasiado bien.

Cada rincón de esa sala evocaba recuerdos de nuestra lucha inicial, desde las primeras pruebas hasta los tratamientos que siguieron. El sonido constante de las máquinas y el ambiente clínico eran un recordatorio de la fragilidad de la vida y de las batallas que habíamos librado juntos. Erika, con su valentía irrompible, se recostó en la camilla, su mirada fija en el techo mientras el técnico trabajaba.

A pesar de la profesionalidad del técnico, no pudimos evitar notar la sombra de preocupación en sus ojos. Era una mirada que habíamos visto antes, una mezcla de empatía y temor que nos decía más de lo que cualquier palabra podría expresar. Sabíamos que cada imagen capturada podía revelar algo nuevo, algo que podría cambiar el curso de nuestra lucha una vez más.

Mientras esperábamos los resultados, el tiempo parecía detenerse. Cada segundo se alargaba, lleno de incertidumbre y esperanza. Recordé las innumerables veces que habíamos estado en esa misma situación, esperando noticias que podrían traer alivio o más desafíos. En esos momentos, nuestra fe y el amor que compartíamos nos habían sostenido, y sabía que, sin importar el resultado, seguiríamos enfrentando todo juntos.

"El cáncer se ha extendido a la columna vertebral," anunció el doctor más tarde, su voz mezclando gentileza con gravedad. La metástasis, esa palabra que tanto habíamos temido desde el diagnóstico inicial, ahora era nuestra nueva realidad. Mientras escuchábamos los detalles técnicos sobre lesiones vertebrales y opciones de tratamiento, mi mente vagaba hacia nuestros pequeños, que jugaban inocentemente en casa bajo el cuidado de amigos de la iglesia, ajenos a cómo nuestro mundo se transformaba nuevamente.

En el mundo de la oncología, **NED** representa el santo grial de los informes médicos - ese momento bendito cuando las imágenes, las pruebas de sangre y los exámenes físicos no muestran signos detectables de cáncer. Los médicos, cautelosos con sus palabras, evitan usar el término "curado", prefiriendo este lenguaje más preciso. Para muchos pacientes, alcanzar el estado **NED** representa esa victoria tan anhelada, el momento de respirar aliviados y comenzar a reconstruir sus vidas: la remisión.

Las palabras que Erika escribió en su libreta fluían de un corazón agitado, sus manos temblaban mientras la tinta se mezclaba con las lágrimas que caían sobre el papel. "Señor, ¿por qué permites que algunos reciban su **NED** y otros no? ¿Por qué algunos son sanados y otros debemos seguir cargando esta cruz?" Estas preguntas, que durante años habíamos debatido en nuestras noches de reflexión teológica, ahora se presentaban con un peso renovado, cargadas de un significado más profundo. Así como yo había encontrado consuelo en el Salmo 27 durante mi adolescencia, ahora buscábamos juntos nuevas dimensiones de la fidelidad de Dios.

Fue en ese momento, cuando la habitación estaba sumida en penumbras y el silencio pesaba como una manta, que Dios comenzó a susurrar una verdad más profunda. Las iniciales "**NED**", comunes en el ámbito médico para indicar Ninguna Evidencia de Enfermedad, también eran las letras que formaban las iniciales de su propio nombre: **Norbi Erika Dubon**. Era como si un dedo invisible trazara esas letras en el aire, un recordatorio íntimo de que Dios conocía cada detalle de nuestra historia, incluso hasta nuestros nombres. Mientras nos enfrentábamos a la cruda realidad de que la sanidad física podría no manifestarse como lo habíamos esperado, sentíamos cómo Dios reconfiguraba el significado en lo más profundo de nuestros corazones. Las palabras **Ninguna Evidencia de Desánimo** (No Evidence of Discouragement) comenzaron a reverberar en nuestro interior como un eco esperanzador, y adoptamos ese nuevo estandarte con renovada determinación.

Recuerdo sus ojos brillantes al mencionar que **NED**, No Evidence of Disease, es la meta que todos persiguen durante una batalla contra el cáncer. Sin embargo, en su delicada caligrafía, Erika escribió que esas letras también simbolizan **Ninguna Evidencia de Desánimo**. Al leerlo, me imagino su voz firme y tranquila explicándome que esto no

significa que no habrá momentos difíciles, sino la certeza de la presencia de Su gracia, siempre dispuesta a sostenernos en medio de ellos.

Esta revelación transformó nuestra perspectiva de la batalla contra el cáncer. Ya no era solo sobre alcanzar un estado médico deseado, sino sobre experimentar la presencia sostenedora de Dios en cada paso del camino. La verdadera victoria no estaba en la ausencia de enfermedad, sino en la presencia constante de una paz y esperanza que el mundo no podía explicar.

Para el año 2012, el agotamiento físico y emocional había alcanzado su punto límite. Los años de quimioterapia habían dejado su marca en ese cuerpo que alguna vez rebosaba de energía, que jugaba incansablemente con los niños y servía fielmente en nuestra iglesia. Las náuseas constantes la hacían retorcerse, la fatiga abrumadora la mantenía postrada en la cama durante horas, y los efectos secundarios, que parecían multiplicarse con cada tratamiento, la llevaron a cuestionar todo el enfoque convencional de su tratamiento.

Una tarde particularmente difícil, después de otra sesión que la dejó físicamente devastada, Erika sostenía a Sofía en sus brazos, recuerdo que sus lágrimas corrían silenciosamente por sus mejillas. Kevin, percibiendo la tristeza de su madre, se acercó con su Biblia infantil, la misma que ella usaba para enseñarle durante las noches. "Mami," susurró, "¿quieres leer algo?" En ese momento, la fortaleza que había encontrado en las Escrituras durante mi juventud se manifestaba ahora en la siguiente generación.

La radioterapia se convirtió en nuestro nuevo ritual diario: doce sesiones que marcarían no solo su cuerpo, sino nuestro espíritu. Cada día, mientras Erika yacía inmóvil sobre la mesa fría del acelerador lineal, susurraba los versículos que habían sostenido nuestra fe durante años. El zumbido de la máquina se entremezclaba con sus oraciones silenciosas, mientras los técnicos, desde su cabina protegida, dirigían rayos de alta energía hacia las lesiones en su columna.

Los efectos secundarios llegaron como olas implacables. La fatiga por radiación se sintió en el cuerpo de Erika como una niebla espesa que ni siquiera las risas de los niños podían disipar completamente. Su piel se volvió roja e irritada, y la náusea constante convirtió cada comida en un

acto de voluntad. Pero en medio de este valle oscuro, nuestra comunidad de fe permaneció firme como un muro de protección alrededor nuestro.

Fue en medio de estas pruebas cuando comenzamos a escuchar historias que susurraban esperanza. Testimonios de pacientes que habían encontrado sanidad en lugares inesperados, en tratamientos que consideraban al ser humano en su totalidad. En esas noches cuando el dolor mantenía a Erika despierta, mientras acariciaba el cabello de Sofía que a veces se escabullía a nuestra cama, sus ojos brillaban con una mezcla de esperanza y determinación que me recordaba a la mujer que años atrás había elegido la vida de nuestra pequeña por encima de todo.

Las noches en casa tomaron un nuevo ritmo, tejiendo momentos de intimidad familiar entre los desafíos médicos. Kevin y Sofía, con esa sensibilidad especial que Dios da a los niños, encontraban formas únicas de manifestar su amor. Sofía, con sus siete años, dejaba dibujos de ángeles bajo la almohada de su madre, cada trazo un testimonio de fe infantil. Kevin, a sus nueve años, había desarrollado el hábito de orar en voz alta cada noche: "Jesús, ayuda a mami a encontrar la medicina correcta."

En las noches cuando el dolor físico se intensificaba y el futuro parecía difuso, encontrábamos refugio especial en Apocalipsis 21:4: "Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron." Este versículo se unía al Salmo 27 en nuestro arsenal de promesas divinas, recordándonos que el mismo Dios que había sido nuestra luz y salvación en el pasado, seguía siendo nuestra fortaleza en el presente.

Doce años después de aquellos difíciles momentos, me encuentro hojeando su diario bajo la luz tenue de la sala y puedo sentir la presencia de Dios obrando en medio del dolor que Erika había experimentado. En una página desgastada, sus palabras me golpean con claridad: "He descubierto que hay diferentes tipos de sanidad. Está la sanidad física que todos deseamos, esa esperanza que ilumina nuestras noches más oscuras, pero también está la sanidad del alma, una paz profunda y serena que nos envuelve cuando finalmente comprendemos que nuestro valor no se mide por nuestro estado de salud, sino por quiénes somos en Cristo."

Los años de quimioterapia habían cobrado su precio. Su cuerpo, una vez fuerte y atlético, ahora mostraba las cicatrices de innumerables batallas. Las náuseas constantes, la fatiga abrumadora, y los efectos secundarios que parecían multiplicarse con cada tratamiento la llevaron a cuestionar todo el enfoque convencional.

"Ya no puedo más con esto," me confió una noche, sus ojos reflejando tanto determinación como miedo. "Tiene que haber otra manera. Estos tratamientos... siento que están matando mi espíritu junto con mi cuerpo."

"¿Y si el sistema médico está tan enfocado en matar el cáncer que se olvida de mantener vivo al paciente? No quiero pasar mis últimos días – sean los que sean – sintiéndome medio muerta por los tratamientos."

LA ENCRUCIJADA: CUANDO LA MEDICINA PIERDE SU MAGIA

Las paredes blancas del hospital, que una vez nos habían parecido un santuario de esperanza, comenzaban a sentirse como una prisión de promesas vacías. Erika pasaba horas en internet, sus ojos cansados escaneando artículos científicos, blogs de sobrevivientes y estudios alternativos. Su diario de aquella época revela una lucha profunda:

"¿Por qué después de décadas de investigación y billones de dólares, seguimos usando los mismos venenos para 'curar'? La quimioterapia me está matando lentamente, y nadie parece tener una mejor respuesta."

Una tarde particularmente difícil, después de otra sesión que la dejó física y emocionalmente devastada, Erika rompió en llanto: "Todo se reduce a dinero," susurró, su voz mezclando rabia y desesperación. "Los tratamientos cuestan miles de dólares, las farmacéuticas ganan millones, y los pacientes... los pacientes simplemente morimos un poco cada día."

Sus cuestionamientos se volvían más agudos con cada visita al oncólogo. "¿Por qué en cuarenta años no han encontrado nada mejor que envenenar nuestros cuerpos con la esperanza de que el cáncer muera antes que nosotros? ¿Por qué cada vez que el cáncer regresa, la única respuesta es más del mismo veneno?"

El ciclo parecía infinito y cruel: tratamiento, remisión temporal, recurrencia, más tratamiento. Como escribió en su diario: "Es como

estar atrapada en una rueda de hámster médica. Corremos y corremos, agotándonos cada vez más, pero ¿realmente avanzamos?"

Las historias de otros pacientes alimentaban sus dudas. En las salas de espera, escuchábamos testimonios similares: personas que habían sido declaradas "libres de cáncer" solo para enfrentar recurrencias más agresivas meses o años después. "¿Es esto realmente curación," escribió Erika, "o solo estamos comprando tiempo a un precio demasiado alto?"

La frustración se profundizaba al ver cómo las alternativas eran sistemáticamente desacreditadas o ignoradas. "¿Por qué las terapias naturales son ridiculizadas sin siquiera ser estudiadas?" se preguntaba. "¿Por qué los médicos que proponen tratamientos alternativos son marginados de la comunidad médica?"

Una noche, mientras revisaba sus últimos exámenes, Erika expresó su desilusión más profunda: "El sistema no está diseñado para curar, está diseñado para tratar indefinidamente. Un paciente curado no genera ingresos, pero un paciente en tratamiento continuo... Ese es el modelo de negocio perfecto."

La evidencia de este ciclo vicioso estaba en su propio cuerpo. Años de quimioterapia habían dejado su sistema inmunológico devastado, su energía agotada, y su espíritu batallando entre la esperanza y la resignación. "Me siento como un experimento fallido," escribió. "Cada nuevo tratamiento promete ser la respuesta, pero solo trae nuevos problemas, nuevos efectos secundarios, nuevas facturas médicas."

Sin embargo, en medio de esta crisis de fe en el sistema médico, Dios estaba susurrando una verdad más profunda. Como escribió en una página posterior de su diario: "Quizás la verdadera sanidad no viene en una botella de pastillas o en una bolsa de quimioterapia. Quizás la sanidad que Dios tiene en mente es más profunda que la ausencia de células cancerosas."

Esta encrucijada nos llevó a un lugar de cuestionamiento profundo, no solo sobre los tratamientos médicos, sino sobre el significado mismo de la sanidad. ¿Qué significaba realmente estar sano? ¿Era la ausencia de enfermedad, o había algo más profundo que Dios quería mostrarnos?

LA BÚSQUEDA DE ALTERNATIVAS

En medio de este valle oscuro, comenzamos a escuchar historias esperanzadoras. Testimonios de pacientes que habían encontrado sanidad en clínicas alternativas en Cuba, México y otros lugares. Historias de tratamientos holísticos que trataban no solo el cáncer, sino todo el ser humano.

"Debe haber otra manera," susurraba Erika en las noches, cuando el insomnio de las medicinas la mantenía despierta. "Algo que no destruya mi cuerpo en el proceso de intentar salvarlo."

Pero nuestra realidad era compleja. Con dos niños pequeños y sin familia extendida en Waco, las opciones de viajar al extranjero para tratamientos alternativos parecían inalcanzables. Cada historia de esperanza se sentía como una fruta demasiado alta para alcanzar.

Entonces, en medio de nuestra búsqueda desesperada, descubrimos la Clínica Burzynski en Houston. Como un rayo de luz en medio de la tormenta, esta posibilidad más cercana a casa encendió una chispa de esperanza. Aquí había un enfoque diferente, uno que prometía tratar el cáncer sin los efectos devastadores de la terapia convencional.

Erika escribió en su diario esa noche: "Señor, ¿es este el camino que has estado preparando? ¿Es esta la puerta que has mantenido abierta mientras todas las demás se cerraban?"

La montaña rusa de emociones entre la fe, la razón y el ánimo continuaba, pero ahora teníamos una nueva dirección hacia la cual mirar. Mientras los efectos de la radiación disminuían lentamente, una nueva esperanza comenzaba a crecer.

Como escribió en su última entrada de este período: "No sé si este nuevo camino traerá la sanidad que buscamos, pero sé que cada paso nos acerca más a entender que la verdadera sanidad va más allá de los tratamientos médicos. Quizás, al final, todo este viaje no es solo sobre encontrar una cura, sino sobre descubrir una paz más profunda en medio de la tormenta."

REFLEXIÓN PARA EL ALMA:

Como aquel adolescente en El Salvador que encontró fortaleza en el Salmo 27 ante el temor de perder a su abuelita, ahora enfrentábamos nuestros propios valles oscuros con la misma promesa: Jehová es nuestra luz y salvación. En los momentos más difíciles, cuando los caminos convencionales parecen agotarse y el miedo amenaza con paralizarnos, Su palabra permanece como un faro inmutable de esperanza.

¿Te encuentras hoy en una encrucijada, con los caminos conocidos estrechándose como muros altos a tu alrededor? ¿Estás, como nosotros entonces, buscando respuestas en lugares donde las soluciones tradicionales han fallado? Recuerda que el mismo Dios que ha sido fiel a través de las generaciones, que fue mi fortaleza mientras oraba de rodillas en aquella pequeña iglesia Maranatha y nuestra luz en los sombríos pasillos del hospital, sigue siendo hoy el que guía nuestros pasos por senderos inesperados hacia Su propósito perfecto.

CAPÍTULO 7



BUSCANDO SANIDAD EN OTROS CAMINOS

"He aquí, yo les traeré sanidad y medicina; y los curaré, y les revelaré abundancia de paz y de verdad."

- Jeremías 33:6

La promesa en Jeremías 33:6 - "Yo les traeré sanidad y medicina" - cobra un significado especial cuando consideramos como Dios a menudo obra de maneras inesperadas. En los tiempos bíblicos, la sanidad venía a través de elementos naturales: el barro para los ojos del ciego, las hojas de higuera para Ezequías, el aceite y el vino para el buen samaritano. Estas historias nos recuerdan que Dios puede usar tanto lo convencional como lo alternativo para manifestar Su poder sanador.

Al recordar esta etapa, el peso de los recuerdos me abruma. Las imágenes son tan vívidas que casi puedo oler el aroma a zanahoria y apio fresco en

nuestra cocina, escuchar el zumbido constante del extractor de jugos, y ver a Erika, determinada y esperanzada, midiendo cuidadosamente cada ingrediente para su "medicina de Dios", como ella la llamaba.

EL CAMINO HACIA LA SANACIÓN NATURAL

Todo comenzó en Tampa, en una clínica holística donde por primera vez escuchamos un enfoque diferente sobre la sanación. No se trataba solo de combatir el cáncer, sino de fortalecer el cuerpo que Dios nos había dado. El doctor, un hombre de voz suave y ojos amables, nos explicó cómo el cuerpo humano tiene una capacidad innata de sanarse a sí mismo cuando se le proporcionan las herramientas adecuadas.

"Es como si nos hubieran dado un manual de instrucciones equivocado toda la vida", escribió Erika en sus notas, que ahora guardo junto a su Biblia. Las páginas, ocasionalmente manchadas con gotas verdes de los jugos que preparaba, son testimonio de su incansable búsqueda de sanación.

La clínica nos introdujo a un mundo que apenas sabíamos que existía—uno donde la comida era medicina y las toxinas eran el enemigo. Aprendimos sobre el equilibrio ácido-alcalino en el cuerpo, cómo el cáncer prospera en ambientes ácidos, y cómo ciertos alimentos podían ayudar a restaurar los niveles adecuados de pH. Erika absorbía esta información como una estudiante descubriendo un nuevo idioma, llenando cuadernos con diagramas de función celular y listas de alimentos curativos.

Comenzamos una desintoxicación de 21 días que fue una verdadera prueba de amor y compromiso, un viaje que requería más que fuerza de voluntad—exigía una unidad familiar inquebrantable. Me uní a ella en este camino no solo por solidaridad, sino porque entendía que esta tarea requería el apoyo y la energía compartida de todos en nuestro hogar. Nuestros hijos observaban con curiosidad cómo transformábamos nuestra cocina, un lugar de comidas reconfortantes, en un laboratorio de salud y naturaleza. "¿Por qué todo es verde?", preguntó Kevin, arrugando la nariz ante el aroma terroso y fresco del jugo apio y espinaca que impregnaba el aire.

Cada mañana, Erika se levantaba temprano para preparar su "medicina"—una cuidadosa combinación de vegetales y frutas elegidas por sus propiedades curativas específicas. Zanahorias y remolachas por sus capacidades purificadoras de la sangre, hojas verdes por su clorofila y contenido mineral, raíz de cúrcuma por sus potentes efectos antiinflamatorios. Abordaba este ritual con la misma precisión y dedicación que una vez había aplicado a sus estudios de optometría, midiendo y cronometrando cada elemento perfectamente.

La transformación no fue solo física. A medida que las toxinas abandonaban su cuerpo, hubo días difíciles de dolores de cabeza y fatiga—lo que el médico holístico había llamado "crisis de sanación"—pero también hubo momentos de sorprendente claridad y energía. "Siento que puedo pensar con más claridad", me dijo una noche, sus ojos más brillantes de lo que los había visto en meses. "Es como si una niebla se estuviera levantando".

LA ESPERANZA EN HOUSTON

La Clínica Burzynski surgió en nuestro camino como una respuesta a nuestras innumerables oraciones, llenas de esperanza y desesperación. El Dr. Stanislaw Burzynski había desarrollado una terapia innovadora que utilizaba péptidos naturales, conocidos como antineoplastones, para atacar selectivamente las células cancerosas sin dañar las sanas. Su enfoque personalizado resonaba profundamente con nuestro entendimiento de la singularidad con la que Dios ve a cada individuo.

"Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras." - Salmo 139:13-14

Sin embargo, esta esperanza venía con un precio elevado: \$15,000 para el tratamiento inicial. Esa cifra parecía inalcanzable aquella noche cuando Erika y yo nos sentamos en la mesa de la cocina, con papeles esparcidos a nuestro alrededor y lágrimas de preocupación en nuestros ojos, discutiendo cómo podríamos reunir esa cantidad. Fue entonces cuando vivimos una lección profunda sobre humildad y comunidad. Nuestros familiares y amigos, con abrazos cálidos y palabras de aliento, contribuyeron cada uno con lo que podía. Con su ayuda, logramos reunir

el dinero necesario para los tratamientos en Houston, un susurro tierno del amor que solo Dios puede despertar en cada persona.

UN AÑO DE TRANSFORMACIÓN

Los viajes regulares a Houston se convirtieron en parte de nuestro ritmo familiar. Observar a Erika fortalecerse con los tratamientos de antineoplastones era como presenciar un milagro gradual. Su cuerpo, libre de los efectos devastadores de la quimioterapia convencional, comenzó a mostrar señales de recuperación. Todo esto y el cambio radical en su dieta parecían dar sus primeros resultados.

Nuestro refrigerador experimentó su propia transformación. Desaparecieron los alimentos procesados, el azúcar blanco, las harinas refinadas. En su lugar aparecieron frascos de vegetales fermentados, recipientes de semillas germinadas y manojos de productos orgánicos. El extractor de jugos en frío se convirtió en la pieza central de nuestra cocina, zumbando desde el amanecer hasta el anochecer mientras zanahorias, col rizada, remolachas y manzanas se transformaban en nutrición vibrante y viva. Era como si estuviéramos redescubriendo la sabiduría de Génesis 1:29: "Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer."

CUANDO LOS CAMINOS SE ESTRECHAN

El costo del tratamiento eventualmente se volvió insostenible. Terminar en la Clínica Burzynski fue como cerrar una puerta de esperanza, especialmente porque habíamos visto resultados positivos. Erika escribió en su cuaderno: "A veces los caminos de Dios nos llevan por valles que no entendemos. Pero incluso allí, Él está con nosotros."

En 2013, un dolor de cabeza persistente nos llevó de vuelta a la realidad que tanto temíamos. Las imágenes mostraron un tumor de tres centímetros en el cerebelo izquierdo. Sentados en la oficina del neurólogo, mientras explicaba la ubicación exacta del tumor, Erika apretó mi mano y susurró: "Ninguna Evidencia de Desánimo, ¿recuerdas?"

Hoy, a pesar de todo el tiempo que ha pasado, cada recuerdo es tan vívido que duele. Puedo ver a Erika en nuestra cocina, preparando sus jugos verdes con fe firme. Puedo escuchar su risa mientras intentábamos hacer que los niños probaran el jugo de remolacha. Puedo sentir su mano apretando la mía en cada consulta médica.

Sus notas y apuntes, que ahora uso como guía para escribir este libro, son un testimonio de una fe que se negaba a ser derrotada. En una página manchada de jugo verde, escribió: "Quizás la verdadera sanidad no es siempre física. Quizás es aprender a confiar en Dios incluso cuando el camino se oscurece.". Estas frases son tan recurrentes en su libreta que no puedo evitar repetir las.

La metástasis cerebral marcaba el inicio de un nuevo capítulo en nuestra batalla, uno que nos llevaría a profundidades inexploradas de nuestra fe. Erika lo expresó en estas palabras: "Los caminos de Dios no siempre nos llevan donde esperamos, pero siempre nos llevan donde necesitamos estar. Si Él permite que el cáncer regrese, debe tener un propósito incluso en esto."

LA SOMBRA EN EL VALLE

Mientras el sol de Texas se ponía sobre nuestra casa en Waco, Erika y yo nos sentamos en el patio trasero, observando a Kevin y Sofía jugar en el columpio. El aire estaba cargado con el peso aplastante de las noticias que acabábamos de recibir. El tumor en su cerebelo -tres centímetros de masa invasiva- era como una montaña oscura que amenazaba con eclipsar toda la luz que habíamos encontrado en nuestro viaje de medicina alternativa.

Los centímetros importan cuando se trata del cerebro. Tres centímetros de células cancerosas en el cerebelo no eran solo números en un informe médico; representaban una amenaza inmediata a todo lo que Erika era: su capacidad para moverse, para mantener el equilibrio, para ser la madre activa que siempre había sido.

"¿Sabes qué estaba leyendo esta mañana?" susurró Erika, su voz suave pero firme, mientras inconscientemente llevaba su mano a la parte posterior de su cabeza. "El Salmo 23. 'Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo.'" Hizo una

pausa, observando a nuestros hijos correr y jugar, ajenos a la tormenta que se avecinaba. "Creo que estamos entrando en ese valle ahora."

Sus palabras resuenan en mi memoria con una claridad que el tiempo no ha podido borrar. Era típico de Erika encontrar un ancla bíblica para cada tormenta que enfrentábamos. El tumor de tres centímetros se había convertido en nuestro nuevo Goliat, una masa que los médicos describían con términos cada vez más urgentes y preocupantes. Pero al igual que David, nos preparábamos para la batalla con una fe que trascendía las probabilidades médicas.

El próximo capítulo de nuestra historia nos llevaría a territorios aún más amplios de fe y resistencia. El cerebelo, ese precioso centro de equilibrio en nuestro cerebro, se había convertido en el nuevo campo de batalla. Tres centímetros de desafío que probarían cada aspecto de nuestra fe, cada fibra de nuestra resistencia. Lo que no sabíamos entonces era que Dios usaría incluso esta prueba masiva para enseñarnos un tipo diferente de equilibrio: entre la medicina y la fe, entre la lucha y la rendición, entre el miedo y la esperanza.

Como escribió Erika en lo que sería una de sus reflexiones más profundas: "El tamaño del tumor no determina el tamaño de mi Dios". "Quizás el verdadero milagro no es siempre la ausencia de la tormenta, sino la paz que encontramos en medio de ella. **No Evidence of Disease** puede que no sea nuestra realidad física, pero **Ninguna Evidencia de Desánimo** sigue siendo nuestra victoria por la cual elijo vivir."

Nuestra búsqueda de sanidad en la Clínica Burzynski representó más que una alternativa médica; fue un testimonio de cómo Dios a veces nos lleva por caminos menos transitados para mostrarnos nuevas dimensiones de Su cuidado. Los antineoplastones, esos péptidos naturales que ofrecían esperanza cuando la medicina convencional parecía haber alcanzado sus límites, nos recordaban que la creación misma contiene elementos de sanidad que apenas comenzamos a comprender.

Al final, comprendimos que cada paso en nuestro viaje ya fuera a través de la medicina convencional o alternativa, formaba parte de un plan más grande. La verdadera sanidad, descubrimos, no siempre se mide en términos médicos, sino en la transformación interior que ocurre cuando aprendemos a confiar en Dios incluso en los caminos menos esperados.

REFLEXIÓN PARA EL ALMA:

La búsqueda de tratamientos alternativos se convirtió en un acto de adoración sincera y devota. Erika, con sus manos temblorosas pero decididas, medía con precisión cada gramo de cúrcuma y jengibre, cada trozo de manzana verde mezclada con apio fresco, confiando en el poder curativo de estos ingredientes naturales. Mientras se sometía a los tratamientos de antineoplastones, sentía la presión de la aguja como un recordatorio constante de su lucha, pero su corazón entonaba el mismo cántico de David: "Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras."

Los sacrificios financieros que hicimos se reflejaban en los recibos apilados sobre la mesa, testigos mudos de nuestra dedicación. Los viajes agotadores a Houston, con sus largas horas en asientos incómodos de aquella camioneta Ford Escape blanca que teníamos y las esperas interminables en la clínica, eran parte de nuestra peregrinación. Las noches pasadas leyendo a la luz de una lámpara, devorando libros y artículos sobre medicina natural, formaban parte de nuestro culto activo, nuestra manera de decir: "Señor, buscaremos Tu sanidad en cada rincón donde puedas haberla escondido."

Esta etapa nos enseñó que la fe no significa esperar pasivamente un milagro. A veces, significa buscar activamente las respuestas que Dios ya ha puesto en Su creación. Mientras manteníamos nuestros corazones abiertos a Su dirección, sentíamos Su presencia en cada decisión difícil y nuestra confianza firme en Su bondad nos sostenía.

Al final, comprendimos que cada zanahoria exprimida, con su jugo fresco y vibrante, cada tratamiento alternativo con su promesa incierta, y cada oración elevada por sabiduría para tomar las decisiones correctas, eran parte de un viaje más grande de confianza y transformación. La verdadera medicina de Dios no solo sana el cuerpo; también restaura el alma y renueva el espíritu, dejando una marca indeleble en nuestro ser.

¿Has experimentado momentos donde tuviste que soltar tus preconcepciones sobre cómo Dios debería obrar en tu vida? ¿Qué aprendiste de esa experiencia? ¿Cuántas veces hemos limitado a Dios a nuestras expectativas convencionales de sanidad?

CAPÍTULO 8



EL CORAZÓN DETRÁS DE LA SONRISA

"Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas."

- Proverbios 31:10

En ocasiones, en el fragor de las batallas más intensas, debemos detenernos y recordar por qué peleamos. Este capítulo es precisamente ese alto en el camino, un refugio sagrado donde la enfermedad no puede entrar, y donde solo brilla la esencia pura de quien fue Erika. Al plasmar estas palabras, siento como si estuviera desarrollando un regalo de valor incalculable: la oportunidad de compartir la luz que ella irradiaba, más allá de su lucha contra el cáncer.

Las calles empedradas de Zacatecoluca, en El Salvador, se extendían bajo un cielo azul brillante, creando el escenario perfecto para el primer acto de su vida. En ese rincón del mundo, el sol tropical derramaba su calidez

sobre los techos de tejas rojas que resplandecían con un tono anaranjado al atardecer. El aroma del café recién molido flotaba en el aire, mezclándose con las risas claras y resonantes de los niños que jugaban a la “arranca cebollas” y la “peregrina” en el patio cubierto de polvo. Erika, una niña de siete años, con sus pies descalzos sintiendo el calor del suelo polvoriento, levantaba la mirada al cielo infinito. Sus ojos llenos de sueños reflejaban el anhelo de un mundo más allá del horizonte conocido, sin saber aún que su futuro estaría marcado por tocar tantas vidas con su amor y dedicación.

Como un colibrí separado momentáneamente de su jardín, Erika esperó pacientemente mientras su madre cruzaba fronteras y desiertos para construir un nuevo nido en Los Ángeles. Atrás quedó con sus hermanos y su padre, aferrados a que un día volverían a ver a su madre. Las cartas y llamadas telefónicas se convirtieron en puentes invisibles que mantenían unido su pequeño mundo dividido. Años después, me confesaría que esos meses de espera forjaron en ella una resiliencia que la acompañaría toda su vida: La atención de sus hermanos mayores, las historias de su abuelita y la casita de adobe donde creció, serían los pilares para su capacidad de mantener la esperanza viva, incluso cuando el futuro parecía incierto.

El apartamento en Los Ángeles era pequeño, pero su madre lo había convertido en un santuario de disciplina y amor inmensurable. Una mujer forjada en el antiguo molde salvadoreño: trabajadora incansable, viajaba en autobús para limpiar casas y llevar el sustento a casa. Estricta como una regla de acero, pero con un corazón tan vasto como la distancia que ahora las separaba de su tierra natal. En ese espacio reducido, Erika aprendió las lecciones que definirían su carácter: la importancia del trabajo duro, la dignidad del servicio silencioso, y el poder transformador de la fe vivida en las pequeñas cosas. Aprendió a vivir con lo necesario, y a soñar con un futuro mejor.

Su primera experiencia universitaria en Marymount University en Palos Verdes, California, marcó el inicio de su metamorfosis espiritual. Como una mariposa emergiendo de su crisálida, Erika descubrió su propósito mientras estaba sentada en las butacas de madera de la iglesia de Restauración Elim, en Los Ángeles que se reunían en una escuela en la Crenshaw y la W. Adams Blvd. Allí, su entrega al servicio era como una llama silenciosa: no hacía ruido, pero su luz constante iluminaba cada

rincón. Conduciendo una van azul Ford Astro de principios de los 90, que su madre había comprado con esfuerzo y amor, Erika encontraba su mayor alegría en recoger a su hermana Sandra y a sus sobrinos, su risa llenando el vehículo mientras se dirigían a la iglesia. Aunque su vehículo era poco convencional para una joven, a ella no le importaba. "Lo importante es que podía usarlo para la gloria de Dios," me decía con una sonrisa. En la iglesia, Erika servía como diaconisa y maestra de niños. Nunca buscaba ser el centro de atención, pero su calidez y dedicación la convertían inevitablemente en el corazón de cada ministerio en el que se involucraba.

Fue en aquel santuario de servicio, ya en la iglesia de Restauración en Panorama City, donde nuestros caminos se entrelazaron. Yo dirigía un grupo de teatro que apenas comenzaba en la iglesia, y ella llegó a una audición para el grupo con su característica timidez, abrazando su cuaderno contra el pecho como un escudo. Buscábamos personas que supieran actuar o cantar; Erika no poseía ninguna de esas habilidades, pero había algo en ella que me hizo aceptarla sin dudarlo: tenía una humildad genuina, algo que nadie más tenía.

"Aquella primera vez que te vi," me confesaría años después, con esa mirada suya que parecía contener universos, "Dios me susurró que serías mi esposo." Sus ojos brillaban cada vez que recordaba ese momento, como si aún pudiera escuchar aquel susurro divino resonando en su corazón.

Nos unimos en matrimonio contra viento y marea, en una ceremonia sencilla pero cargada de profundo significado, un auténtico reflejo de un amor que desafiaba toda duda y escepticismo. Nuestro matrimonio enfrentó oposición, sobre todo por parte de la familia de Erika, que me veía como un recién llegado de El Salvador, un inmigrante desconocido en la iglesia, sin un futuro claro que ofrecerle. Algunos sospechaban que mi única intención era regularizar mi situación legal, mientras que otros dudaban de mi capacidad para proporcionarle una vida estable.

Por otro lado, Erika jamás mostró la menor duda. Su confianza en mí era una certeza tan sólida como el granito. "Tienes un don divino para enseñar y tienes un corazón noble", me repetía siempre con una firmeza que no admitía réplica. "Dios te llevará a lugares que ni siquiera puedes imaginar." Con esa confianza como nuestra estrella guía, emprendimos

el camino hacia Boston. Allí, el New England College of Optometry se alzaba como el escenario de su próxima gran metamorfosis.

Entre sus paredes, Erika perseguiría su título de Doctora en Optometría, y sería en ese lugar donde juntos construiríamos un sendero que solo Dios podría haber esbozado con tanta precisión. El campus, con su majestuoso edificio de ladrillo antiguo y sus escaleras centrales en forma de espiral llenas de historia, se erguía como el telón de fondo perfecto para nuestro viaje compartido, una travesía que entrelazaba sueños y esperanzas en cada paso que dábamos. El aire allí estaba impregnado de un aroma a conocimiento y promesa, y cada rincón susurraba historias de logros pasados y futuros.

En Boston, el destino nos presentó un retrato de contrastes que solo el amor verdadero podría haber convertido en una obra de arte. Mientras Erika ascendía los escalones del conocimiento en el New England College of Optometry, yo descendía a los sótanos del mismo edificio, donde la única puerta que se me abrió fue la del cuarto de limpieza. Yo, que había sido profesor de español en El Salvador y había derramado tinta en las páginas de revistas cristianas, me encontraba ahora sosteniendo un trapeador en lugar de una pluma, mi poesía silenciada por un idioma que apenas comenzaba a descifrar.

El inglés era para mí un bosque de sonidos extraños donde me perdía con frecuencia, aunque mi comprensión del español me permitía reconocer las estructuras gramaticales como constelaciones familiares en un cielo extranjero. Aun así, allí estaba yo, limpiando los baños de la misma universidad donde mi esposa construía su futuro brillante.

Las noches se estiraban como sombras largas mientras esperaba a que Erika terminara sus estudios. Ella, en un acto de amor y solidaridad, había conseguido un trabajo en la biblioteca, creando un espacio donde pudiera esperarme mientras aprovechaba para estudiar bajo la luz amarillenta de las lámparas académicas. Y aquí es donde el corazón de Erika revelaba su verdadera nobleza: nunca, ni una sola vez, desvió su mirada al verme con mi uniforme de conserje. Nunca sus ojos mostraron vergüenza cuando me presentaba a sus compañeras de estudio.

Era un contraste que pintaba nuestra historia en colores vívidos: ella en su bata blanca de estudiante de optometría, yo con mi overol azul de mantenimiento. Un contraste que solo un corazón hecho de un material

distinto al común podría haber sostenido con tanta gracia. Mientras yo limpiaba los espacios donde ella construía su futuro, Erika construía un puente entre nuestros mundos, recordándome con cada gesto, con cada presentación sin titubeos, que el amor verdadero no ve las circunstancias, sino la esencia de quien ama.

En nuestro diminuto cuarto alquilado, ubicado en el bullicioso corazón de East Boston, Erika exhibía cada día la notable dualidad de su carácter. Como estudiante aplicada, su disciplina era casi mítica: dedicaba doce horas diarias al estudio, reguladas por un reloj que seguía con la precisión de un soldado en campaña, solo interrumpidas por dos breves pausas de veinte minutos. Sin embargo, durante esos escasos momentos de descanso, surgía otra faceta de Erika: aquella que reía hasta que las lágrimas brotaban de sus ojos por el agotamiento, y que encontraba humor incluso en las situaciones más absurdas. Su risa resonaba en las paredes, llenando el espacio de una calidez inesperada.

Su risa era nuestro termómetro infalible. Cuando el agotamiento la alcanzaba, una risa incontenible brotaba de ella como burbujas en champagne. Podía reírse de absolutamente nada durante minutos enteros, hasta que el sueño la vencía como una ola gentil llevándose las últimas risas a la orilla del descanso. Era en esos momentos de vulnerabilidad cuando su belleza brillaba más intensamente: natural, sin artificios, sin maquillajes, cautivadora en su simplicidad. Su piel morena resplandecía con una vitalidad que ni el cansancio podía opacar, sus cejas pronunciadas y sus pestañas largas se unían a su cabello negro brillante para enmarcar un rostro que contaba historias de determinación y ternura. Compartía con su familia Minero esa característica nariz prominente que, entre risas cómplices, se convirtió en tema de bromas afectuosas - especialmente sus " grandes hoyos " nasales, como ella misma los llamaba con humor autocrítico, aunque a veces me acusaba juguetonamente de hacerle bullying. Les confieso que mi nariz también es grande y prominente.

Pequeña en estatura, pero atlética en constitución, su presencia física reflejaba su espíritu: compacta pero poderosa, delicada pero resistente. Sofia heredaría después cada uno de estos rasgos distintivos, como un espejo que refleja la belleza de su madre. "Eres igualita a tu madre", le repiten a menudo sus tíos y su abuela. Pero más allá de lo físico, Erika poseía una fuerza interior que se manifestaba en su testarudez ocasional

y en sus opiniones firmes sobre la vida. Su conservadurismo no era una postura adoptada, sino una convicción profunda que guiaba cada aspecto de su existencia. Y, sobre todo, su honestidad era inalterable - prefería enfrentar las consecuencias de la verdad que esconderse tras una mentira, incluso en los momentos más difíciles. Era una autenticidad que no conocía compromisos, una transparencia que hacía que su belleza interior brillara aún más que la exterior.

La humildad en Erika no era una virtud practicada; era el aire que respiraba. Ya convertida en optometrista, sus pacientes a menudo la confundían con una asistente más. Llegaba a trabajar con vestidos largos, floreados, sumamente discretos. Su vestimenta, conservadora como una melodía de Bach, nunca revelaba la sinfonía de conocimiento que habitaba en su mente. Los términos médicos y anatómicos bailaban en su memoria con la precisión de una bailarina del balé, pero su voz permanecía suave como una caricia de terciopelo.

Los accesorios y las modas resbalaban sobre ella como agua sobre plumas de pato. Su belleza era como un atardecer en el campo: natural, sin artificios, cautivadora en su simplicidad. "¿Para qué complicar lo que Dios hizo simple?", solía decir con una sonrisa que iluminaba sus ojos antes que sus labios. Su verdadera pasión estaba en servir a los demás, en ayudar sin esperar nada a cambio. En la iglesia, siempre trabajaba tras bambalinas, asegurándose de que todo saliera bien, pero sin querer el reconocimiento. Era un alma humilde, y eso la hacía aún más admirable. Recuerdo cómo su espíritu compasivo brillaba en los momentos más inesperados. Podía detenerse en medio de un día ocupado para consolar a alguien, para ofrecer una palabra de aliento o simplemente para escuchar. Su capacidad de empatía era asombrosa, y muchas veces me encontré admirándola en silencio, maravillado por la forma en que tocaba las vidas de quienes la rodeaban.

Y, sin embargo, Erika no era perfecta. Su inclinación al orden y mi tendencia al caos creaban una danza única en nuestro matrimonio. Ella organizaba el mundo en compartimentos perfectamente etiquetados; yo lo veía como un lienzo para pintar sin líneas. Yo era como una cumbia salvadoreña tratando de mezclarse con una sonata estructurada. Nuestras diferencias, en lugar de separarnos, creaban una armonía peculiar. Como el yin y el yang, nos complementábamos en formas que solo el tiempo y la experiencia nos permitieron apreciar plenamente.

Pero en esa danza de opuestos, encontrábamos nuestro ritmo. Mi calma era el contrapunto perfecto para su intensidad. Donde ella veía una agenda que seguir, yo veía aventuras que explorar. Y de alguna manera, en ese espacio entre el orden y el caos, florecía nuestro amor.

Había una dualidad en ella que la hacía aún más fascinante. Por un lado, era práctica, disciplinada y seria. Pero por otro, tenía una sensibilidad profunda, casi poética, que salía a la luz en los momentos más inesperados. Le encantaba escribir en su diario, reflexionar sobre su fe, y encontrar significado en las pequeñas cosas de la vida. Aunque no lo decía abiertamente, sabía que esas páginas eran su forma de conectarse con algo más grande, de dar sentido a los misterios que a veces la abrumaban.

Erika era todo esto y más. Era una mujer de contrastes, de matices, de profundidades que no siempre eran evidentes a simple vista. Y aunque nuestras vidas estuvieron marcadas por desafíos y sacrificios, nunca dudé de lo afortunado que fui al tenerla a mi lado. Su presencia dejó una huella imborrable en mi vida, una marca que no se desvanecerá con el tiempo.

El amor, en nuestro hogar, hablaba el lenguaje de las acciones más que de las palabras. No éramos de los que se deshacen en palabras dulces o demostraciones públicas de afecto. Ambos tuvimos que crecer para desarrollar esta virtud. Erika había crecido en un ambiente donde el afecto se medía en actos de servicio, no en expresiones verbales de cariño. Su amor se manifestaba en los detalles: el café preparado antes del amanecer, las notas escondidas en lugares inesperados, la ropa cuidadosamente colocada en el armario, en una nota escrita en una servilleta, o simplemente en la forma en que anticipaba las necesidades de nuestra familia antes de que surgieran.

Su corazón era un jardín secreto donde florecían actos de bondad que pocos llegaban a ver. En nuestra iglesia, servía desde las sombras, como una jardinera nocturna que planta semillas de esperanza sin esperar el aplauso del amanecer. Su compasión se expresaba en gestos silenciosos: una palabra de aliento susurrada en el momento preciso, una oración ofrecida en privado, un abrazo que decía más que mil palabras.

Su vida fue como una sinfonía compuesta en el lenguaje del servicio y la humildad, interpretada en las teclas de la disciplina y la compasión. No

necesitaba protagonismo para brillar; su luz era más como la de una estrella distante: constante, confiable, eterna en su influencia.

Hoy, cuando cierro los ojos, puedo escuchar el cascabel de su risa resonando en los pasillos de la memoria. Puedo contemplar sus dientes grandes y blancos. Veo a la niña de Zacatecoluca que se convirtió en una mujer de fe inagotable, a la estudiante disciplinada que conquistó sus sueños de convertirse en doctora con determinación silenciosa, a Erika que no temía tomar el metro desde las sombrías estaciones del tren de East Boston para llegar a la universidad, a la esposa que amaba con la elocuencia de los hechos más que de las palabras. Este capítulo es para ella, para la Erika que conocí en Van Nuys, con la que pasé cinco duros inviernos en Boston, que amé, que aún vive en mis recuerdos. Y aunque el dolor de su ausencia sigue siendo profundo, encuentro consuelo en saber que su historia, su esencia, su legado, continuará viviendo en estas páginas.

REFLEXIÓN PARA EL ALMA:

Las virtudes más profundas a menudo se manifiestan en los espacios silenciosos de la vida cotidiana. Como Erika nos enseñó, la verdadera grandeza no necesita proclamarse a gritos; a veces susurra en los pasillos del servicio silencioso, ríe en los momentos de agotamiento, y ama en el lenguaje universal de las acciones.

¿Has encontrado, como ella, la belleza en servir desde las sombras? ¿Has descubierto que a veces las expresiones más profundas de amor vienen envueltas en los gestos más simples? La vida de Erika nos recuerda que la verdadera virtud, como describe Proverbios, sobrepasa el valor de las piedras preciosas no por su brillo exterior, sino por la luz interior que irradia en cada vida que toca.

CAPÍTULO 9



CUANDO EL TIEMPO SE VUELVE PRECIOSO

"Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría."

- Salmo 90:12

Esta oración de Moisés, nacida en el desierto de la incertidumbre, resuena con una profundidad especial cuando nos enfrentamos a nuestra propia mortalidad. No es una súplica para saber cuántos días nos quedan, sino una petición por la sabiduría para hacer que cada día cuente. En los momentos más oscuros de nuestra batalla, este versículo se convirtió en nuestro faro, recordándonos que la verdadera medida del tiempo no está en su duración, sino en cómo lo vivimos ante los ojos de Dios. Como una sombra que se alarga al atardecer, la consciencia de nuestra mortalidad comenzó a teñir cada momento, cada decisión, cada respiración. Lo que antes era una lucha vigorosa ahora se tornaba en una batalla silenciosa, donde la esperanza se enfrentaba a la incertidumbre.

Esto sucede cuando la muerte deja de ser un concepto abstracto y se convierte en una presencia tangible en la vida.

LA TORMENTA EN EL CEREBELO

El diagnóstico llegó como un relámpago en un día claro: un tumor de tres centímetros, enquistado en el cerebelo izquierdo como un intruso silencioso. La masa tumoral, presionando contra el tejido cerebral delicado, desataba tormentas de dolor que hacían que los días más brillantes se volvieran oscuros para Erika. Me aferré a las Escrituras con una urgencia nueva. Salmo 23:4 resonaba en mi mente: *“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo...”*. Pero este valle era profundo, y aunque confiaba en la presencia de Dios, el peso de la situación nos aplastaba a ambos. Erika también buscaba consuelo en la Palabra, pero sus dudas eran más fuertes en esta etapa. “¿Por qué otra vez? ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?”, preguntaba en susurros.

Nadie quería comprometerse con una operación tan riesgosa. Pero finalmente, un cirujano aceptó el desafío. “Es complicado, pero lo intentaremos”, dijo. Su tono no inspiraba confianza, pero el tiempo no estaba de nuestro lado.

La craneotomía posterior suboccipital -ese fue el término médico que aprendimos a pronunciar- sería el primer intento de liberar a Erika de su invasor cerebral. Nueve horas interminables en el quirófano del Scott and White Hospital en Temple, Texas, después de que la mayoría de los neurocirujanos habían sacudido sus cabezas en negativa, murmurando sobre riesgos y complicaciones. Cada consulta era un laberinto de explicaciones médicas y evasivas de los doctores. Me senté en la sala de espera, aferrando mi Biblia como si fuera un ancla en medio de una tormenta. Filipenses 4:6-7 era mi refugio: *“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego...”*. Pero, a pesar de mis oraciones, el miedo persistía.

EL VALS DE LOS ESTEROIDES

Los esteroides se convirtieron en nuestros nuevos compañeros de viaje, silenciosos pero omnipresentes. La dexametasona, medida en miligramos, pero con un peso incalculable en nuestras vidas, mantenía a

raya la inflamación cerebral como un guardián implacable. Pero como todo pacto con lo necesario, pero no deseado, traía consigo su propio cortejo de sombras: el rostro de Erika se transformó, sus facciones suavizadas por una hinchazón que parecía querer borrar los contornos de quien era; su humor —antes tan estable como una brújula— ahora fluctuaba como una embarcación en mar tempestuoso; y el sueño, ese refugio universal, se convirtió en un visitante esquivo que rara vez tocaba a su puerta.

Cuando la fatiga finalmente la vencía, Erika encontraba su propio santuario. En lugar de dar vueltas en el lecho de la inquietud, se levantaba silenciosamente y buscaba refugio en nuestro pequeño closet del baño—convertido ahora en tabernáculo improvisado— donde las páginas de su Biblia, iluminadas por una pequeña lámpara, recibían no solo la luz artificial sino también las lágrimas que marcaban los pasajes que la sostenían. Allí, en ese espacio íntimo entre ella y su Creador, nacían anotaciones en los márgenes de su Palabra, testimonios escritos de una conversación continua con Dios.

En la quietud de la noche, cuando me despertaba momentáneamente, podía escuchar su clamor atravesando las paredes. No era el lamento de la desesperación, sino la plegaria de un corazón quebrantado que aún sabía a quién pertenecía. Su voz, a veces apenas un susurro y otras un sollozo contenido, elevaba alabanzas que parecían desafiar toda lógica humana. Esos cánticos nocturnos provenían del Dios *“que da cánticos en la noche.” Job 35:10.* Y se convertían en un bálsamo que no solo calmaba su propio espíritu atribulado, sino que también extendía una nube protectora sobre mi sueño interrumpido.

Hoy, años después, comprendo que aquellas horas en soledad no fueron en vano. Como un banquero celestial, Erika realizaba depósitos de fe a nombre de Kevin y Sofía, inversiones espirituales que ninguna inflación puede devaluar, ninguna crisis puede borrar. Y en su generosidad, también alcanzaba para mí. Esos momentos de comunión nocturna, cuando el resto del mundo dormía, han sido el ancla invisible que ha mantenido a nuestra familia firme en la tormenta, incluso mucho después de que ella partiera. Como si hubiera plantado semillas en la oscuridad que solo ahora, bajo un sol diferente, comenzamos a ver florecer.

LA PRIMERA BATALLA PERDIDA

A pesar de todo esto, tres meses después de la primera cirugía, las palabras del doctor cayeron como piedras en un estanque quieto: "El tumor ha regresado." Pero algo en los ojos de Erika me decía que ella sospechaba una verdad diferente. En nuestras conversaciones nocturnas, cuando el dolor la mantenía despierta, compartíamos nuestra teoría no pronunciada: que aquel primer cirujano, intimidado por la ubicación precaria del tumor, había apenas rozado los bordes del invasor, dejando el corazón de la bestia intacto.

EL ÉXODO A NEW BRAUNFELS

El verano de 2014 nos encontró empacando nuestras vidas en cajas, moviendo nuestra pequeña familia hacia New Braunfels. La decisión fue tanto estratégica como desesperada: necesitábamos estar más cerca de un centro médico más grande, más experimentado. San Antonio prometía una nueva esperanza, un nuevo equipo quirúrgico, una nueva oportunidad.

Mi nuevo trabajo como profesor de español en Canyon Lake High School nos proporcionaba estabilidad, pero nuestras conversaciones en casa habían comenzado a tomar un giro sombrío. Erika, siempre práctica incluso frente a lo impensable, comenzó a hablar del futuro en términos de "cuando ya no esté aquí."

"Necesitamos pagar la casa lo más que podamos," insistía con una urgencia que me rompía el corazón. "Si algo me pasa, quiero que tú y los niños tengan un lugar seguro." Sus palabras eran como pequeñas profecías que yo me negaba a escuchar. Su insistencia era como un presagio silencioso, una aceptación de lo que ninguno de los dos quería admitir en voz alta.

LA SEGUNDA BATALLA

La segunda craneotomía fue aún más extensa que la primera. Diez horas en el quirófano mientras el nuevo equipo quirúrgico luchaba por extraer "todo lo humanamente posible" del cerebelo de Erika. El tiempo adquiere una cualidad diferente cuando alguien que amas está bajo el bisturí. Los minutos se estiran como elásticos, las horas parecen días.

Cada vez que las puertas del quirófano se abrían, mi corazón saltaba, solo para hundirse nuevamente cuando pasaba otro médico, otra familia, otra historia. Los mensajes de texto llegaban constantemente: amigos, familia, la congregación. Todos querían saber, todos oraban. Respondía mecánicamente, actualizaba, agradecía por las oraciones. En realidad, parte de mí estaba en ese quirófano, bajo esas luces brillantes, donde manos expertas navegaban entre los tejidos delicados del cerebro de mi esposa.

"Todo lo humanamente posible." Esas fueron las palabras exactas del cirujano cuando finalmente emergió, su mascarilla aún colgando de su cuello, los ojos cansados pero satisfechos. Habían extraído tanto del tumor como la prudencia permitía. El cerebelo, ese preciso director de orquesta de nuestros movimientos, había sido manipulado, alterado, liberado de su invasor, pero también cambiado para siempre.

Los días de recuperación en el hospital revelaron a una Erika diferente. El equilibrio, esa función tan básica que rara vez apreciamos hasta que la perdemos, se había convertido en su nuevo Everest. Verla intentar sentarse en la cama, sus brazos temblando con el esfuerzo, su rostro contraído en una concentración absoluta para realizar lo que antes era automático, destrozaba e inspiraba a partes iguales.

"Me siento como un bebé aprendiendo todo de nuevo," me confesó una tarde, mientras la ayudaba a caminar por el pasillo del hospital, su mano aferrada a la barandilla con la intensidad de quien teme caer en un precipicio. Cada paso era una victoria pequeña, cada metro recorrido un testimonio de su determinación inquebrantable.

Pero quizás el cambio más sutil y desgarrador fue en su habla. Las palabras, antes tan precisas y fluidas en su boca, ahora jugaban al escondite en su mente. La veía buscarlas, su ceño fruncido en concentración, sus ojos moviéndose como si pudiera visualizarlas flotando justo fuera de su alcance. A veces emergían, brillantes y exactas como antes. Otras veces se desvanecían justo cuando parecía estar a punto de capturarlas, dejándola frustrada y, por momentos, temerosa.

"No encuentro... la cosa... esa que usamos para..." Sus frases quedaban incompletas, colgando en el aire como puentes sin terminar. Aprendí a esperar, a no apresurarla, a no completar sus pensamientos por ella a menos que lo pidiera con la mirada.

Los médicos nos explicaron la afasia con términos clínicos: áreas del lenguaje afectadas por la proximidad al tumor, edema postoperatorio, neuroplasticidad. Palabras que intentaban cuantificar algo inmensamente personal: la lucha de Erika por seguir siendo ella misma cuando las herramientas que había usado toda su vida para expresarse estaban ahora dañadas.

En las noches, cuando el hospital se aquietaba y solo quedaba el pitido rítmico de las máquinas, a veces la encontraba llorando silenciosamente. No era por el dolor físico, que era considerable. Era por algo más profundo: el miedo de perder partes esenciales de sí misma. "¿Y si nunca vuelvo a ser yo?" susurró una noche, su voz apenas audible.

"Ya eres tú," le respondí, sosteniendo su mano. "Diferente, desafiada, pero siempre tú. El núcleo de quien eres no está en tu equilibrio o en tus palabras. Está en tu corazón, en tu espíritu, en tu fe."

Gradualmente, con terapia intensiva y esa determinación que siempre la caracterizó, Erika comenzó a recuperar partes de lo perdido. Su equilibrio mejoró lo suficiente para caminar con apoyo. Las palabras regresaban, aunque algunas parecían haberse perdido en el laberinto de su mente transformada. Pero algo más había cambiado, algo más profundo que lo neurológico. Había una nueva fragilidad en ella, una conciencia aguda de la temporalidad de todas las cosas que antes dábamos por sentadas.

Salimos del hospital bajo un cielo brillante, Erika en silla de ruedas, pero con la mirada fija hacia adelante. El camino que teníamos por delante era incierto, pero llevábamos con nosotros una nueva comprensión: que incluso en nuestras versiones alteradas, incluso cuando partes de nosotros han sido tomadas o cambiadas, sigue existiendo la posibilidad de encontrar significado, propósito y belleza.

El cambio más profundo, sin embargo, fue invisible a los escáneres cerebrales. El espíritu guerrero de Erika, que había ardido tan brillantemente durante años, comenzaba a mostrar señales de agotamiento. Las conversaciones sobre sanidad y milagros se volvieron más escasas. "Solo quiero ir a casa," repetía con frecuencia, y aunque se refería a nuestro hogar físico, había algo en su tono que sugería un anhelo más profundo.

LA NUEVA NORMALIDAD

Tree of Life Church se convirtió en nuestro nuevo santuario. Entre sus paredes encontramos una comunidad que no necesitaba explicaciones cuando Erika tropezaba al caminar o cuando sus palabras se enredaban en medio de una conversación. Las células en casa volvieron a florecer, y nuevas amistades emergieron como flores después de la lluvia, cada una puesta divinamente en nuestro camino para este tramo particular del viaje.

El regreso de Erika al trabajo como optometrista en America's Best fue un testimonio de su resiliencia. Con una determinación que desafiaba las cicatrices en su cerebelo, aprendió a compensar sus nuevos desafíos. Cuando las palabras se escondían, encontraba formas creativas de comunicarse. Cuando el equilibrio fallaba, se apoyaba discretamente en los muebles. Sus pacientes raramente notaban que la doctora que los atendía estaba librando su propia batalla.

LA SINFONÍA DEL CAOS

Nuestros días se convirtieron en una orquesta caótica de llamadas telefónicas. El teléfono sonaba constantemente: doctores actualizando tratamientos, enfermeras verificando síntomas, farmacias confirmando medicamentos, la compañía de seguros requiriendo documentación interminable. Cada llamada era un recordatorio de que nuestra vida ahora orbitaba alrededor de la enfermedad.

Las terapias semanales se convirtieron en rituales de esperanza. Erika trabajaba incansablemente para recuperar el control de su cuerpo, para encontrar las palabras que el tumor había intentado robarle. Los terapeutas se maravillaban de su determinación, aunque podían ver en sus ojos el cansancio que ningún descanso parecía aliviar.

LOS SUSURROS DEL MAÑANA

Las conversaciones nocturnas tomaron un giro que me negaba a aceptar. Erika hablaba del futuro como quien lee un mapa de un país que sabe que no visitará. "Prométeme que los niños seguirán en la iglesia," me decía. "Asegúrate de que Sofía sepa cuánto la amé, que Kevin recuerde que siempre estuve orgullosa de él."

Cada vez que mencionaba estos temas, yo intentaba cambiar la conversación, aferrarme a un presente que se nos escurría entre los dedos. Pero Erika, con esa sabiduría que solo viene cuando se mira la vida desde el borde de la eternidad, insistía en preparar el terreno para un futuro que ella presentía no compartiría.

EL PESO DEL TIEMPO

Los escáneres regulares en el hospital se convirtieron en ejercicios de contención de la respiración. Cada visita era como un juego de ruleta rusa con nuestras esperanzas. Los doctores hablaban en términos de "progresión" y "estabilidad", palabras que pesaban como plomo en nuestros corazones. Anhelábamos escuchar el tan esperado **NED**. Aunque ya comprendíamos su verdadero significado, nuestros corazones seguían soñando con recibir ese informe.

En casa, aprendimos a celebrar las pequeñas victorias: un día sin dolor de cabeza, una frase completa sin tropiezos, una caminata sin tambaleos. Pero también aprendimos a reconocer los signos de fatiga en su rostro, a interpretar los silencios que se hacían cada vez más frecuentes.

LOS SUEÑOS QUE DANZAN EN EL CAMPO

Entre escáneres y terapias, la vida continuaba su danza imparable en los campos de fútbol de New Braunfels. Kevin, con el fuego de la pasión por la pelota ardiendo en sus ojos oscuros, perseguía el balón como un guerrero en su propia cruzada. Cada partido era más que un juego; era una ofrenda, una plegaria en movimiento. "Este es para ti, mamá," proclamaba con voz vibrante cada vez que la red se estremecía con sus anotaciones, su mirada buscándonos instantáneamente entre la multitud, como si quisiera asegurarse de que Erika había presenciado su pequeña victoria contra la adversidad.

Mientras tanto, a pocos metros de distancia, Sofía existía en un universo paralelo, indiferente al fervor futbolístico que consumía a su hermano. Su mundo giraba en ritmos y movimientos: giros precisos, saltos calculados y la gracia aerodinámica de sus rutinas de porrista. Con pompones en mano y determinación en su rostro, creaba su propio lenguaje de amor y resiliencia, un tributo silencioso, pero igualmente poderoso a la lucha de su madre.

Tres veces por semana, los entrenamientos se convertían en nuestro ritual sagrado. Erika, a pesar del cansancio que la consumía, nunca faltaba. Se sentaba envuelta en una manta en los días fríos, luchando contra los efectos de los esteroides y el agotamiento, pero sus ojos nunca dejaban de seguir cada movimiento de su pequeño futbolista.

En la mirada de Kevin habitaba una sabiduría prematura, una comprensión silenciosa de que cada partido podría ser el último que su madre presenciara. Esta conciencia se manifestaba en la forma en que corría hacia nosotros después de cada juego, en cómo sus abrazos duraban un poco más de lo normal, en cómo estudiaba el rostro de su madre como queriendo memorizar cada detalle.

EL ESTUDIO DE SOFÍA

En casa, Sofía había convertido su iPad en un estudio de producción personal. Sus videos eran ventanas a un mundo donde el cáncer no existía, donde su madre no luchaba por encontrar palabras, donde la vida era tan simple como decidir qué color de labial usar en su próximo tutorial.

"¡Bienvenidos a las noticias de Sofía!" anunciaba con una seriedad profesional que nos hacía reír hasta las lágrimas. Sus reportes del clima, realizados desde la ventana de su cuarto, incluían predicciones como "mañana habrá sol con probabilidad de unicornios."

Erika guardaba cada video como un tesoro. En las noches, cuando el dolor la mantenía despierta, a menudo la encontraba revisando esas grabaciones en su teléfono, sonriendo a través de las lágrimas mientras observaba a su pequeña artista florecer. Sofía hacía tutoriales de cómo ponerse el labial, cómo maquillarse y tantas cosas que solo en la inocencia de una niña podían caber.

EL PESO DE LOS MOMENTOS PERDIDOS

"Me estoy perdiendo tanto," susurró una noche, después de que los niños se habían dormido. "Kevin pronto será demasiado grande para querer que lo abrace después de sus partidos. Sofía está creciendo tan rápido... ¿Quién le enseñará a maquillarse de verdad? ¿Quién la ayudará a elegir su vestido de Prom?"

El peso de estos momentos futuros que temía perderse se reflejaba en la forma en que atesoraba el presente. Cada gol de Kevin era fotografiado, cada video de Sofía era guardado cuidadosamente en la nube. Era su manera de dejar huellas en un camino que temía no poder recorrer completo.

Los niños, con esa resiliencia única de la infancia, encontraban formas de mantener viva la esperanza. Kevin juraba que jugaría en el Barcelona un día, y que iría a la Copa Mundial algún día con La Selecta Cuscatleca, "y tú estarás ahí, mamá, en primera fila." Sofía planeaba futuros espectáculos de talento donde su madre sería la juez principal. Sus sueños se convertían en pequeños faros de luz que iluminaban nuestros días más oscuros.

EL BAILE CON LA ETERNIDAD

Había momentos, especialmente durante nuestras reuniones de célula en casa, cuando Erika parecía trascender sus limitaciones físicas. Su testimonio, aunque entrecortado por las palabras esquivas, tocaba corazones de una manera más profunda que antes. La gente no solo escuchaba sus palabras; veían su fe vivida en cada paso vacilante, en cada sonrisa que desafiaba el dolor.

En retrospectiva, ese año en New Braunfels fue como un largo atardecer. Los colores se volvían más intensos, cada momento más precioso, mientras la luz lentamente se desvanecía. Erika lo sabía, creo que todos lo sabíamos en algún nivel, pero elegimos vivir en ese espacio entre el ya y el todavía no, atesorando cada momento como las joyas preciosas que eran.

Como escribió en su diario durante esos días: "El tiempo es diferente ahora. Cada momento es un regalo, cada respiración una oración, cada sonrisa un testimonio. No sé cuántos días me quedan, pero sé que cada uno de ellos tiene un propósito en las manos de Dios."

Y así continuamos, día tras día, entre terapias y trabajo, entre células y escáneres, entre esperanza y preparación, bailando con una eternidad que se acercaba con pasos silenciosos pero seguros.

Fue durante este tiempo que noté un cambio en Erika. Su risa, aunque menos frecuente, tenía una profundidad nueva. Cuando se reía, era

como si quisiera capturar la esencia de la vida en ese instante. Su sonrisa, a pesar de todo, seguía iluminando cualquier habitación. Pero también estaba la otra cara: momentos en los que su mirada se perdía en la distancia, como si estuviera contemplando algo que yo no podía ver.

En una de esas noches de conversación tranquila, Erika me dijo: “Quiero que vivas. Si algo pasa, quiero que sigas adelante. No quiero que te quedes atrapado en el pasado”. Sus palabras me perforaron el alma, pero también me dieron una dirección. En medio de todo el caos, me estaba preparando para un futuro sin ella.

El verano de 2014 marcó un antes y un después en nuestras vidas. La mudanza, las operaciones, y la constante lucha contra el cáncer nos habían transformado. Ya no vivíamos con la misma esperanza ingenua de los primeros años. Ahora, cada día era un regalo, y cada momento juntos era una victoria sobre la sombra de la muerte que nos rodeaba.

El final de nuestro tiempo en Waco fue también el final de una etapa en nuestras vidas. Mirando hacia atrás, veo cómo Dios nos sostuvo en cada paso, incluso cuando el camino era oscuro y el futuro incierto. En Isaías 41:10 En Señor dice: *“No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia”*.

Mientras escribo estas palabras, siento que este capítulo es el comienzo del desenlace, el momento en que empezamos a aceptar que la voluntad de Dios no siempre coincide con nuestros deseos, pero siempre es perfecta. Y aunque la sombra del final se hacía más clara, también lo era la certeza de que cada instante compartido era una prueba del amor eterno que nos unía.

Este capítulo de nuestra vida nos enseñó que cuando contamos nuestros días, como dice el Salmo 90, no se trata solo de números en un calendario. Se trata de la sabiduría que viene de valorar cada momento como el regalo precioso que es, de encontrar propósito incluso en el valle más oscuro, y de confiar en que Dios está presente en cada respiración, en cada lágrima, en cada risa robada al dolor.

REFLEXIÓN PARA EL ALMA:

¿Cómo contamos nuestros días? ¿Esperando el mañana o atesorando el presente? La batalla de Erika nos enseña que cada momento es una oportunidad para demostrar amor, para construir memorias, para dejar un legado de fe que trasciende el tiempo mismo. Como ella descubrió, la verdadera sabiduría no está en saber cuántos días nos quedan, sino en hacer que cada día cuente para la eternidad.

Mientras escribo estas líneas desde la perspectiva que solo el tiempo puede dar, comprendo que este período fue más que una batalla contra el cáncer. Fue una lección profunda sobre el valor del tiempo, sobre cómo cada momento, incluso los más dolorosos, puede convertirse en un testimonio de la gracia de Dios cuando lo vivimos con fe y propósito.

CAPÍTULO 10



EL ÚLTIMO PARAÍSO

"Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora."

- Eclesiastés 3:1

Hay una profunda sabiduría en las palabras del Eclesiastés que solo se comprende plenamente cuando la vida nos obliga a mirar el tiempo de manera diferente. El rey Salomón, en su infinita sabiduría, nos recuerda que cada momento tiene su propósito divino: hay tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de lamentarse y tiempo de bailar. En nuestra batalla contra el cáncer, estábamos aprendiendo esta verdad de una manera íntima y dolorosa.

A veces, en medio de las pruebas más difíciles, Dios nos regala momentos de gracia pura - oasis en el desierto donde el alma puede descansar y recordar que la vida es más que su lucha actual. El año 2015 sería uno de esos regalos divinos, un tiempo apartado por Dios mismo donde las preocupaciones médicas cederían paso a la simple alegría de estar juntos.

Erika lo entendió antes que yo. Mientras las secuelas de la operación cerebral persistían como un eco distante, ella había tomado una decisión silenciosa pero firme: viviría cada momento que le quedara con una intensidad que desafiaba las sombras de su diagnóstico. Era como si el Espíritu Santo le hubiera dado una sabiduría especial para reconocer que este era nuestro tiempo de atesorar, de crear memorias, de reír sin reservas.

Nuestro viaje a Las Bahamas se convertiría en el símbolo perfecto de esta nueva manera de vivir. Las aguas cristalinas del Caribe lavarían, aunque fuera temporalmente, las heridas que los tratamientos habían dejado en nuestros corazones. Era nuestro tiempo de celebrar la vida en su plenitud.

Erika se dedicó ese año a ser una madre y esposa en plenitud. Nunca había estado tan comprometida con las pequeñas cosas: las presentaciones escolares de los niños, sus proyectos de arte y los musicales en la escuela de los niños. Era la primera en aplaudir y la última en levantarse al final de cada evento, con una sonrisa radiante que encendía todo el auditorio. Pero también, con la misma disciplina que había mostrado siempre, insistió en sus planes: ahorrar, pagar la casa, asegurar nuestro futuro sin ella. "Es lo menos que puedo hacer," me decía en los momentos de silencio. Era como si intentara tejer una red de memorias lo suficientemente fuerte para sostener a su familia en los años venideros.

EL VIAJE

Cuando propuse el crucero a Las Bahamas, sus ojos se iluminaron con un brillo que no había visto en meses. "¿Podemos?" preguntó, su voz mezclando esperanza con incredulidad. La pregunta llevaba el peso de todas nuestras preocupaciones médicas y financieras.

"Podemos," respondí. "Debemos."

El barco nos recibió como un mundo flotante de posibilidades. Nuestra cabina, decorada con toallas dobladas en forma de cisnes, arrancó exclamaciones de asombro de Kevin y Sofía. "¡Es mágico!" declaró Sofía, sus ojos brillando mientras exploraba cada rincón.

Las preocupaciones parecían disolverse con cada milla que nos alejábamos de la costa. El ritual diario de medicamentos y la constante vigilancia de síntomas cedieron paso a un ritmo más gentil. Erika reía más libremente, como si el mar se llevara el peso que había estado cargando.

Nuestro primer destino fue Key West, una isla que nos recibió con su brisa cálida y su cielo despejado. Rentamos un carrito de golf para recorrer las calles llenas de casas coloridas y palmeras que parecían bailar al compás del viento. Erika no paraba de reír cada vez que los niños se emocionaban al ver algo nuevo: un puesto de cocos, una tienda de souvenirs, o un gato que cruzaba la calle.

"Vamos a vivir como turistas hoy," dijo Erika con una sonrisa traviesa, y así lo hicimos. Probamos Key Lime Pie en una pequeña cafetería, bebimos agua de coco fresca y nos sumergimos en las aguas cristalinas de la playa. Ese día no hubo espacio para miedos ni preocupaciones. Era como si el cáncer se hubiera quedado atrás, fuera de los límites de esa isla paradisíaca.

EL PARAÍSO ENCONTRADO

Las Bahamas nos recibieron con un espectáculo de color que parecía diseñado para sanar el alma. El agua, en tonos de turquesa que desafiaban la descripción, se fundía con un cielo que parecía pintado a mano. Las playas de arena blanca como polvo de estrellas se extendían ante nosotros como páginas en blanco esperando nuestras historias.

Kevin y yo decidimos rentar un jet ski una tarde, buscando algo de aventura. Nos reíamos como niños mientras dábamos vueltas en el agua. En un momento, al intentar hacer una maniobra demasiado brusca, ambos caímos al agua. El jet ski se volcó, y entre risas y algo de vergüenza, tuvimos que pedir ayuda para darle la vuelta. Los niños, observando desde la orilla, nos aplaudían y se burlaban cariñosamente. "¡Eso les pasa por querer impresionar!" gritó uno de ellos entre carcajadas.

Una de las noches más memorables fue la noche de fotografías. Erika insistió en que todos nos vistiéramos lo mejor posible. Eligió cuidadosamente su vestido, se maquilló con dedicación y ayudó a los niños a vestirse con ropa elegante. "Quiero que estas fotos sean

especiales," dijo con una sonrisa, aunque noté el cansancio en sus ojos. Esa noche, bajo las luces cálidas del barco, capturamos momentos que ahora son tesoros. Cada sonrisa en esas fotos era un testimonio de amor, resistencia y gratitud.

Las aguas cristalinas nos abrazaban como una caricia sanadora. Flotamos en ese azul infinito, dejando que la sal curara heridas invisibles. Observé a Erika nadar con los niños, su gracia en el agua desmintiendo las batallas que su cuerpo había librado. El sol bailaba sobre las olas, creando diamantes líquidos que parecían celebrar cada momento que compartimos. Pasamos horas nadando en el mar, jugando con los niños y simplemente flotando bajo el sol. Erika cerraba los ojos, dejando que las olas la mecieran suavemente, como si el agua estuviera lavando cada dolor, cada temor. Fue como si el cáncer se hubiera evaporado en ese mar infinito. Por un breve instante, creímos que el tiempo estaba suspendido.

LOS MOMENTOS ROBADOS

En las noches, después de que los niños caían exhaustos en sus literas, Erika y yo nos sentábamos en nuestra cabina. El horizonte oscuro se fundía con el mar, creando la ilusión de infinito.

"¿Crees que recordarán estos momentos?" preguntó una noche, su voz apenas audible sobre el murmullo del océano.

"Cada uno de ellos," respondí, apretando su mano. "Y muchos más por venir."

Ambos sabíamos que era una promesa que no podía garantizar, pero en ese momento, bajo las estrellas del Caribe, elegimos creerla. "¿Te das cuenta de lo pequeños que somos?" dijo Erika, su mirada perdida en las olas. "Pero, aun así, Dios se preocupa por nosotros."

EL REGRESO

Cuando el crucero llegó de regreso a Galveston, nos bajamos con corazones renovados. Era como si el viaje nos hubiera dado un respiro necesario, un paréntesis en medio del caos. Pero también había algo flotando en el aire, algo que ninguno de los dos quería mencionar. "Ha sido perfecto," dijo mientras empacábamos, acariciando uno de los

cisnes de toalla que habíamos decidido conservar. "Cada segundo." respondí yo mirándola a los ojos. En su voz había una nota de finalidad que me negué a reconocer entonces. Era como si una parte de ella supiera que este paraíso temporal sería nuestro último escape juntos.

Mientras conducíamos de regreso a casa, los niños dormidos en el asiento trasero, el atardecer de Texas pintaba el cielo en tonos que me recordaban al agua de Las Bahamas. Erika tarareaba suavemente una canción que habíamos escuchado en el cruce, sus dedos marcando el ritmo en su rodilla.

"¿Sabes qué?" dijo de repente, girándose para mirarme. "No cambiaría nada de este viaje. Ni un solo momento."

El peso de sus palabras flotaba en el aire acondicionado del auto, mezclándose con los recuerdos frescos de risas en el agua turquesa y puestas de sol caribeñas. Volvíamos a nuestra realidad de citas médicas y escáneres cerebrales, pero llevábamos con nosotros un tesoro de momentos perfectos, guardados como perlas en el collar de nuestra memoria compartida.

Y así, con el recuerdo del mar en nuestra memoria y el sonido de las risas de nuestros hijos resonando en el alma, nos preparamos para enfrentar lo que venía, un día a la vez.

REFLEXIÓN PARA EL ALMA:

Durante los momentos más oscuros de nuestra lucha, cuando el dolor y la incertidumbre parecían abrumarnos, encontramos consuelo en la promesa de que cada temporada tiene su propósito. La batalla contra el cáncer nos enseñó a valorar cada instante, a encontrar alegría en medio del sufrimiento y a confiar en que Dios tenía un plan, incluso cuando no podíamos verlo claramente.

Nuestro viaje a las Bahamas fue un recordatorio tangible de esta verdad. En medio de la tormenta, Dios nos regaló un tiempo de descanso y renovación. Las aguas cristalinas y las playas de arena blanca nos ofrecieron un respiro del dolor y una oportunidad para reconectar como pareja. Fue un tiempo de reír y bailar, de celebrar la vida y el amor que compartimos, a pesar de las pruebas que enfrentábamos.

Al reflexionar profundamente sobre estos momentos de nuestra existencia, me pregunto: ¿De qué manera podemos aprender a confiar en el intrincado propósito divino de cada temporada de nuestra vida, incluso cuando el porqué se nos escapa como arena entre los dedos? ¿Cómo podemos hallar alegría y gratitud, como un sol que brilla en medio de una tormenta, en medio de nuestras luchas, con la certeza de que Dios está tejiendo cada instante con hilos invisibles? Estas preguntas nos invitan a elevar nuestra mirada más allá de las circunstancias inmediatas, a contemplar el horizonte con fe, y a confiar en que, en el momento perfecto de Dios, cada lágrima y cada risa encajan como piezas de un rompecabezas en el vasto y colorido tapiz de nuestra vida.

CAPÍTULO 11



CUANDO EL VALLE SE HACE PROFUNDO

"Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento."

- Salmo 23:4

FE EN LOS VALLES OSCUROS

Hay valles en nuestra jornada espiritual que parecen no tener fondo. El salmista David lo sabía cuando escribió sobre el valle de sombra de muerte—no solo un lugar de oscuridad pasajera, sino un camino que debemos recorrer paso a paso, aferrándonos a la promesa de la presencia divina. En el 2016, comenzamos a descender hacia ese valle, agarrados de la mano de Dios y el uno del otro.

A menudo escuchamos que Dios nos sostiene en tiempos de prueba, pero raramente nos detenemos a considerar lo que eso realmente

significa. La fe, ese salvavidas invisible al que nos aferramos en la tormenta, a veces se siente delgado y frágil, como si pudiera romperse en cualquier momento. Sin embargo, es en esos valles oscuros, donde las respuestas nos eluden y el sufrimiento parece interminable, que la profundidad de nuestra confianza en Dios es más completamente probada.

Erika siempre creyó que su batalla no era solo física sino también espiritual. Sabía que su cuerpo se estaba debilitando, pero su espíritu se negaba a rendirse.

"Si este es el camino que debo recorrer, lo haré con dignidad," me dijo una noche mientras la ayudaba a acostarse. Su voz era vacilante pero firme, y sus ojos mostraban una fuerza de voluntad que contrastaba agudamente con su cuerpo cansado.

LA SOMBRA SE ALARGA

La primavera de este año llegó con una oscuridad creciente. Aunque la cirugía del año anterior había sido declarada un "éxito" por los médicos, las células cancerígenas nunca fueron completamente erradicadas. En cada revisión, el miedo acechaba bajo la superficie de nuestras conversaciones. Finalmente, durante una consulta rutinaria, recibimos la noticia que tanto temíamos: el tumor estaba creciendo nuevamente, invadiendo de manera más agresiva que antes.

Las primeras señales habían sido sutiles pero inconfundibles. Por ejemplo: Erika me preguntaba sobre una llamada telefónica minutos después de haberla comentado. Detalles importantes se le escapaban como agua entre los dedos. "¿Te conté sobre el proyecto escolar de Kevin?", preguntaría, con un destello de confusión en su rostro. Yo suavemente le recordaba que acabábamos de hablar de ello. Sus ojos, aún brillantes de determinación, ahora centelleaban de frustración mientras su mente la traicionaba con frecuencia cada vez más creciente.

LA INDEPENDENCIA ROBADA

Mayo trajo un evento que marcó un punto de inflexión devastador. Recuerdo que Estaba en mi salón de clases, en Canyon Lake High School

donde trabajaba, rodeado del suave murmullo de estudiantes concentrados, cuando mi teléfono vibró con su llamada.

"Amor, estoy en la autopista," su voz temblaba de miedo y confusión. "Creo que tuve un accidente."

En ese instante, el mundo dejó de girar. Llame a la oficina y salí corriendo, mi corazón latiendo con la misma urgencia que las sirenas de la ambulancia que ya aullaban en la distancia. Cuando llegué a la escena, me di cuenta que su carro había chocado contra el separador central de la autopista, pero lo aplastado de las latas contaba una historia más allá del accidente mismo. Esto no era solo una colisión—era el cáncer reclamando otra pieza de la vida de Erika: su independencia.

La evaluación del médico fue definitiva. Norbi, "no podrás conducir más". Esta libertad—tan fundamental para su identidad como profesional, como madre, como mujer que siempre había manejado su propio camino—ahora se rendía permanentemente a la enfermedad avanzada. La vi entregarme las llaves de su carro esa noche, sus dedos demorándose en ellas por un momento, como despidiéndose de una amiga de confianza. No me dijo mucho, solo me miró.

Erika comenzó a experimentar dolores de cabeza insoportables y momentos de pérdida de memoria a corto plazo. A veces repetía preguntas que yo había respondido momentos antes; otras veces olvidaba dónde estaba. Era como ver a la persona que amaba desvanecerse en pequeños fragmentos cada día.

Buscamos opciones, aferrándonos a la esperanza de que aún se pudiera hacer algo. En el Hospital Texas Oncology de San Antonio, conocimos al Dr. Caldwell, quien sugirió un tratamiento agresivo: radiación cerebral total.

"Podemos intentar reducir el tumor y ganar tiempo," nos dijo con una mirada calculadora, como alguien que ha repetido la misma frase a cientos de pacientes.

La decisión no fue fácil, pero Erika no dudó. Detrás de sus ojos, podía ver los cálculos mentales que estaba haciendo—no sobre su propia comodidad, sino sobre el tiempo. Sofía solo tenía 9 años, Kevin apenas

11. Cada mes, cada semana, cada día que pudiera permanecer con ellos importaba infinitamente.

"Si hay una posibilidad, quiero intentarlo," dijo sin vacilar. Más tarde esa noche, mientras yacíamos en la cama discutiendo el tratamiento, confesó entre lágrimas, "Solo necesito un poco más de tiempo con ellos. Puedo soportar cualquier cosa si eso significa que veré a Kevin graduarse de la secundaria, jugar fútbol, convertirse en un hombre de Dios o ver a Sofía convertirse en una mujer," susurró, su voz quebrándose con emoción. "Son tan pequeños... Sofía ni siquiera será adolescente por varios años. Solo quiero estar presente cuando experimente su primer baile escolar, su quinceañera, su graduación de preparatoria. Quiero ayudarla a elegir su vestido de gala algún día, ver en quién se convertirá." El anhelo maternal tan crudo en su voz—esa esperanza desesperada por presenciar momentos que la mayoría de las madres dan por sentado—desgarraba mi corazón como nada más podría hacerlo. El amor feroz que trascendía su propio sufrimiento—era tanto desgarrador como inspirador. Quería creerle. Quería creer que todavía teníamos una oportunidad de luchar.

EL ARSENAL FINAL

La radioterapia cerebral total transformó nuestros días en un ritmo sagrado de esperanza y perseverancia. Cada mañana, hacíamos el solemne viaje hacia el hospital, con el sol que salía tierno en el horizonte proyectando largas sombras tras nosotros—sombras que parecían reflejar la oscuridad contra la que luchábamos dentro del cerebro de Erika. El Dr. Caldwell había presentado este tratamiento como nuestro escudo, nuestra última línea de defensa contra el avance implacable del cáncer, pero lo que las explicaciones clínicas no podían capturar era la profunda rendición espiritual que cada sesión exigía.

La máscara termoplástica —técnicamente llamada dispositivo de inmovilización craneal— era fundamental en este proceso. Comenzaba como una lámina plana de plástico sumergida en agua caliente, que luego se moldeaba cuidadosamente a los contornos exactos del rostro de Erika. Una vez endurecida, esta segunda piel se aseguraba a la mesa de tratamiento, dejándola completamente inmóvil durante las sesiones de treinta minutos y garantizando que los rayos de radiación alcanzaran sus objetivos con precisión.

Mientras observaba a Erika ser preparada para el tratamiento cada día, su cuerpo inmóvil bajo esa máscara, presenciaba una batalla mucho más allá de lo físico. Cada sesión de treinta minutos requería una entrega no solo de su cuerpo, sino de su propia voluntad a un proceso que ofrecía esperanza envuelta en sufrimiento. La radiación que prometía sanación también traía consigo una constelación de efectos secundarios que ponían a prueba los límites de su resistencia—sin embargo, de alguna manera, encontraba la fuerza para regresar día tras día, su fe inquebrantable incluso mientras su fuerza física vacilaba.

"Es mi armadura," decía Erika con una valiente sonrisa, sus ojos brillando con firmeza mientras intentaba encontrar luz incluso en esos momentos sombríos. "Mi defensa contra el enemigo invisible." Aunque la máscara representaba confinamiento, ella la transformó en un símbolo de su resistencia—otro ejemplo de cómo se negaba a rendir su espíritu, incluso cuando su cuerpo estaba restringido.

Un día, después de una sesión, Erika compartió un pensamiento conmigo. "¿Sabes en qué pienso mientras estoy ahí dentro?" preguntó, su voz tranquila pero firme. "Imagino que cada rayo de radiación es como una flecha de luz, persiguiendo la oscuridad en mi cerebro."

Sin embargo, la oscuridad parecía tener planes propios, acechando en rincones más profundos. A pesar de múltiples rondas de radiación, el tumor se negaba a ceder, desafiando todos nuestros esfuerzos. Después de semanas de tratamiento, las exploraciones mostraron una mejoría mínima, y el Dr. Caldwell sugirió que buscáramos opciones adicionales.

Fue entonces cuando nos remitieron a MD Anderson en Houston, donde un especialista propuso un nuevo plan: radiocirugía estereotáctica, específicamente radiación con Gamma Knife. A diferencia de la radioterapia convencional, este procedimiento de vanguardia no implicaba una cirugía real, sino que utilizaba 192 haces de radiación gamma precisamente enfocados que convergían en el tumor con una precisión submilimétrica. El tratamiento fue adaptado a los contornos tridimensionales del tumor cerebeloso de Erika, administrando altas dosis de radiación al tejido canceroso mientras se preservaba en gran medida el tejido cerebral sano circundante.

El médico explicó cómo cada haz por sí solo era relativamente débil, causando un daño mínimo al pasar a través de la materia cerebral sana, pero en el punto donde todos los haces se interceptaban —directamente en el tumor— su energía combinada creaba un potente efecto terapéutico. Este procedimiento no invasivo prometía una precisión milimétrica que la radiación convencional simplemente no podía lograr, como un ejército de arqueros expertos, cada flecha destinada a dar en el blanco —haciendo eco de la propia imagen de Erika de flechas de luz luchando contra la oscuridad interior.

EL ÚLTIMO CAMBIO

Después de este tratamiento final, Erika comenzó a desvanecerse ante nuestros ojos, como una fotografía expuesta demasiado tiempo al sol. Su memoria, antes tan precisa, se volvió un laberinto de momentos perdidos. Su cuerpo, que había luchado tan valientemente, finalmente exigió rendición.

La silla de ruedas se convirtió en nuestra compañera inseparable.. Yo había terminado el año escolar justo a tiempo para quedarme con ella a tiempo completo. Las vacaciones de verano adquirieron un significado completamente diferente mientras las pasábamos en los pasillos del hospital.

En lo que respecta a mí, la culpa me carcomía por dentro. "¿Por qué permitimos tanta radiación?" me preguntaba en las noches silenciosas, mientras la observaba dormir. "¿Por qué no cuestionamos más? ¿Por qué no buscamos otras opiniones?" Pero estas preguntas llegaban demasiado tarde, como ecos en un cañón vacío.

En situaciones de extrema presión, la toma de decisiones racionales a menudo cede paso a una confianza desesperada. Nos encontramos rindiéndonos ante la experiencia de aquellos con batas blancas, sus credenciales y afirmaciones seguras se convirtieron en nuestro salvavidas en una tormenta de incertidumbre. Nunca había suficiente tiempo para investigar a fondo, para obtener múltiples opiniones, para sopesar todas las posibles consecuencias. El cáncer avanzaba, y cada día dedicado a deliberar se sentía como terreno perdido en una batalla que no podíamos permitirnos perder.

Sin formación médica, carecíamos incluso del vocabulario para formular las preguntas correctas. Términos complejos como "necrosis por radiación", "esquemas de fraccionamiento" y "umbrales de dosis acumulativa" eran conceptos extraños que apenas comprendíamos mientras firmábamos formularios de consentimiento y asentíamos mostrando entendimiento. Éramos como bebés en manos de cuidadores, completamente dependientes de su juicio, sabiduría y ética. Solo más tarde me di cuenta de lo vulnerables que esto nos hacía — cómo esta confianza necesaria también nos dejaba expuestos a las limitaciones, sesgos y, a veces, a los motivos de lucro del sistema médico.

Mirando hacia atrás, entiendo por qué tomamos las decisiones que tomamos. La necesidad desesperada de hacer algo, cualquier cosa, para salvar a Erika eclipsaba todo lo demás. El tiempo era nuestro enemigo, y la cautela parecía un lujo que no podíamos permitirnos. Pero también he aprendido que, a veces, en la prisa por actuar, olvidamos que hacer más no siempre es lo mismo que hacer lo mejor.

EL REGRESO A CASA

A mediados de julio, las palabras que tanto temíamos finalmente llegaron: era hora de considerar el hospicio. El término, que en español se conoce como "cuidados paliativos a domicilio", significaba que ya no lucharíamos por curar, sino por hacer que los últimos días fueran lo más cómodos posible.

Nuestro hogar se transformó en una unidad de cuidados improvisada. Las enfermeras del hospicio se convirtieron en ángeles terrenales, enseñándome cómo cuidar de alguien que antes había sido mi roca.

El incidente del baño me perseguirá hasta el día de mi muerte. Ocurrió una noche cuando Erika necesitaba ayuda para llegar al baño de nuestra habitación. Lo que debería haber sido una tarea sencilla se había vuelto cada vez más difícil a medida que el cáncer le robaba sus fuerzas. La había ayudado a llegar, esperé pacientemente fuera de la puerta, y luego la guíé suavemente de regreso hacia nuestra cama cuando ocurrió el desastre.

A solo tres pasos de alcanzar la seguridad de nuestro colchón, sus piernas —que alguna vez fueron lo suficientemente fuertes para llevarla por los

pasillos del hospital y de la iglesia— simplemente cedieron bajo su peso. Intenté desesperadamente sostener todo su peso, pero mi propio agotamiento me traicionó. Caímos juntos sobre el frío suelo de ladrillos de nuestro baño, el sonido de nuestra caída resonando en el silencio nocturno de nuestro hogar.

Nuestras lágrimas se mezclaron mientras yacíamos allí, mis brazos aún envolviendo su frágil cuerpo. La luz nocturna del baño proyectaba largas sombras sobre su rostro, iluminando la mezcla de dolor y humillación en sus ojos. Esta mujer que había enfrentado valientemente innumerables tratamientos, que había predicado la fe mientras su cuerpo le fallaba, ahora no podía completar ni siquiera este viaje más básico del baño a la cama.

"Está bien," susurré contra su cabello, saboreando lágrimas saladas. "Estamos juntos en esto."

Pero no estaba bien. Nada de esto estaba bien. Mis músculos se tensaron mientras intentaba levantarla nuevamente, mis brazos temblando no solo por el esfuerzo físico sino por el peso aplastante de mi propia impotencia. A pesar de mi amor, a pesar de mis oraciones, a pesar de mi desesperada necesidad de ser su fortaleza, ni siquiera podía levantarla del suelo.

Permanecimos allí en esas frías baldosas durante lo que pareció una eternidad, ambos llorando —ella de dolor e indignidad, yo del aterrador reconocimiento de mis limitaciones. Mi cuerpo temblaba incontrolablemente, una manifestación física del miedo y la desesperanza que parecían filtrarse hasta mis propios huesos.

En ese momento sagrado y terrible en el suelo de nuestro baño, la verdad contra la que había estado luchando me golpeó: el amor solo, sin importar cuán feroz o fiel sea, no podía restaurar lo que nos estaba siendo arrebatado. Esta comprensión quebró algo fundamental dentro de mí, incluso mientras abría mi corazón a un entendimiento más amplio de la rendición. A veces, el acto más delicado de amor no es la fuerza heroica, sino la vulnerabilidad compartida —la voluntad de yacer juntos en el frío suelo cuando permanecer de pie ya no es posible.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE VERANO

Los niños navegaban esta nueva realidad como podían. Intentábamos mantenerlos ocupados con amigos, pero la verdad se filtraba por las grietas de nuestra fachada de normalidad. Kevin, con sus ojos demasiado sabios para su edad, comenzó a pasar más tiempo en su habitación. Sofía buscaba refugio en sus videos y juegos, creando un mundo donde su madre todavía podía bailar y reír.

Las sesiones de terapia física se volvieron cada vez más difíciles. "Ya no quiero hacer nada de eso," me confesó Erika un día, su voz apenas un susurro. La guerrera que nunca se había rendido finalmente estaba admitiendo su cansancio.

EL UMBRAL

Mientras observaba a Erika dormir, recordé todas las batallas que habíamos librado juntos. Cada cirugía, cada tratamiento, cada momento de esperanza y desesperación. Ahora estábamos en el umbral de algo que ninguno de los dos quería nombrar, pero que se acercaba con la inevitabilidad de la noche.

Los últimos veintiún días serían los más largos y los más cortos de nuestras vidas. El tiempo adquirió una cualidad líquida, fluyendo de maneras impredecibles mientras Erika comenzaba su transición final. Su cuerpo, que ya no aceptaba alimento ni líquido, parecía estar preparándose para un viaje que solo ella podía hacer.

Una tarde, mientras sostenía su mano, le susurré:

—Estoy aquí, amor.

Ella abrió los ojos con esfuerzo y me miró con una ternura infinita.

—No tengas miedo. Dios está con nosotros, me dijo con su voz un poco ronca y a pausas.

Esas palabras fueron su último regalo para mí. Me aferré a ellas con toda mi alma, porque necesitaba creerlas. Porque, aunque sentía que la estaba perdiendo, sabía que su amor y su fe nunca desaparecerían.

El capítulo de su vida terrenal estaba llegando a su fin, pero su legado, su amor, su valentía, permanecerían para siempre.

"Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo." Salmo 23:4

Ahora entendía que a veces, el valle no es solo un lugar de paso - es donde aprendemos las lecciones más profundas sobre el amor, la fe y la gracia de Dios. En ese valle estábamos nosotros.

REFLEXIÓN PARA EL ALMA:

Mientras me siento en la mesa del desayuno en la cocina, con el frío de la mañana acariciando mi piel, reflexiono sobre los últimos días de Erika. Recuerdo su habitación, impregnada de un suave aroma a lavanda, y cómo la luz del atardecer entraba por la ventana, tiñendo de dorado sus paredes. Me doy cuenta de que el valle de sombra de muerte no es simplemente un lugar de paso, sino un terreno fértil donde se siembran las lecciones más profundas sobre el amor, la fe y la gracia de Dios. En esos momentos de mayor oscuridad, cuando los relojes parecían marcar el tiempo con un ritmo errático y caprichoso, descubrí una verdad fundamental: el amor y la fe pueden sostenernos incluso en las circunstancias más difíciles. Erika, con su mirada serena y su sonrisa que nunca se desvanecía, me dejó un legado que va más allá de su vida terrenal.

Al enfrentar nuestros propios desafíos, como las noches en vela o las decisiones que parecen insuperables, ¿cómo podemos encontrar la paz y la fortaleza que Erika mostró en sus últimos días? ¿De qué manera podemos permitir que nuestras experiencias de dolor y pérdida, aquellos momentos en que el mundo parece detenerse, nos enseñen sobre el amor y la gracia de Dios, transformando nuestro sufrimiento en un testimonio palpable de esperanza y fe?



El siguiente capítulo narrará los últimos veintiún días de Erika, su viaje final hacia la eternidad.



CAPÍTULO 12



LOS ÚLTIMOS 21 DÍAS

"El Señor dio, y el Señor quitó; sea el nombre del Señor bendito."

- Job 1:21

Mi mano tiembla mientras escribo estas palabras. Siete años han pasado y aún siento el nudo en la garganta cuando regreso a estos recuerdos. Hay dolores que el tiempo no cura, solo nos enseña a vivir con ellos. Este capítulo ha estado esperando dentro de mí, como un grito contenido que finalmente necesita salir.

Veintiún días. El mismo número que una vez marcó nuestro ayuno de desintoxicación años atrás, ahora regresaba como un eco divino para marcar su despedida. En las noches, cuando el silencio de la casa se percibe con mayor amplitud, siento el vacío que dejó al no escuchar su risa resonar entre las paredes. O cuando voy conduciendo de regreso a casa después de un día de trabajo, veo su reflejo en las ventanas de las tiendas, como si aún estuviera sentada en el asiento del copiloto. Aún

puedo verla en esa cama, con las sábanas blancas arremolinadas alrededor de su cuerpo, su respiración suave como una melodía que se desvanecía lentamente, su pecho subiendo y bajando de manera casi imperceptible, como si cada inhalación fuera un esfuerzo titánico.

Las enfermeras decían que no le diéramos comida ni agua, que era parte del proceso natural. Pero ¿cómo explicas eso a un corazón que se rehúsa a dejar ir? A escondidas, como un niño desobediente, llevaba cucharaditas de helado derretido a sus labios. Era mi último acto de amor, o tal vez de rebeldía contra lo inevitable. Cada gota de agua que deslizaba en su boca era una oración silenciosa: "Quédate un poco más."

El dolor más profundo no era el mío. Era ver a Kevin y Sofía enfrentando una pérdida que ningún niño debería experimentar. Cuando Sofía dijo "Nunca me va a ver cuando tenga doble dígitos," sentí que mi corazón se hacía pedazos. Siete años después, esas palabras siguen resonando en mis oídos, y aún no encuentro una respuesta que calme ese dolor infantil que ahora se ha convertido en la sabiduría prematura de una adolescente.

Los cánticos alrededor de su cama se han convertido en uno de mis recuerdos más preciados y dolorosos. La habitación estaba tenuemente iluminada por la luz de una lámpara en la esquina, y el suave susurro de las voces envolvía el ambiente como un manto de consuelo. La música parecía alcanzarla en ese espacio entre mundos donde habitaba, una melodía que resonaba en algún rincón profundo de su ser. En mi lucha interna por mantenerla con vida y aferrarme a la esperanza de que Dios la levantara de la cama, un día Dios me habló por medio de una alabanza, "Thy Will Be Done." Mientras las palabras flotaban en el aire, sentí como si el Espíritu Santo susurrara suavemente a mi corazón, "tienes que dejar ir." Aún hoy, cuando escucho esa canción, puedo sentir la presencia del Espíritu Santo que nos envolvió en aquellos momentos, como una cálida brisa que acaricia el alma. Erika, con su voz débil pero llena de convicción, me pedía que le pusiera una alabanza que se llama "Diez Mil Razones." En una estrofa dice, "Y en ese día cuando ya no tenga fuerzas y se acerque ya el final, aun así, te seguiré cantando por 10.000 años y la eternidad." Erika volvía su mirada hacia mí, sus ojos brillando con una mezcla de paz y determinación, como diciéndome sin palabras, "La eternidad comienza para mí, le seguiré cantando."

Es imposible borrar de mi memoria el instante en que Erika me habló sin necesidad de palabras. Estábamos en su habitación, el aire lleno de una quietud solemne mientras cantábamos suavemente. Mis rodillas se hundían en la alfombra al lado de su cama, y el tenue resplandor de la lámpara de noche acariciaba su rostro. De repente, sus labios se movieron con un susurro casi imperceptible: "It's ok, let me go." Han pasado siete años desde aquel día, y mi corazón todavía se debate entre creer que fueron sus palabras o un eco divino. Sin embargo, en ese preciso instante, sentí como si un peso que no sabía que llevaba se desvaneciera de mis hombros. Por primera vez desde que esta lucha comenzó, me atreví a pensar que la victoria que Dios había planeado era diferente de la que había estado suplicando.

La forma en que Erika decidió partir reflejaba su esencia protectora. Esperó hasta el único momento en el que me había alejado con los niños para inscribirlos en la escuela. Kevin, con sus libros nuevos y mochila a cuestas, estaba por comenzar séptimo grado, mientras Sofía, con sus rizos rebotando, entraba en cuarto. Eran planes cotidianos, un destello de normalidad en medio de la tormenta. La llamada de mi madre llegó cuando regresaba, la voz quebrada por la emoción: "Hijo, véngase rápido, Erika ya partió con El Señor."

A veces me pregunto si Erika sabía, si en su corazón entendía que necesitaba protegerme de presenciar ese último aliento. Durante veintiún días no me había separado de su lado, y aun así, ella eligió partir en mi ausencia. Como un último acto de amor, quiso ahorrarme el dolor de verla exhalar por última vez.

La escena que mi madre me describió después estaba tejida con los hilos de lo divino. Olga Lerma, una mujer cuya fe era capaz de mover montañas, había llegado justo a tiempo, como un ángel enviado para este sagrado momento. Su oración, según mi madre, trascendía lo terrenal; sus palabras estaban imbuidas con una autoridad y un fervor que mi madre nunca había presenciado en todos sus años de fe.

En esos últimos momentos, me contó mi madre, Erika despertó una vez más, como si una luz celestial la hubiera llamado. Su consciencia regresó con una claridad sobrenatural. Tomó las manos de mi madre y mi suegra, que oraban a su lado, en un último gesto de amor terrenal. Sus ojos, que durante tanto tiempo habían reflejado su batalla, ahora brillaban con un gozo indescriptible. Era la mirada de alguien que vislumbra la gloria que

la esperaba. Con esa última expresión de paz perfecta, cruzó el umbral hacia la eternidad.

Mi suegra, Doña Isabel, con ese amor maternal que se niega a aceptar lo inevitable, se aferraba a los últimos vestigios de esperanza. "No," susurraba, su voz quebrándose mientras negaba la realidad frente a ella, "está viva." Sus palabras eran el eco del corazón de toda madre que se resiste a ver partir a su hija antes que ella.

"Sí, Doña Isabel," mi madre respondió suavemente, su propia voz teñida de dolor y comprensión, "ella ya está con Dios." En ese momento, estas dos mujeres - una madre que acababa de perder a su hija y otra que había sido testigo de su partida - se fundieron en un abrazo donde el dolor y el consuelo se entretejían, donde las lágrimas de pérdida se mezclaban con la esperanza de la eternidad.

Mi suegra, quien me contaría esto después entre sollozos y lágrimas que corrían por sus mejillas, vio en los ojos de su hija un último destello de esa indomable determinación que la había caracterizado toda su vida. Lo había presenciado muchas veces antes: era la misma mirada decidida que brillaba cuando insistió en estudiar optometría a pesar de las dificultades, cuando se mantuvo firme en su decisión de casarse conmigo y mudarse a Boston para perseguir sus sueños más allá de las fronteras conocidas, y cuando enfrentó cada desafío que la vida le presentó con valentía y resolución.

El desgarrador grito de dolor de una madre viendo partir a su hija se mezcló con la oración final, un sonido que parecía venir de lo más profundo de su ser, un lamento primigenio de quien está presenciando la inversión del orden natural de la vida. "No así, Señor," la escuché susurrar con voz quebrada, "no antes que yo."

Al llegar a casa, encontré a las enfermeras ocupadas preparando su cuerpo. Me ofrecieron la oportunidad de verla una última vez, y la decisión me sacudió. Parte de mí anhelaba despedirme, pero otra parte temía que esa imagen eclipsara los recuerdos de la Erika vibrante que había sido mi compañera. Finalmente, me alejé, con el corazón dividido, y busqué refugio en el cuarto con Kevin y Sofía. Nos abrazamos y lloramos, atrapados entre la necesidad de recordar y el dolor de la pérdida, hasta que no nos quedó aliento para más lágrimas.

Los momentos que siguieron se desarrollaron como en cámara lenta. Las enfermeras del hospicio, con esa mezcla única de profesionalismo y compasión, comenzaron su ritual final. Sus movimientos eran precisos pero gentiles, como si entendieran que no solo estaban manejando un cuerpo, sino también los últimos vestigios tangibles de nuestros recuerdos con ella.

Ver salir su cuerpo de nuestra casa fue como presenciar el último acto de una obra sagrada. La camilla avanzaba con una lentitud ceremonial, llevándose consigo no solo su presencia física, sino también la luz que había iluminado cada rincón de nuestro hogar. Las paredes que habían sido testigos de nuestras risas, lágrimas y oraciones, ahora parecían contener solo ecos de lo que fue. Cada espacio que antes se sentía acogedor por su presencia, ahora se expandía en un vacío inexplicable.

La providencia divina, en su infinita sabiduría, había orquestado estos últimos momentos con una delicadeza que solo años después puedo verdaderamente apreciar. Durante las semanas de cuidados de hospicio, mi suegra había sido una presencia constante, un pilar silencioso de fortaleza maternal mezclada con un dolor profundo que intentaba contener. La observaba moverse por la casa como un guardián incansable, sus manos siempre ocupadas en tareas que inventaba para mantenerse en movimiento: alisando cobijitas de los niños ya lisas, reorganizando almohadas que no necesitaban ajuste, preparando café que nadie bebería. Era su manera de combatir la realidad inminente, de retrasar el momento en que tendría que aceptar que su hija menor, su "hijita", la que había alcanzado sueños que parecían imposibles, estaba partiendo antes que ella.

"Mi doctorcita," la escuché murmurar una noche, mientras acariciaba el cabello de Erika. En esas dos palabras se condensaba todo el orgullo de una madre inmigrante que había visto a su hija menor alcanzar sueños que parecían imposibles. Erika había sido la primera en obtener un título universitario, la que dominaba el inglés con fluidez, la que había construido una carrera respetable. En los planes no escritos de una madre, era Erika quien estaría allí en sus años de vejez, quien sería su pilar en el futuro.

La casa comenzó a llenarse de un silencio diferente. Ya no era el silencio expectante de los últimos días, donde cada respiración de Erika era monitoreada y atesorada. Este era un silencio definitivo, pesado, que

parecía absorber incluso el sonido de nuestros pasos. Los juguetes de los niños en el suelo, el libro que Erika había estado intentando leer meses antes, su bata favorita colgada detrás de la puerta - cada objeto parecía gritar su ausencia.

Mi suegra se movía ahora con una nueva quietud, como si el peso de la realidad finalmente la hubiera alcanzado. Sus manos, que por semanas habían estado en constante movimiento, ahora descansaban inmóviles en su regazo. La vi sentarse en el sofá donde Erika solía descansar, sus dedos acariciando suavemente el tejido, como queriendo encontrar en él algún residuo del calor de su hija.

Las llamadas comenzaron a llegar: familia, amigos, miembros de la iglesia. Cada timbrado traía consigo la necesidad de decir en voz alta lo que apenas podíamos procesar en nuestros corazones. Cada "lo siento mucho" recibido era un recordatorio más de que esto no era un sueño del que despertaríamos.

La noticia de la partida de Erika trajo a toda la familia junta una última vez. Sus hermanos llegaron con ese dolor silencioso que caracteriza a los hombres que han perdido a su hermana menor.

Douglas, el más expresivo de los tres, no intentaba ocultar sus lágrimas. Durante años, había visto a su "hermanita" como un ángel terrenal, alguien que con su fe inalterable sabía cómo llegar a las profundidades de su corazón cuando éste vacilaba en su camino espiritual. Sus abrazos, siempre prolongados y sinceros, eran como si quisiera transferirle fuerza a través de ellos. Ahora, esos mismos brazos colgaban a sus costados, incapaces de aceptar que ya no podrían rodearla una vez más.

Numa, con su característica compostura, procesaba el dolor de manera diferente. Su fe profunda le permitía ver más allá del momento presente, encontrando consuelo en la soberanía de Dios. "Ella está con El Señor, donde siempre quiso estar," murmuró en un momento de reflexión, aunque sus ojos revelaban el costo emocional de esa certeza espiritual.

Chris, el hermano de Erika, por quien ella había mantenido una batalla espiritual durante décadas y derramado muchas lágrimas orando por su restauración, estaba sumergido en un profundo dolor. La pérdida de su hermana menor le trajo un inmenso sufrimiento, agravado por su propio camino continuo de fe y sanación. Podía ver en sus ojos tanto tristeza como reflejos de las semillas espirituales que Erika había plantado en su

vida a través de sus constantes oraciones y amor incondicional. Solo Dios sabe cómo su vida—y ahora su partida—continuaría dando fruto en el corazón de Chris, desplegándose en el tiempo perfecto de Dios.

Sandra, su hermana, llegó desde California con su hija Amy. Los abrazos entre Amy y los niños fueron especialmente dolorosos - Erika había sido más que una tía para ella. Durante los años difíciles en Los Ángeles, Erika se había convertido en su mentora, su modelo a seguir, la prueba viviente de que una mujer latina podía alcanzar sus sueños más altos.

"Me enseñó que no hay límites," sollozó Amy, sosteniendo una foto de Erika en su teléfono. "Cuando todos decían que era imposible, ella me mostraba que sí se podía." Era cierto - Erika había sembrado en Amy la misma determinación que la había llevado a superar cada obstáculo en su camino.

Los recuerdos de los fines de semana en Waco inundaron mi mente: las noches improvisadas donde todos terminábamos durmiendo en el suelo de la sala, rendidos después de horas de conversación y juegos con los niños. Erika, aún en medio de sus tratamientos, insistía en preparar comidas especiales para sus hermanos. "Quiero hacerles unas pupusitas," decía mientras se movía por la cocina con determinación, ignorando su propio cansancio. La casa se llenaba de aromas y risas, creando momentos que ahora entiendo eran regalos preciosos que Dios nos permitió atesorar.

Esos viajes constantes desde Houston se habían convertido en pilares de apoyo durante nuestra batalla. Los niños esperaban con ansias la llegada de sus tíos, y Erika parecía recobrar fuerzas con su presencia. Ahora, viendo a estos hombres fuertes quebrados por el dolor, comprendí cuánto de su propia fortaleza habían sacrificado para ser nuestro soporte durante todos esos años.

Pero fueron mis cuñadas, Patty y Mirna, y una mujer de gran valor para Erika, su tía Victoria quienes me ayudaron a comprender una dimensión diferente del impacto de Erika. Durante sus últimos días, las había visto cuidarla con una devoción que iba más allá del deber familiar. La bañaban con ternura, le aplicaban crema en las manos reseca, le peinaban el cabello con la delicadeza con que se cuida a una hija.

"Era imposible no amarla así," me dijo Patty una noche, mientras acomodaba las almohadas de Erika por enésima vez. "Nos enseñó tanto sobre la gracia, sobre servir sin buscar reconocimiento."

Mirna, con su serenidad característica, había sido nuestra ancla práctica durante todo el proceso. Su amor por Erika se manifestaba en los pequeños detalles: investigaba sobre dietas anticáncer, llegaba con postres que preparaba ella misma, y siempre encontraba formas de hacer que incluso las comidas más saludables fueran apetecibles para Erika. Bajo su aparente calma, sin embargo, se escondía un océano de emociones. En los momentos a solas con su cuñada, cuando pensaba que nadie la escuchaba, su voz se quebraba al susurrarle palabras de ánimo y tomarle la mano. Era en esos instantes íntimos cuando la máscara de fortaleza se desvanecía, revelando el profundo vínculo que había desarrollado con Erika.

Más allá de los lazos familiares convencionales. Esta red de amor familiar había sido parte integral de nuestro viaje, cada miembro aportando su propio color al tapiz de cuidado y devoción que rodeó a Erika hasta el final. Verlos ahora reunidos para despedirla era un testimonio de cómo una vida vivida en servicio y amor puede tejer lazos que ni la muerte puede romper.

LA SOLEMNIDAD DE UN ADIÓS

Organizar su funeral fue un acto de amor, pero también de fortaleza imposible. Amigos y familia llegaron de todas partes. En la iglesia Tree of Life celebramos su vida con la música que ella amaba, con las historias de quienes la conocieron, con la despedida de su familia, con lágrimas y con gratitud. "Cara a cara" de Marcos Vidal fue el himno que nos acompañó, porque ahora Erika estaba cara a cara con el Maestro. Cuántas veces me había sugerido que quería esa alabanza en su funeral, pero yo siempre me hacía el que no quería hablar de eso y desviaba la conversación. Hoy era una realidad.

Hoy entiendo que la eternidad es real, que el amor trasciende la muerte, y que Erika no sólo vivió, sino que dejó un legado imborrable. Este capítulo no es solo su despedida. Es su victoria. Es su inmortalidad en cada persona que tocó, en cada historia que dejó marcada, en cada semilla de fe que plantó y sigue creciendo. Y es mi compromiso de contar su historia, para que su luz nunca se apague.

Siete años después, las preguntas persisten, atormentándome. ¿Qué sucede cuando Dios no sana? ¿Qué ocurre cuando clamamos por un milagro y lo único que recibimos es un silencio ensordecedor? Con el tiempo, traté de entender que la sanidad no siempre es lo que anhelamos. La verdadera sanidad es eterna, y aunque Erika la recibió, me cuesta aceptarlo. Su cuerpo quedó aquí, pero su alma fue restaurada en plenitud. Sin embargo, me pregunto si eso es suficiente para aliviar el vacío que dejó.

Dios no nos prometió una vida sin dolor, pero dijo que caminaría con nosotros en medio del valle de sombra. Después de que Erika partió con El Señor, el dolor fue tan abrumador que sentía que no podía orar, que no podía acercarme a Dios. Durante dos años, ese peso fue una carga constante, y, aun así, Él nunca me abandonó. Dos largos años guardé silencio ante Él, sin preguntas, sin plegarias, solo con una herida abierta y sangrante. En ese tiempo, Dios no me exigió nada. No me reprochó, no me apresuró. Simplemente Él estuvo ahí, paciente y silencioso, mientras yo luchaba internamente, sin saber si alguna vez estaría listo para volver a hablar con Él.

El legado de Erika vive y respira en cada vida que tocó, pero especialmente en nuestros hijos. En Sofía, veo mucho más que un simple parecido físico - es como si Dios hubiera tomado la esencia misma de su madre y la hubiera plantado en ella. Cuando Sofía sonríe, el mundo se detiene de la misma manera que lo hacía con Erika; sus gestos, su forma de inclinar la cabeza cuando piensa, hasta su risa cristalina son ecos vivientes de su madre. La gente suele detenerse, asombrada, al ver cómo Dios preservó la belleza de Erika en su hija. En Kevin, por otro lado, vive la determinación firme de su madre, ese espíritu guerrero que no conoce la derrota. En su legado, **NED** adquirió un significado más profundo: **No Evidence of Discouragement, No Evidence of Defeat**, y finalmente **No Evidence of Death** porque en Cristo, lo que el mundo ve como un final, es realmente el comienzo de una historia eterna. La muerte no puso punto final a la historia de Erika; simplemente abrió un nuevo capítulo que continúa escribiéndose en las vidas que dejó atrás.

Mientras escribo estas últimas líneas, las lágrimas aún corren por mis mejillas, cálidas y saladas. Pero ahora, no son sólo lágrimas de dolor desgarrador, sino también de gratitud sincera por haber compartido mi

vida con alguien que dejó una huella imborrable en mi corazón. Ella me enseñó tanto sobre el amor incondicional, la fe inquebrantable y la gracia infinita. En el lienzo de nuestro sufrimiento, Dios pintó una obra maestra de gracia, una que se despliega con cada amanecer que enfrento sin ella. Lo que el mundo contempló como una batalla perdida contra el cáncer, nosotros lo vimos como una victoria eterna.

EPÍLOGO



LA VIDA SIGUE: ABRAZANDO LOS DÍAS QUE NOS HAN SIDO DADOS

"Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación: todo estaba ya escrito en tu libro; todos mis días estaban diseñados, aunque no existía uno solo de ellos".

(Salmo 139:16)

Perder a alguien que amamos deja una marca permanente. El dolor nunca desaparece por completo; simplemente se convierte en parte de nosotros, entretejido en la trama de nuestro ser como un hilo que, aunque a veces duele, también nos recuerda que hemos amado profundamente. Algunos días, el duelo se siente como una sombra persistente, un recordatorio constante de lo que hemos perdido. Otros días, es apenas un susurro silencioso que, en lugar de paralizarnos, nos impulsa a seguir adelante, a honrar con nuestra vida lo que ellos ya no pueden hacer con la suya.

En medio de este viaje de dolor y sanación, una verdad permanece inamovible: Dios ha contado nuestros días y nos llama a vivirlos plenamente, con propósito y gratitud.

La Biblia nos recuerda en el Salmo 139:16: "Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación: todo estaba ya escrito en tu libro; todos mis días estaban diseñados, aunque no existía uno solo de ellos". Esta verdad me ha sostenido cuando el peso de la ausencia de Erika amenazaba con aplastarme. Dios conoce la duración exacta de nuestro viaje en esta tierra y, aunque no siempre entendemos por qué algunas vidas parecen más cortas que otras, sí sabemos esto con certeza: mientras estemos aquí, tenemos un propósito divino que cumplir, un testimonio que compartir, una huella que dejar.

Después de que Erika partiera para estar con Cristo, me encontré vagando en un desierto espiritual diferente a cualquier cosa que hubiera conocido anteriormente—un paisaje árido donde la oración, antes tan natural para mí como respirar, se volvió imposible. Rara vez he hablado sobre este período, en parte porque el lenguaje mismo parece inadecuado para capturar la gravedad particular de un dolor que solo aquellos que han perdido a su compañero de vida pueden comprender verdaderamente.

No era que hubiera perdido la fe en un sentido fundamental. El marco teológico que había construido durante décadas permanecía intelectualmente intacto. Sin embargo, algo profundo se había roto en mi vida espiritual. Cuando intentaba orar, las palabras se evaporaban antes de llegar a mis labios, dejando solo un vasto y resonante silencio. ¿Qué le dice uno al Creador cuando tu corazón está tan completamente fragmentado que ni siquiera puedes articular tu propio dolor? ¿Cuando la persona que había sido la encarnación viva de la fe en tu vida diaria desaparece repentinamente?

Dentro de mí habitaba un mar turbulento de emociones contradictorias: enojo que apenas se reconocía como enojo, decepción que se sentía como traición al admitirla, confusión que se convertía en más preguntas en lugar de respuestas, y un vacío tan absoluto que parecía tener peso físico. Llevaba este silencio como una carga invisible mientras simultáneamente intentaba navegar la vida como un padre viudo de dos

niños que necesitaban estabilidad, amor y esperanza—tres cosas para las que me sentía espectacularmente descalificado en mi estado destrozado.

Los niños necesitaban un padre que pudiera orar con ellos antes de dormir, pero me encontraba incapaz de encontrar las palabras. Necesitaban garantías sobre el cielo y el plan de Dios, mientras yo permanecía mudo ante mis propias preguntas sin respuesta. Esta tensión—entre lo que ellos necesitaban y lo que yo podía ofrecer auténticamente—se convirtió en otra dimensión más del dolor que llevaba en silencio.

Durante años, luché con la tensión entre honrar la pérdida y abrazar la vida que continuaba desplegándose ante nosotros. ¿Cómo seguir adelante cuando alguien tan fundamental ya no está a nuestro lado? ¿Cómo abrazar una nueva alegría sin sentir que estamos traicionando el pasado o dejando atrás lo que fue tan precioso?

La historia de este libro no termina con la muerte de Erika, ni con el dolor agudo de su ausencia. Durante mucho tiempo, interpreté su partida como el final de nuestro sueño compartido, el cierre definitivo de un capítulo que ya no tendría continuación. Pero Dios, en su sabiduría y misericordia, me mostró con paciencia que la vida sigue fluyendo, que el llamado sigue vibrando en nuestros corazones, y que sus planes siempre se cumplen, aunque no de la manera que nosotros imaginamos en nuestras limitadas perspectivas humanas.

En ese lento proceso de sanación, encontré que necesitaba crear nuevos recuerdos que no estuvieran teñidos solo de dolor. Comencé a viajar con mis hijos, Kevin y Sofía, no para escapar del dolor, sino para contextualizarlo dentro de una vida que aún merecía ser vivida. Quise crear recuerdos luminosos con ellos, darles momentos de alegría en medio del dolor persistente, ayudarles a encontrar esperanza en un futuro que ya no incluía la presencia física de su madre. A través de esos viajes y experiencias compartidas, comencé a sanar poco a poco, sin siquiera darme cuenta de cómo ocurría.

Durante nuestros viajes, Dios susurraba sus promesas a mi corazón herido de formas tan personales que a veces me dejaban sin aliento. Recuerdo particularmente nuestra visita a Nueva York, donde viajamos sin itinerarios rígidos, simplemente dejándonos llevar por lo que la ciudad nos ofreciera. Una tarde, contemplando el edificio del One World

Trade Center y el memorial de las Torres Gemelas, me sumergí en una reflexión profunda sobre los diferentes caminos de la restauración.

Aquellas torres nunca fueron reconstruidas; en su lugar, surgió algo completamente nuevo. Observando el agua caer en los dos vacíos cuadrados que marcan las huellas de lo que una vez existió, comprendí que mi vida seguía un camino similar. No se trataba de restaurar exactamente lo que había perdido —eso era imposible— sino de honrar el vacío mientras permitía que algo nuevo emergiera junto a él.

En mi interior, entre los escombros de lo que alguna vez fue mi vida con Erika, no estaba ocurriendo una reconstrucción, sino un nacimiento distinto, inesperado. El conflicto que me atormentaba era precisamente ese: la tensión entre preservar las ruinas sagradas de lo que fue y permitir que la vida nueva floreciera sin sentir que estaba traicionando su memoria.

En ese preciso momento, como una orquestación divina, aparecieron junto a nosotros José Salcedo y su esposa Sharon, grandes amigos de nuestros días en Waco que habían sido un apoyo fundamental durante el inicio de nuestra batalla contra el cáncer. La probabilidad de encontrarnos casualmente en la ciudad más grande de Estados Unidos, sin comunicación previa, era tan mínima que sólo podía ser obra de Dios. Nos abrazamos con una emoción que trascendía las palabras, y pasamos el día entero juntos, pues sus hijos eran de la misma edad que Kevin y Sofía.

Al final de ese día inesperado, sentí que mi corazón comenzaba finalmente a rendirse ante la persistente invitación divina. Era como si Dios me dijera con claridad: "Aunque intentes esconderte en tu dolor, te encontraré donde estés y lo haré con un amor que nunca cesa." Esa experiencia fue una evidencia tangible de que Dios estaba activamente restaurando mi vida fragmentada, ofreciéndome un nuevo comienzo, tal como esas torres habían sido reemplazadas para dar nueva vida y propósito a la ciudad.

Fue en ese camino gradual hacia mi propia restauración que Dios, en su perfecta sincronización, puso en mi vida a Iliana. Conocerla no fue simplemente encontrar un nuevo amor; fue un recordatorio vivo de que Dios no solo restaura lo perdido, sino que también bendice con nuevos comienzos que antes no hubiéramos podido imaginar. Iliana es hija de

un pastor de la iglesia Elim en El Salvador, y amiga cercana del pastor Mario Vega, cuyo papel en la vida espiritual de Erika durante sus momentos más difíciles había sido fundamental.

La historia de Iliana resuena con la nuestra en formas que sólo Dios podría haber diseñado. Creció en un hogar donde la fe era el centro gravitacional de todo, pero también conoció de primera mano la escasez y las dificultades económicas que a menudo acompañan al llamado pastoral. A pesar de las pruebas constantes, su familia nunca vaciló en su compromiso de servir al Señor con todo lo que tenían. Su camino y el mío tienen conexiones tan profundas que a veces parece que Dios nos hubiera estado preparando el uno para el otro a lo largo de los años, tejiendo nuestras experiencias separadas en un tapiz unificado que solo ahora podemos apreciar plenamente.

En la Navidad de 2020, Dios nos concedió un regalo inesperado: Lucas, nuestro hijo. Nació en medio de la incertidumbre global de la pandemia, cuando el mundo entero parecía tambalearse bajo el peso del miedo y la pérdida. Su llegada fue un poderoso recordatorio de que, incluso en tiempos de crisis global, Dios sigue siendo el autor de la vida y la esperanza. Como nos exhorta la Biblia en el Salmo 90:12, "Enséñanos a contar nuestros días de tal manera que traigamos al corazón sabiduría". La vida, incluso marcada por el dolor de la pérdida, sigue siendo un regalo precioso que debemos vivir con intención y propósito.

Para nuestra familia, su llegada representó un faro de esperanza inconfundible, una alegría renovadora no solo para Iliana y para mí, sino también para Kevin y Sofía, quienes lo recibieron como el regalo que era. Su presencia entre nosotros ha sido como un manto suave de consuelo divino, recordándonos que después del invierno más crudo, siempre llega una nueva primavera. Y ahora, esperamos con ilusión la llegada de otro bebé, una nueva vida que confirma que la obra de Dios en nuestra familia continúa desplegándose con una gracia que nos sobrepasa.

Hoy, Kevin ha tomado un camino que reafirma de manera asombrosa las oraciones que su madre elevaba por él. Aunque comenzó su educación universitaria en ingeniería en sistemas, siguiendo una ruta segura y predecible, en su segundo año en Texas A & M, experimentó un llamado divino que lo reorientó completamente. Con una convicción que me recordó inmediatamente a su madre, me compartió su deseo de

convertirse en maestro para impactar directamente la vida de los niños, para educarlos y formarlos no solo académicamente sino también en valores y carácter. Dios respondió las fervientes oraciones de Erika de una manera que ninguno de nosotros hubiera podido anticipar, pero que refleja perfectamente su corazón maternal.

Sofía está a punto de graduarse de High School y ha encontrado su lugar en la iglesia, especialmente a través del servicio en los grupos juveniles y su participación ocasional en el equipo de alabanza. En cada ministerio en el que ayuda, algo es notable: no es simplemente una actividad, sino un canal a través del cual su espíritu sensible conecta con Dios y ayuda a otros a hacer lo mismo. Así, continúa el legado espiritual de su madre de formas que ella habría apreciado profundamente. Además, está a punto de ir a estudiar a Texas A & M, siguiendo los pasos de su hermano Kevin.

Durante nuestro tiempo en la Iglesia Antioch en Waco, TX, Erika y yo recibimos múltiples palabras proféticas que resonaban con un tema recurrente: 'naciones'. Una y otra vez, las personas que oraban por nosotros mencionaban esta palabra con una insistencia que no podíamos ignorar. En nuestra interpretación limitada, asumimos que eso significaba que algún día viajaríamos literalmente como misioneros tradicionales, cruzando océanos para predicar en tierras lejanas. Pero cuando la realidad de la enfermedad agresiva de Erika irrumpió en nuestras vidas, ese sueño parecía desvanecerse irremediamente.

Ahora, con la sabiduría que el paso de los años me permite alcanzar, me doy cuenta de que Dios tenía un plan mucho más expansivo. Recuerdo claramente un día durante uno de los servicios de oración, un pastor llamado Joe Ewen, que es muy reconocido en la comunidad de la iglesia Antioch por su don profético, oró por nosotros con estas palabras: "Veo las naciones siendo tocadas por su fe. El Señor les da las naciones, y ustedes y sus hijos bendecirán a personas de todo el mundo". En ese momento, nuestra interpretación estaba limitada, sujeta a nuestros propios paradigmas sobre el ministerio internacional.

Hoy comprendo con claridad que este libro es parte fundamental del cumplimiento de aquella profecía. A través de estas páginas, la historia de Erika y nuestra familia está alcanzando corazones en distintas partes del mundo que nunca hubiéramos podido alcanzar personalmente. Kevin y Sofía también están participando del cumplimiento de esa

palabra profética, cada uno a su manera única: la vocación educativa de Kevin y el servicio musical de Sofía son extensiones vivas del legado que Dios nos confió.

Cuando reflexiono sobre los desvíos de mi vida, veo un patrón divino que solo ahora puedo apreciar completamente. Al igual que Jesús necesitó pasar por Samaria —un desvío aparentemente innecesario pero cargado de propósito— mi camino también ha estado marcado por aparentes interrupciones que resultaron ser parte esencial del plan de Dios.

Mi deportación a El Salvador, que en su momento pareció una tragedia, me permitió completar mi educación universitaria y regular mi situación legal en Estados Unidos. Mi llegada a Boston como un inmigrante sin dominio del inglés me llevó a limpiar los mismos pasillos donde Erika construía su futuro profesional. Ese humilde comienzo como conserje fue otro desvío necesario en mi formación.

Dios continúa desplegando Su propósito en nuestras vidas de maneras sorprendentes y redentoras. Hoy, me encuentro enseñando español en River Oaks Baptist School, una de las instituciones educativas más prestigiosas de Houston—un puesto que representa no solo un trabajo, sino la culminación de un viaje divinamente orquestado. Cuando atravieso las puertas del aula cada mañana, llevo conmigo cada paso del sinuoso camino que me trajo hasta aquí: el joven maestro en las humildes aulas de El Salvador, el inmigrante conserje trapeando pasillos en Boston mientras Erika cursaba su carrera de optometría, el esposo enfrentando años de incertidumbre profesional debido a desafíos migratorios, y finalmente, el estudiante graduado completando la maestría que Erika me había animado tan insistentemente a perseguir.

Lo que una vez pareció como desvíos, contratiempos y obstáculos ahora se revela como preparación esencial. Las habilidades lingüísticas perfeccionadas en mi tierra natal, la humildad aprendida a través del trabajo de servicio, la paciencia desarrollada durante el limbo legal, las credenciales académicas obtenidas gracias a la previsión de Erika—cada elemento fue necesario para la misión que ahora abrazo. Más allá de simplemente enseñar español, tengo el privilegio de compartir mi fe y testimonio con estudiantes en una etapa formativa crucial y liderar el ministerio hispano en River Oaks Baptist Church junto a Iliana. Estas

oportunidades para presenciar vidas siendo transformadas en nuestra comunidad no son coincidencias sino confirmaciones de que aquellos aparentes desvíos no fueron accidentes ni castigos; fueron el camino necesario, moldeado precisamente con propósito divino, para prepararme para este exacto momento en Su plan mayor.

Paralelamente, el sueño que Erika y yo compartíamos de alcanzar a las naciones con nuestro testimonio ha comenzado a materializarse de maneras que nunca imaginamos durante nuestras conversaciones nocturnas. La visión que tuvimos juntos ha tomado forma tangible a través de **nedvision.org**, una organización sin fines de lucro que fundamos específicamente para apoyar a pacientes con cáncer y a sus familias. Esta fundación cumple uno de los deseos más profundos que Erika expresó durante sus últimos meses: crear un refugio de esperanza para quienes enfrentan no solo los devastadores efectos físicos de la quimioterapia, sino también el desánimo que acompaña esta batalla. Su anhelo era que nadie tuviera que recorrer ese valle sin compañía o sin las herramientas espirituales que nos sostuvieron.

Es por esta confluencia de caminos —la estabilidad profesional que ella previó y la misión que juntos soñamos— que hoy nos atrevemos a solicitar el apoyo de ustedes, quienes se sientan movidos por esta historia. Sus donaciones nos permitirán distribuir este libro gratuitamente en hospitales donde pacientes luchan contra el cáncer, en hogares fracturados por crisis similares a la nuestra, en prisiones donde el desánimo es un visitante frecuente, y en cualquier otro lugar donde se necesite un mensaje de esperanza y resiliencia. Si el testimonio de Erika puede tocar naciones de una manera que supera todo lo que imaginamos durante su vida terrenal, entonces la promesa divina que recibimos sigue vigente, y su cumplimiento continúa desplegándose en formas que solo ahora comenzamos a vislumbrar.

Dios ha demostrado su fidelidad a cada paso. Su propósito sigue cumpliéndose, a veces de formas tan inesperadas que nos dejan sin palabras. Esta historia es un testimonio vivo de que Él nunca nos abandona y de que su amor trasciende las barreras del tiempo, la muerte y el dolor. Así como Erika pasaba noches enteras intercediendo por nuestro futuro, hoy podemos ver con claridad que esas oraciones siguen dando fruto. La vida continúa, y en cada paso que damos, Dios nos recuerda que su obra en nosotros está lejos de concluir.

UNA REFLEXIÓN FINAL

Al contemplar este recorrido extraordinario, desde las profundidades del duelo hasta la altura de la restauración, me doy cuenta de una verdad fundamental que quiero compartir con todo aquel que esté atravesando su propio valle:

Podemos honrar el pasado mientras abrazamos el futuro que Dios nos ofrece. Podemos honrar la memoria de quienes hemos perdido eligiendo vivir con un propósito que los honre, apreciando cada momento como el regalo que es, y derramando amor abundante sobre quienes nos rodean. Porque eso es precisamente lo que Dios desea para nosotros: no que permanezcamos eternamente paralizados en el dolor, sino que avancemos con fe renovada.

Si hoy te encuentras en medio del duelo, permíteme ofrecerte este aliento nacido de mi propia experiencia: la vida, incluso después de la pérdida más devastadora, sigue siendo digna de ser vivida plenamente.

Lleva contigo los recuerdos preciosos como un tesoro. Honra el pasado sin idealizarlo ni negarlo. Pero también, atévete a abrir tu corazón a lo que Dios está haciendo ahora mismo en tu vida. Porque Él siempre está escribiendo una nueva historia de redención. Una nueva vida, un nuevo propósito y una nueva alegría pueden estar más cerca de lo que te atreves a imaginar.

Nada de lo que hemos vivido ha sido casualidad. Cada oración ferviente elevada en aquel pequeño clóset donde Erika se encontraba con Dios, cada lucha, cada pérdida dolorosa, cada bendición inesperada y cada nuevo comienzo han sido parte de un plan divino mucho más grande que nuestras circunstancias inmediatas.

Aún puedo imaginarla arrodillada en ese clóset, susurrando oraciones apasionadas por un futuro que ella nunca pisaría personalmente, pero en el que creía con todo su corazón. Hoy, nosotros vivimos en las respuestas a esas oraciones, respirando el aire de las promesas que ella ayudó a traer a la existencia.

La historia no ha concluido. La promesa sigue en pie. Las naciones siguen esperando.

Y a través de este libro, a través de nuestras vidas renovadas, y a través de la obra que Dios continúa realizando día tras día, el sueño que comenzó con Erika sigue vivo. No como un eco débil del pasado, sino como una fuerza vibrante que se expande continuamente—como ondas en un estanque que nunca cesan, tocando orillas cada vez más lejanas. Su historia ahora alcanza lugares que nunca hubiéramos imaginado y toca corazones que nunca conocimos. En cada vida transformada por este testimonio, Erika vive de nuevo, y las iniciales NED adquieren un nuevo significado: **No Evidencia de Distancia**—porque su legado de fe no conoce límites, ni en el tiempo ni en el espacio.

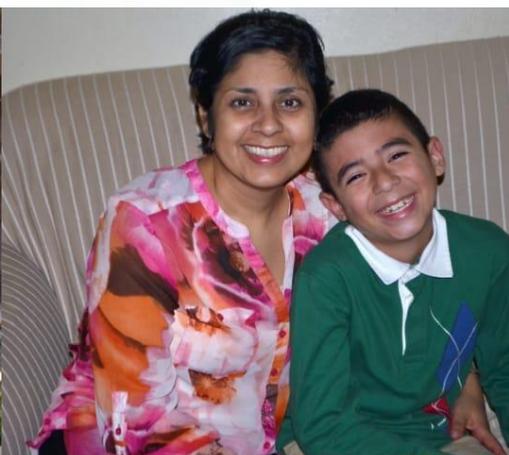
En

Memoria Amorosa

OF

DR. NORBI ERIKA DUBÓN



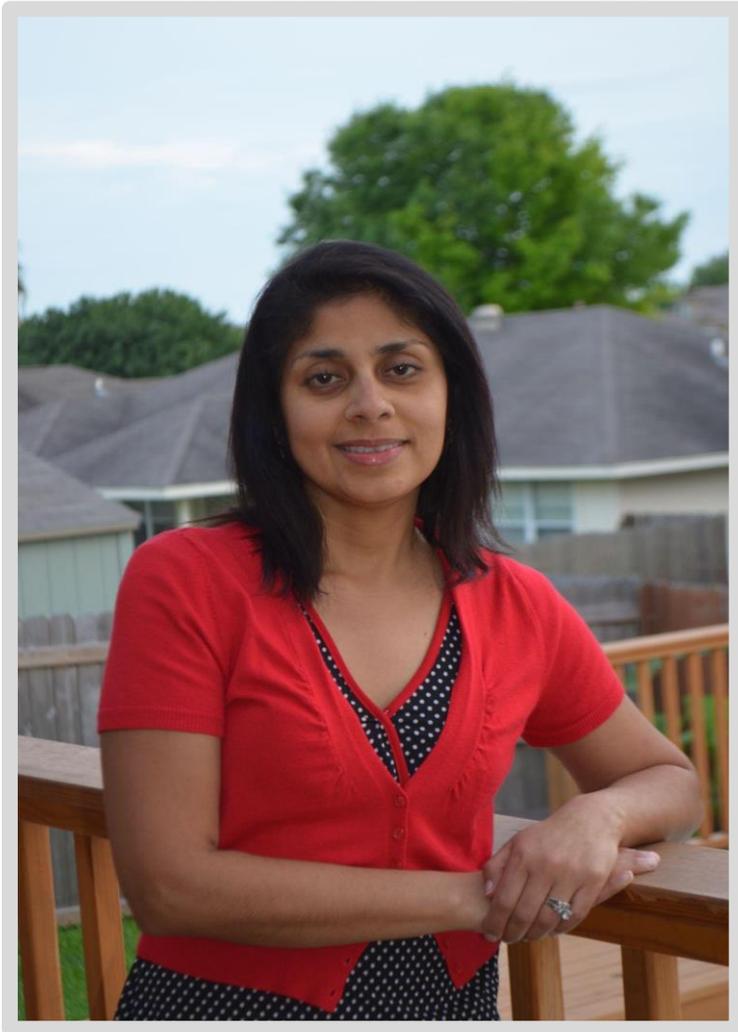






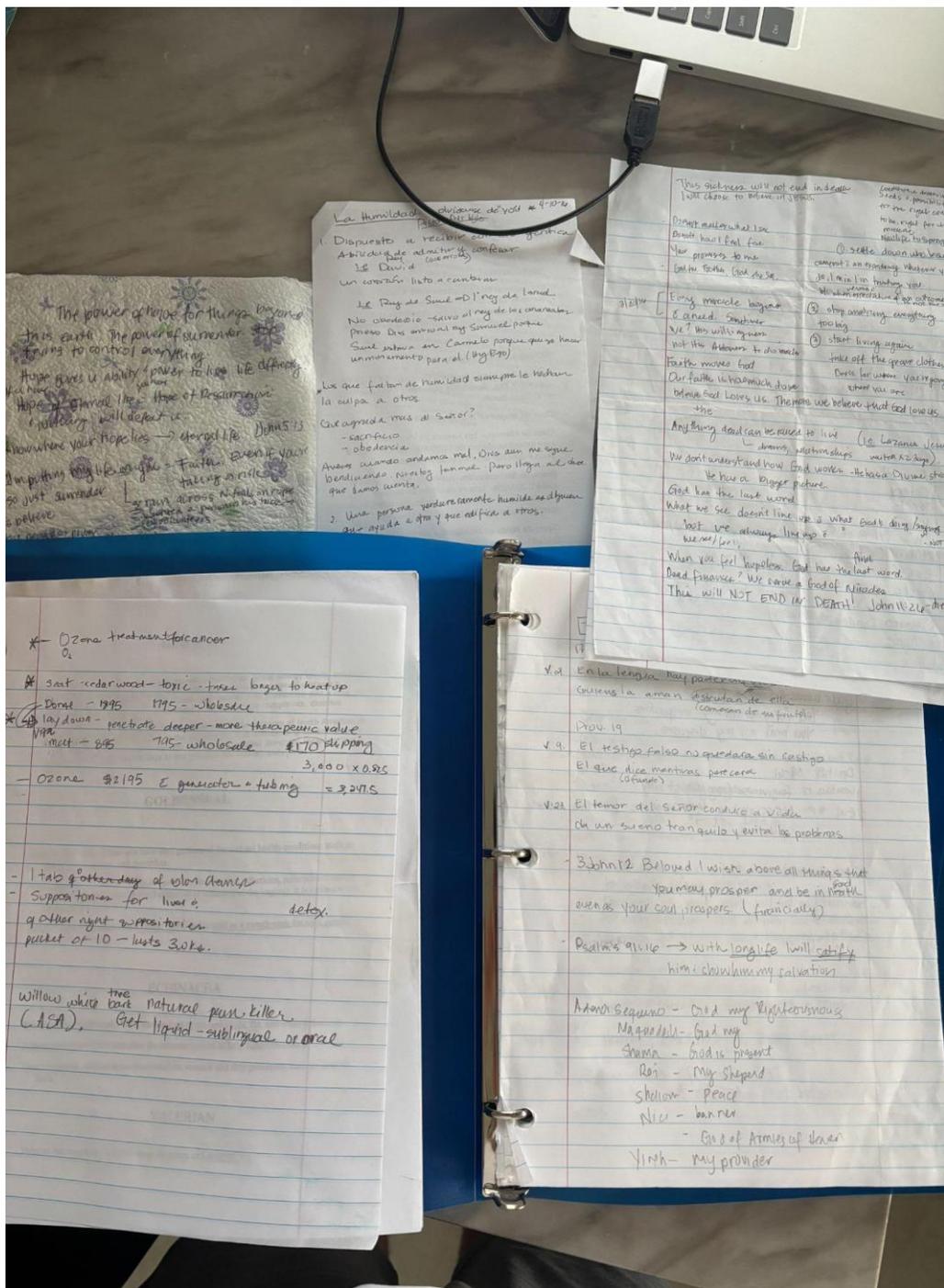
APÉNDICE

EN AMOROSA MEMORIA DE NORBI ERIKA DUBÓN



MON	<p>2COR 12: 8-11 "Bastante mi gracia pues mi poder se perfecciona en la debilidad. Por eso me regocijo en debilidades</p>	MON	<p>UNFORGIVENESS STRIFE Jealousy Bitterness</p>
TUE	<p>Insultos, privaciones, persecuciones y dificultades, porque cuando soy debil entonces soy fuerte.</p>	TUE	<p>① Cain became fruitless b/c of attitude</p>
WED	<p>My grace is sufficient for you for my power is made perfect in weakness For the sake of Christ I am content to weakness, insults, hardships, persecutions and calamities. For when I am weak, then I am strong.</p>	WED	<p>② he became a Vagabond - a wanderer. Don't know who-you are, where you are or where you are going.</p>
THU	<p>For when I am weak, then I am strong.</p>	THU	<p>③ Cain became a "marked" man - Pulls a "Bull's eye" Rom 16:17 MARK Those</p>
FRI	<p>Jor 33:3 3/1/13 Call unto me, and I will answer thee</p>	FRI	<p>who cause division Prov. 6: 14-19 - Discord makers.</p>
SAT	<p>Mat. 6:6 Thy father which seeth in secret himself shall reward thee openly.</p>	SAT	<p>Jude 11 David Van Koovering</p>
SUN	<p>secret himself shall reward thee openly.</p>	SUN	<p>Unforgiveness Alters the blood in a person's body which into strife: bitterness</p>

Cuando el milagro no es el que esperas



The power of hope for things beyond
 In this earth. The power of surrender
 for things to control everything
 Hope gives us ability power to live life differently
 Hope of Heaven the Hope of Resurrection
 nothing will defeat it
 know where your hope lies → depends on John 1:3
 I'm putting my hope in you - Faith. Even if you're
 so just surrender taking a risk
 believe I can't do it on my own
 I can't do it on my own
 I can't do it on my own

La humildad es el camino de Dios #4-2018
 1. Dispuesto a recibir con gratitud
 A-bilidad de admitir y confiar
 en Dios
 un corazón listo a cambiar
 Le Roy de Suse → O' Roy de Land
 No cambio - vino al rey de los canchales
 Puso Dios un rey al rey Samuel por su
 Suse subió en Carmelo porque quería hacer
 un monumento para él (1 Rey 18)
 lo que fue tan de humildad siempre le hacen
 la culpa a otros
 Que agrade más al Señor?
 - obediencia
 Antes cuando andaba mal, Dios aun me seguía
 bendiciendo porque le amaba. Pero luego me dio
 que hacer cosas.
 2. Una persona verdaderamente humilde es alguien
 que ayuda a otros y que está feliz de otros.

This sickness will not end unless
 I will choose to believe in Jesus
 Don't make the law
 Don't have faith for
 Now promise to me
 faith for God's sake
 I settle down when Jesus
 comment's on something unknown vs
 10:11 in the healing vs
 the interpretation of the passage
 stop anything everything
 stop living again
 take off the grass clothes
 Give for women who are going
 what was more
 believe God loves us. Therefore we believe that God loves us
 anything dead can be raised to live
 (Le Lazare, Jesus
 raising, raising, raising
 water to life)
 We don't understand how God works - because of our sin
 He has a bigger picture
 God has the last word
 What he see doesn't line up a what God's doing/doing
 just we always line up
 when we feel hopeless, God has the last word
 Dead finance? We saw a God of miracles
 This will NOT END in Death! John 11:25-26

* Ozone treatment for cancer
 # 3oz cedarwood - toxic - toxic begins to heat up
 Bone - 1995 1995 - whole sale
 #170 shipping
 #2195 E generator + tubing = \$2,215
 - 1 tab 9 other day of vlon change
 - Suppotion for liver & detox.
 of other night 2000 tonnes
 packet of 10 - lasts 30k.
 Willow white bark natural pain killer.
 (ASA), Get liquid - sublingual or oral

En la lengua hay poder
 Quiens la amara destruyan de ella
 (comen de su fruto)
 Prov 19
 El testigo falso no quedara sin castigo
 El que dice mentiras perca su
 (alma)
 El temor del Señor conduce a vida
 en un sueño tranquilo y evita los problemas
 3 John 12 Below I wish above all things that
 you may prosper and be in health
 even as your soul prospers. (financially)
 Psalm's 91:16 → with long life I will satisfy
 him & show him my salvation
 Amos Sequed - God my righteousness
 My people - God my
 shame - God is present
 Roi - My shepherd
 shelter - Peace
 Alce - banner
 - God of Army of heaven
 Viroth - my provider

God is our refuge and strength,
a very pleasant help in trouble.
Therefore we will not fear.

Psalm 48:14

For this is God, our God
forever and ever. He will be
our guide even to death.

Psalm 55:22

Cast your burden on the Lord,
and he will sustain you; he
will never permit the
righteous to be moved.

Psalm 22:24

For he has not despised or
abhorred the affliction of the
afflicted, and he has not
hidden his face from him, but has
heard, when he cried to him.

siempre.

En tiempos difíciles serán prosperados
en épocas de hambre tendrán
abundancia

Psalm 38:15, 21-22

Yo Señor espero en ti, tu Señor
y Dios mío serás quien responda.

Señor, no me abandones. Dios mío
no te alejes de mí. Señor de mi
salvación ven pronto a mi ayuda.

Psalm 44:25-26

- FeBS - Also Prov. 2 (21)

Hebrews 10:35 So do not throw
away your confidence; it will be
richly rewarded.

Así que no pierdan la esperanza
porque esta será generosamente
recompensada.

'Faith is able to cast your
burdens onto God and not to feel
anxious about the outcome.'

"Now to Him who is able to do immeasurably beyond all we ask or imagine, be all glory forever and ever!"

Eph. 3: 20

I don't want to think anymore

I'm going crazy

I cry, I don't sleep at nights

I try to act normal - get up

- go to work etc....

but deep down I hurt.

Everytime I see my son I want to break into tears. I see his beautiful big eyes. I think.

God I don't want my son to grow up w/o a mother pls, plz

let me live. I feel so sad deep down b/c nothing is being done.

No one seems to care, no one wants to help.

I feel I was told you have car, you have no insurance - BYE.

Stay home & die!! You're on your own!!

12/14/06 - One more sleepless night.

My mind is going crazy again
I cried. Woke up Gustaw.

My hubby's been such a wonderful
man/person since day 1 I've met him.

I feel bad for him as well as for
my son. I want to share ^{many} more
years w/ him. I know he feels helpless
but he is there for me always 24/7.

and that's the only thing that matters to
me.

God, it's 3:30am, please tell me
what it is YOU want. Help me listen.

Maybe I'm not listening. I'm not paying
attention. Tell me what you want me to do.

All I ask is for me to live to raise
my son + the baby on the way. Once
they have married you can take me w/
you. Please that's all I ask.

"He counts the number of the stars; He calls them all by name.

Great is our Lord and mighty in power,

His understanding is infinite." Psa. 147:4

God is our refuge and strength
a very pleasant help in trouble.
Therefore we will not fear.

Psalm 48:14

For this is God, Our God
forever and ever. He will be
our guide even to death.

Psalm 55:22

Cast your burden on the Lord,
and he will sustain you; he
will never permit the
righteous to be moved.

Psalm 22:24

For he has not despised or
abhorred the affliction of the
afflicted, and he has not
hidden his face from him. But he
has heard, when he cried to him.

siempre.

En tiempos difíciles serán prosperados
en épocas de hambre tendrán
abundancia

Psalm 38: 15, 21-22

Yo Señor espero en ti, tu Señor
y Dios mío serás quien responda.

Señor, no me abandones. Dios mío
no te alejes de mí. Señor de mi
salvación ven pronto a mi ayuda

Psalm 41: 25-26

- FeBS - Also Prov. 2 (21)

Hebrews 10:35 So do not throw
away your confidence; it will be
richly rewarded.

Así que no pierdan la esperanza
porque esta será grandemente
recompensada.

"Faith is able to cast your
burdens onto God and not to feel
anxious about the outcome."

never apply. Mean while I had received a letter from Medicare asking me if I wanted Medicare prt B? I said no b/c I had Medicaid (I didn't know at that time that the Medicaid I had was being denied). So I innocently told Medicare No, that I didn't need it b/c I already had ins. (Medicaid/Breast/Cervical Cancer)

As a result of all this I was left w/o any type of ins. I couldn't apply to an Advantage Medicare Ins. Plan b/c I didn't sign up for plan B and it was nec. in order to have prt B in order to get an Adv. Ins.

At first I worried b/c I would not be able to have any kind of Dr. Care, any kind of tx's and/or Dr. testings. So I called Medicare to see if I could still apply for prt B and they said yes. I submitted the request on Aug 15, 2015. It got to the "processing ctr". I was told that by Oct 15 I would have prt B, then ^{Sept 9} I was told that the ctr can take up to 60 days to process this. Boy I didn't know what to think anymore BUT since I had been praying about cont. this tx I began to see this as part of God's plan telling me "you're done". Even w/ medicare + Adv plan my tx...

Every October I had a mammog^{ram} Date

of the (L) breast since I only had the (R) removed. With no ins. and not u/lelo any Dr. (since I didn't have ins.) I decided to sch my own scan. I told myself "one thing is for you but the other is for you to become irresponsible of your tests/screenings."

My appt was sch for Friday Oct 30, 2015 = AAP radiology @ Kyle. First it was @ S. Marcos but they only do screening mammography not diagnostic - done @ Kyle.

A week before this day ^{Some} friends ^{Jessi & Monica} were sharing w us a testimony of someone that was going through cancer but was using some kind of liquid vits. They showed us a picture of the before/after & wow. They also shared w us a documentary titled "The Truth About Cancer". It was a 9 episode documentary and my hubby and I watched it. The first 4 or 5 episodes we kind of know. My hubby & I have always thought that there's a "conspiracy theory" going on w cancer, cancer tx and dr.

The Thurs before my appt. Monica called me

Great is Your love, reaching to the heavens;
Your faithfulness reaches to the skies. PSALM 57:10 NIV